

[Colección de Fabricación casera]

Nº3

*Un poco de imaginación,
en fin...*

Título: “Destrutit todo lo que nos destruye se ha vuelto más vital que nunca... Compilado de escrtios del Boletin anarquista para la guerra social Avis de Tempêtes”

Autorxs: Anonimxs
avisdetempetes.noblogs.org
avisbabel.noblogs.org (traducciones)

1ª edición, Santiago, abril 2023.

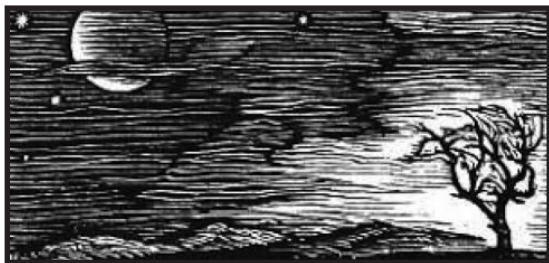
Anárquica Editora
Correo: anarquicaeditora@riseup.net
Blog: anarquicaeditora.noblogs.org
Colección: De fabricación casera, 12x17cm, n°3
Impreso en el Taller Desquiebre

**DESTRUIR
TODO LO QUE
NOS DESTRUYE
SE HA VUELTO
MÁS VITAL QUE
NUNCA...**

[COMPILADO DE ESCRITOS DEL BOLETÍN
ANARQUISTA PARA LA GUERRA SOCIAL
AVIS DE TEMPÊTES / 2018-2022]

[ÍÑ
DI
CE]

Palabras previas	[9]
Volver a empezar	[13]
Un héroe francés	[23]
De una vulnerabilidad	[33]
Tanteando	[45]
Aprovechar el momento	[66]
Aprovechar el momento, todavía	[83]
¡Que la marea cambie!	[99]
Sin victoria, ni derrota	[110]
La tiranía de la flexibilidad	[119]
¡Que cambie el viento!	[135]
13 minutos	[147]
Economía de guerra	[164]
Caraquemada: en los caminos de la revuelta contra el régimen de Franco	[171]
Romper el círculo	[202]



“Avis de tempêtes” (“opinión/aviso de tormenta”) es una revista anarquista que sale mas o menomensualmente, en el territorio francés.

En sus textos (textos propios y traducciones de otros lados) analiza y comenta temas actuales y profundiza discusiones sobre diversas temáticas, como por ejemplo la tecnologización del mundo, el capitalismo “verde” y sus energías llamadas “renovables”, luchas ecologistas, el antimilitarismo... siempre intentando de desarrollar una perspectiva de actuar, sin esperar a las masas, organizaciones o consensos, desde la iniciativa individual y autónoma. Rechaza la centralización y homogenización de la lucha, como las conlleva la estrategia política, con sus engaños, manipulaciones y afán de liderar los discursos y acontecimientos.

La perspectiva que plantea este periódico en muchos de sus artículos, una lucha con un enfoque importante en el ataque clandestino y del sabotaje de infraestructuras, realizado por grupos chicos y autónomos, refleja su análisis de vivir en un territorio y tiempo, donde perspectivas revolucionarias parecen fuera de alcance e imaginación debido a la avanzada pacificación de la sociedad, en combinación con la enorme y creciente dependencia de esta con la infraestructura tecnológica, que mientras continúe funcionando, en una confrontación mas simétrica, destruirá y absorberá nuestros esfuerzos con facilidad.

Con sus análisis y perspectivas/proposiciones se encuentra dentro de una dinámica bien activa y creciente en los últimos años en el territorio francés de discusiones y ataques contra infraestructuras del poder estatal, económico, político y tecno-científico, diseminado en todo el territorio, sin visible centralización. Hechos que en gran parte se realizan desde el anonimato, aportando a esta dinámica de sabotaje y hostilidad difusa contra el poder, que va mas allá del losimbólico y se enfoca en el ataque y la destrucción física de objetos.

Este libro contiene una selección de artículos de “Avis de tempêtes” que abarca el periodo de 2018 a 2022, traducidos al español.

Los textos utilizados para este primer volumen

fueron extraídos de theanarchistlibrary (en su versión en inglés), avisbabel (blog donde se pueden encontrar textos del boletín traducidos a distintos idiomas, entre ellos varios de los incluidos aquí) y desde el propio sitio web de Avis de Tempêtes, donde podrán descargar todos sus números (en francés).

Anonimx, verano 2023



VOLVER A EMPEZAR¹

“La posibilidad de actuar como anarquistas, por nuestra cuenta. Pero para ir mucho más allá de nosotrxs mismxs”.

Volver a empezar, siempre. Esa es la perspectiva, que puede parecer algo trágica, de todos los que están en guerra contra este mundo de infinitos horrores. En el camino algunos caen bajo los golpes, otros no resisten el canto de sirena que llama a resignarse y volver a la fila, algunos incluso dan un giro de 180 grados. Los otros, que persisten en la lucha -con altibajos-, tienen que encontrar fuerza y determinación para volver a empezar cada vez. Sin embargo, pensándolo bien, lo trágico no es volver a empezar, partir de cero, sino abandonar y traicionarse a sí mismo. La conciencia, siempre individual, puede ser una carga pesada de llevar y se vuelve cruel cuando uno la traiciona sin tener suficientes anestésicos a su disposición. Este mundo no carece de anestésicos, e incluso los destila a voluntad. Una pequeña carrera alternativa por su propio bien, los domingos para maravillarse con un parque natural, un proyecto humanitario o cultural. In-

¹ Apareció por primera vez como Reanudador en Avis de tempêtes (Boletín anarquista para la guerra social), número 1, enero de 2018

cluso drogas más duras; pantallas de todas las variedades, realidad y relaciones virtuales, un sopor total. No, tal perspectiva nos asusta más que toda la angustia, que todas las dificultades relacionadas con el fracaso de la destrucción de la autoridad.

Así que, a empezar de nuevo. Agudizar la conciencia en un mundo que la ha apuntado lanzándole sus venenos mortales. Porque ¿qué es la acomodación, la resignación y la sumisión sino el apagamiento de la propia conciencia, justificado -o no- por las condiciones en las que estamos sumidos? “Son demasiado fuertes”, “la gente es demasiado estúpida”, “sobrevivir ya es demasiado duro”, “está demasiado lejos de mi nido” son algunos de los clásicos. Entonces, agudizar la conciencia, significa también volver a desarrollar el gusto por las ideas que nos permiten ver, distinguir más claramente los contornos de los que vierten cemento sobre la libertad. Y, al mismo tiempo, abrir horizontes para poder mirar -aunque sea un pico- más allá de los muros y las antenas, más allá de las cárceles y los laboratorios, más allá de las masacres y los soldados. Las ideas no se compran en los supermercados ni se profundizan en Internet. Es cada individuo el que se apropia de ellas paso a paso hasta valorarlas, y el que las defiende también en las buenas y en las malas. Sobre todo en nuestros tiempos, cuando el totalitarismo democrático, mercantil y tec-

nológico aspira a eliminar cada fervor, a instalar esclavitudes y dependencias aún más engañosas. De alguna manera es el tesoro más importante del anarquista; la convicción de que no hay compromiso posible entre la libertad y la autoridad, que se excluyen mutuamente, siempre y en todo lugar. Miles de instituciones, organizaciones, ideologías tratan de destruir este tesoro. Tanto un Estado que ahoga en sangre los gritos -por fin despertados- de los oprimidos de ayer, como el tecnócrata que habla de libertad para diseñar un sistema tecnológico que expande cada día su dominio a los cuatro puntos cardinales. Así como los próximos líderes que pretenden llevar las riendas de un movimiento de ira, como el hábil acróbata de la retórica que se esfuerza por eliminar toda significación de los atentados perpetrados contra este mundo. Si hablamos de volver a empezar, es para expresar nuestra voluntad de retomar -una vez más- la profundización de nuestras ideas, para hacerlas tóxicas para todos los autoritarios que intentan acercarse a ellas, y estimulantes para todos los amantes de la libertad que las abrazan. Es volver a empezar -dentro de contextos que nos nacen y que han cambiado mucho en los últimos años- a elaborar nuestro proyecto anarquista de toda la vida; destruir la opresión y la explotación. Con el tiempo, al sumergirnos en él, surgirán otras experiencias, otros intentos, otras derrotas. Todas ellas forman parte de nuestro bagaje, de nuestra herencia si se qui-

ere, que -en lugar de hundirnos en una oscura melancolía- puede reforzarnos para reconstruir un proyecto individual y colectivo de libertad, una perspectiva revolucionaria. Ciertamente, es imposible evitar los errores, no encontrarse a veces en un callejón sin salida, no naufragar en los mares tormentosos, pero estos fracasos son parte integrante de nuestros viajes. Como decía aquel anarquista de principios del siglo XX “Nos movemos con ardor, con fuerza, con placer de manera tan decidida porque somos conscientes de haberlo hecho todo y de estar dispuestos a hacerlo todo para que sea la dirección correcta. Damos al estudio el mayor cuidado, la mayor atención y damos a la acción la mayor energía. (...) Para precipitar nuestro rumbo, no necesitamos espejismos de una meta inminente al alcance. Nos basta con saber que nos movemos... y que, si a veces llegamos a un punto muerto, no nos perdemos”.

Pero las ideas por sí solas no nos bastan. Saber que la autoridad es nuestro enemigo, y que todos los que la encarnan son un objetivo, desde los políticos a los policías, desde los tecnócratas a los funcionarios, desde los capitalistas a los supervisores, desde los sacerdotes a los soplones, es una cosa. Otra cosa es proyectarse en la necesaria destrucción de las relaciones sociales, las estructuras y las redes que permiten su existencia. Los vasos comunicantes de la idea y la acción

están en el corazón del anarquismo. Para que las ideas no se marchiten, se necesitan acciones que las vigoricen. Para que las acciones no den vueltas, se necesitan ideas que las animen. Ideas para corroer las mentalidades de obediencia, las ideologías y la sumisión. Acciones para destruir las estructuras y las personas de la dominación. Y si siempre es el momento de actuar, de golpear lo que explota y oprime, actuar no puede ser un simple reflejo condicionado. No puede contentarse con responder (reaccionar) caso por caso con rabia y vigor. Para que actuar se convierta realmente en actuar -en una perspectiva revolucionaria y anarquista- la iniciativa tiene que ser nuestra, en una ofensiva que parta de nuestras individualidades, nuestras imaginaciones, nuestros análisis y nuestra determinación. Porque actuar no es un hecho y no cae del cielo, reflexionar sobre cómo actuar es indispensable. Por eso tenemos que volver a poner sobre la mesa la cuestión de la proyectualidad, nuestra capacidad autónoma de proyectar ideas y acciones directamente en el campo del enemigo. Esperar a que “el pueblo” -esa abstracción hueca, que aquí sustituye al difunto proletariado- tome conciencia y desee la libertad, empeñándose en “educar”, no nos conviene. No sólo porque no funcionaría, sino porque tal perspectiva está ya totalmente obsoleta (si no lo ha estado ya siempre) ante el constante bombardeo de mentes y sentidos por parte de la dominación. Avanzar poco a poco, lu-

cha a lucha, movimiento social a movimiento social, hacia el gran momento en el que todo confluye finalmente para anunciar el levantamiento total, tampoco nos conviene. Si en toda revuelta contra lo que se nos impone está siempre latente el potencial de un desafío a todo lo que está más allá de su punto de partida, en el interior de este tipo de movimientos sociales actúan demasiados controles, repeticiones, canalizaciones, para evitar que estallen los diques y se abra la incógnita de la subversión.

Eso nos deja -perdón por ir un poco rápido- la posibilidad de actuar como anarquistas, por nuestra cuenta. Pero para ir mucho más allá de nosotros mismos. Contraatacar es una base, elaborar una proyectualidad para no sólo golpear, sino destruir los diques de la dominación es una extensión más que deseable. Es aquí donde entramos de nuevo en las esferas de la insurrección; la perspectiva de hacer estallar los diques, de desatar las malas pasiones como decía otro, de abrir una ruptura a tiempo para golpear más machaconamente al estado y al capital. Evidentemente, no hay recetas para la insurrección, a pesar de los llamamientos velados de los leninistas modernos -reciclando bajo trajes menos remendados la vieja receta de la toma del poder (esta vez desde abajo). Pero no tener recetas no impide reflexionar, poner a prueba y explorar hipótesis antiautoritarias; des-

de la lucha contra un proyecto concreto de autoridad hasta la intervención autónoma durante un ataque de fiebre social, desde la paralización de las infraestructuras que permiten la reproducción cotidiana de la esclavitud asalariada hasta el levantamiento audaz y repentino contra un enemigo en medio de una reestructuración de resultado incierto. Experimentar en la propia vida estas hipótesis insurreccionales sobre bases anarquistas, incluso a pequeña escala (la nuestra), nos aleja en cualquier caso de los tediosos cuarteles de la militancia, de las mismas conjeturas de siempre sobre lo que piensa o no “el pueblo”, sobre lo que hace o no hace “el medio”, de la expectativa del próximo movimiento social, etc. Eso significa tomar uno mismo la iniciativa de ataque siguiendo su propio enfoque e itinerario. Concebir una perspectiva insurreccional y anarquista nos lleva necesariamente a la cuestión de cómo organizarnos para avanzar en ese camino. Que los sindicatos, también los más o menos libertarios, no serán instrumentos adecuados es bastante obvio. Ciertamente así es en los tiempos actuales donde las antiguas “comunidades” basadas en el trabajo han sido limpiamente cortadas y disueltas por los avances del capital. Lo mismo ocurre con las organizaciones anarquistas formales; con sus ramas, congresos, resoluciones y siglas. Tal vez sea menos evidente el hecho de que las grandes asambleas (que se adornan con el adjetivo de “horizontales”)

también son inapropiadas. No estamos negando la importancia de las discusiones abiertas y contrarias dentro de las luchas y revueltas, y por lo tanto el eventual interés de participar en ellas, pero los anarquistas no deben limitarse a participar en estos momentos de intercambio, sino también organizarse fuera de ellos. El mejor elemento para asegurar los vasos comunicantes entre las ideas y las acciones, para formular una verdadera autonomía de acción, es la afinidad entre los individuos; la comprensión mutua, las perspectivas compartidas, la voluntad de actuar. A continuación, para desarrollar una mayor incisividad, para ampliar las posibilidades, para elaborar una proyectualidad más amplia, para coordinar esfuerzos, para prestar apoyo en momentos potencialmente cruciales; puede crecer entre las constelaciones de afinidad -siempre en función de las necesidades de un proyecto- una organización informal. Es decir, autoorganizada, sin nombre, sin delegación, sin representación... Y para ser claros: las organizaciones informales también son múltiples, según los objetivos. El método informal no aspira a reunir a todos los anarquistas en una única constelación, sino que permite multiplicar las coordinaciones, las organizaciones informales, los grupos de afinidad. Su encuentro puede producirse en el terreno de una propuesta concreta, de una hipótesis o de una proyectualidad precisa. Eso marca la diferencia entre una organización informal con contornos

necesariamente “vagos y subterráneos” (por lo tanto sin estar en busca de los focos), y otros tipos de organizaciones de lucha para las que lo más importante es casi siempre la afirmación de su existencia con la esperanza de influir en los acontecimientos, dando indicaciones sobre el camino a seguir, siendo una fuerza que forma parte del equilibrio de poder. La organización informal se proyecta en otra parte: evitando la atención de los perros guardianes de la dominación, existe sólo en los hechos que fomenta. En definitiva, no tiene un nombre que defender o hacer valer, sólo un proyecto que realizar. Un proyecto insurreccional.

Por lo tanto, es de ahí de donde partimos. En esta época en la que las revueltas apenas estallan y están más a la defensiva que a la ofensiva, en la que la guerra se mueve en paralelo con el enjaulamiento tecnológico del mundo, en la que la red de control se cierra sobre todos y, por tanto, también sobre los anarquistas, en la que la adhesión de muchos oprimidos al sistema es -como siempre- la mejor defensa con la que puede armarse la dominación, persistimos en querer propagar nuestras ideas de libertad a través de una lucha sin compromisos con la autoridad. Fuera de los caminos trillados, por afinidad y organización informal, conscientes de la necesidad de la revolución social sin importar si parece cercana o lejana, para transformar fundamentalmente las

relaciones sociales en las que se apoya esta sociedad autoritaria. Propagar ideas y ecos de ataques destructivos contra las estructuras y personas que encarnan la opresión y la explotación, para abrir horizontes insurreccionales.

Es un gendarme francés. Pertenece a un cuerpo del ejército, y su orgullo podría residir en el hecho de que sirve a uno de los raros Estados que confía -en tiempos de paz y día tras día- las tareas de control y represión de la población civil en el 95% del territorio a los militares. Claro que el lema de la Gendarmería Nacional, “Por la patria, el honor y la ley”, no es tan explícito como el de sus colegas transalpinos, “Leales a lo largo de los siglos”, pero eso nunca impidió a nuestros policías hacer sin inmutarse el trabajo sucio cuando el régimen en el poder daba la orden de hacerlo. Por otra parte, un lema que hace más hincapié en “la ley” que en la continuidad de la opresión no es seguramente un signo de libertad, como señalaba un viejo enemigo de todo poder “la tiranía más temida no es la que adopta la forma de lo arbitrario, sino la que se presenta con la máscara de la legalidad”. ¿Con qué fin, entonces, sacar a relucir ese pasado de internamiento legal con alambre de espinos y luego de campos de deportación, bien vigilados por gendarmes bien franceses? Y de todos modos, ¿quién recuerda todavía sus históricos calcetines con tachuelas, esas botas normales alabadas en las canciones

2 Traducido desde theanarchistlibrary y publicado en Avis de tempêtes número 4, el 15 de abril de 2018.

de la posguerra sobre una melodía de Java? Ya saben, esas botas que “entran en contacto amistoso/con un ojo o una espalda/del transeúnte que no tiene propósito” y que “reformen la juventud ociosa/hacen propaganda activa/en el estómago o en la boca”? Quizá esos mismos jóvenes ociosos que un año después tarareaban en voz alta los siguientes versos “viendo a esos valientes policías/estando a punto de sucumbir/yo, apreté el pie porque los adoro/en forma de cadáveres”? Los que aún recuerdan todo esto, los que recuerdan a los gendarmes montados cortando a los huelguistas y a los golpeadores de las brigadas móviles durante las marchas anarquistas, son seguramente viejos aficionados a la historia, zombis del siglo pasado que nunca invocaron la justicia del Estado y se cagaron en la celestial. Por suerte, todo esto ha cambiado. Defender la propiedad de los ricos y preservar el orden del dominio aplastando los cráneos de los manifestantes no es más que un mal recuerdo. Estamos en el siglo XXI, ¡qué demonios! Y si las botas de los gendarmes siguen pisando a veces el cuerpo agrietado de algún pobre diablo, seguro que no es consecuencia de un exceso de amor al orden, porque hoy en día esa pasión tan honorable y tan patriótica puede expresarse fácilmente desde la distancia. En forma de una andanada de balas de goma de 40 mm de diámetro, granadas de gas lacrimógeno, granadas de aturdimiento ensordecedoras y granadas de aguijón, por ejem-

plo. Lástima de los ojos arrancados a tiros, los dedos arrancados y los cuerpos atravesados por la metralla. Un verdadero know-how de “control democrático de multitudes” a la francesa, que se exporta bastante bien, desde Bahrein en plena primavera árabe en febrero de 2011 (87 muertos y cientos de heridos) hasta Togo en revuelta abierta contra su dictador en octubre de 2017 (16 muertos y cientos de heridos). Sí, son gente con talento, esos instructores militares de la Gendarmería destinados a la cooperación internacional...

* * *

Pero francamente, ser gendarme no es sino una forma de mostrar al poder que uno es un canino un poco más obediente o disciplinado que los demás. Ofrece, por ejemplo, también la posibilidad de viajar, a pesar de las inevitables molestias de cualquier viaje en gris de batalla bajo la bandera francesa en países como Irak, Malí o Afganistán, donde multitudes de súbditos ingratos y hostiles hacen pasar a veces un mal rato a nuestros valientes exportadores de paz. Y ofrece, no lo ocultemos, el placer de disfrutar aquí, en el corazón de nuestra encantadora campiña y de nuestros chispeantes planes de vivienda, de una licencia permanente para matar. Una licencia que no se limita estúpidamente a las normas de “autodefensa” (¡hablamos de militares!) y que,

por tanto, permite salirse con la suya en caso de problemas mayores.

Por cierto, así es como mataron a Joseph Guerdner. Tres balas en la espalda en Draguignan, en mayo de 2008, cuando escapaba del cuartel de la Gendarmería, encadenado, tras haber saltado por una ventana cuando estaba detenido. Así murió Rémi Fraisse. Decapitado por una granada ofensiva en Sivens en octubre de 2014, durante una manifestación contra la construcción de una presa. Y así fue como mataron a Jérôme Laronze. De tres balazos frente a frente en Sailly en mayo de 2017, cuando se daba a la fuga tras resistirse a los controles sanitarios de su ganado. Como no tenemos alma de contables, les ahorramos el resto de la lista de asesinatos cometidos por gendarmes que se salieron con la suya en nombre de esas particulares reglas de juego.

De todos modos, cuando algunos corazones generosos calientan de vez en cuando el ambiente viril del cuartel quemando allí los vehículos de servicio, sus coches personales o su laboratorio científico, como ocurrió el año pasado, y los coros de imbéciles felices pretenden entonces preguntarse “¿por qué?”, no es de extrañar que otros profundicen más bien en la pregunta añadiendo “... ¿no ocurre más a menudo?”.

* * *

“Yo hago mi trabajo, mamá, eso es todo,
decía a menudo”.

Su madre

“Se sentía intrínsecamente gendarme”.

Su mujer

Era un gendarme.

Un soldado que actúa por encargo. Era un ser humano, obviamente, pero de un tipo muy particular. De los que eligen libremente sacrificar toda su individualidad y convertirse en un arma de guerra en manos del Estado, letal además, contra todos los que el Estado califica indistintamente de enemigos. Tanto por aquí como por allá. Este teniente coronel de la Gendarmería murió el 23 de marzo de 2018 en un accidente de trabajo en Trèbes, al perder su singular duelo contra el partidario de un Estado competidor. Un duelo entre dos soldados, que compartían un mismo compromiso con la violencia indiscriminada al servicio de un poder omnipotente, el uno con fe en la Ley, el otro siguiendo la ley de su Fe.

En la actualidad, este gendarme no es más que un nombre que suena en las calles y en las escuelas de todo el país, un simple nombre que el poder pretende transformar en un símbolo. Porque parece que fue un héroe. Uno de esos

héroes del terrorismo de Estado francés, dispuesto a todos los sacrificios y a todas las misiones para satisfacer al Estado: paracaidista en el EPIGN [Escuadrón de Intervención Paracaidista de la Gendarmería Nacional], intervenciones en Irak, comandante encargado de la seguridad del palacio presidencial, consultor en “inteligencia económica” para un ministerio y, en última instancia, oficial de apoyo del comandante de la Gendarmería de Aude, para el que organizaba ejercicios antiterroristas.

Ante la muerte en servicio de un empleado tan leal, el Estado no pudo resistirse. Aprovechó la ocasión para organizar un rimbombante homenaje nacional para edificar a las masas, y a la juventud ociosa en particular. En efecto, ¿qué puede ser más ejemplar para la autoridad que una persona que no duda en arriesgar su vida, no como individuo singular y en nombre de sus propias ideas, sino como soldado y en nombre de la patria, esa historia que une a gobernantes y gobernados en un mismo crisol de sumisión? Por eso, durante su discurso en los Inválidos, el jefe del Estado alabó como es debido su calidad de engranaje del más frío de los monstruos fríos (“se comprometió y juró formar un solo cuerpo con algo más grande y más elevado... servir a Francia”), antes de atreverse en una oleada a las comparaciones más audaces y espantosas.

Porque si leyendas militares como la de una ex pastora coronando a un Rey o la de un general exiliado en Londres pueden suscitar las fantasías de los que tienen los colores franceses donde suelen estar los cerebros, es todo un empeño diferente anexar la determinación de “los partisanos del maquis” o de los “Justes” a la del teniente coronel de la Gendarmería, héroe moderno de la guerra contra el terrorismo.

¿Hay que recordar que la mayoría de los Justes eran individuos singulares que, de forma minoritaria pero con una conciencia muy personal y disidente, arriesgaron su vida y su libertad enfrentándose a la ley que aplicaban los gendarmes? El principal campo de internamiento para la deportación hacia los campos de concentración nazis, donde fueron procesados 9 de cada 10 judíos que fueron deportados de Francia (67.000), era el campo de Drancy. ¿Y quién estaba a cargo de él? La Gendarmería. ¿Y quién escoltó hasta 1943, en compañía de soldados alemanes, estos convoyes que se dirigían directamente a Auschwitz? De nuevo, la Gendarmería. ¿Y quién se encargaba del seguimiento de los judíos en la ciudad (durante las redadas de Vel d'Hiv en 1942, por ejemplo), así como en el campo, en el mismo momento en que los Justos se jugaban el cuello para ocultarlos de los hombres de uniforme? Ah, sí, de nuevo la Gendarmería.

Y en cuanto a los “partisanos del maquis” evocados descaradamente durante el homenaje presidencial a este teniente coronel muerto durante un accidente de trabajo, pues bien, no sólo fueron declarados oficialmente “terroristas” por el Estado francés, y como tales también fueron asesinados, detenidos, apaleados o entregados a la Gestapo, y en particular a la Gendarmería. En el polo opuesto de la Gendarmería, que consistía en soldaditos movidos por la sagrada obediencia a la Ley diga lo que diga, los maquisards eran forajidos que tomaban las armas violando el monopolio de la violencia legítima del Estado y que, por cierto, no dudaban en acabar con tal o cual policía. Evidentemente estamos hablando de los años anteriores a 1944, antes de que el desenlace fuera claro y muchos gendarmes y policías empezaran a cambiar de bando o a jugar a dos bandas... sin embargo, sin impedir que los últimos trenes de la muerte se llenaran o salieran del país, como el convoy que salió de Toulouse el 3 de julio de 1944 (700 partisanos y republicanos españoles) y que atravesó el país durante 53 días antes de llegar a Alemania, como el que salió de Pantin el 15 de agosto (2400 presos políticos de todas las cárceles parisinas) o el que salió de Tourcoing el 1 de septiembre (870 prisioneros de Loos).

* * *

“Su sorprendente heroísmo despertará,
creo que sí, muchos imitadores,
dispuestos a sacrificarse por Francia
y su alegría cristiana”.
Canónigo

La muerte de este teniente coronel de la Gendarmería, a pesar de su heroización a bombo y platillo, no nos entristeció, ni siquiera nos conmovió, hablemos claro. Pero tampoco nos alegró, y no porque eso sobrepasara los escasos márgenes de expresión pública que el poder sigue tolerando cuando un terrorista comete un atentado. Si este soldado hubiera sido un jefe de Estado que murió en su cama, tal vez hubiéramos reaccionado como Malatesta cuando falleció un tirano famoso: “Lenin ha muerto. Viva la libertad”. Si hubiera sido un oficial, un jefe o un jefe de Estado asesinado por un revolucionario, sí, entonces habríamos tenido algo que celebrar. Pero un guardián de la autoridad asesinado por otro del mismo tipo (incluso cuando el estado de este último está teniendo menos éxito últimamente), ¿qué podría haber despertado en nosotros una parte de un encogimiento de hombros?

Durante el homenaje nacional en los Inválidos, el 28 de marzo, el Presidente concedió también a su nuevo aquí la Legión de Honor a título póstu-

mo, el galardón que recompensa los “servicios eminentes” prestados a la Nación. La misma medalla adorna el pecho de Bachar al-Assad desde 2001, y nuestro Jefe de Estado se niega a pesar de todo a quitársela, a pesar de las bombas y las masacres. Seguramente también ha prestado algunos “servicios eminentes” a la nación francesa.

Incluso hasta su tumba, el gendarme obtuvo así los honores de la medalla del terrorismo de Estado que tanto merecía...

DE UNA VULNERABILIDAD, OTRA³

A escala microscópica, la destrucción de la autonomía (la reducción de los espacios para determinar tu vida) mediante la introducción de prótesis cada vez más tecnológicas sólo puede dar paso a una desesperación mordaz. Una sensación que se correlaciona con el grado de depreciación y abrasión al que estás sometido. La rueda del progreso gira cada vez más rápido. Antes, las grandes transformaciones de la sociedad podían abarcar varias generaciones. Hoy, en el espacio de una generación a veces parece que no se ha nacido en el mismo mundo. Esta explosión de velocidad exige una extraordinaria capacidad de adaptación del ser humano. Como respuesta hay toda una serie de “defectos” funcionales hacia la conducta del mundo. Por ejemplo, esto puede manifestarse en enfermedades neuróticas o corporales. Los seres humanos no viven aislados en el espacio exterior, sino que habitan este planeta. Toda adaptación a su “hábitat” influye en sus posibilidades y capacidades de reflexionar, pero también de sentir y actuar. Por supuesto, esto no es un privilegio de la sociedad hipertecnológica que conocemos hoy. Podríamos

3 Publicado como D'une vulnérabilité l'autre en Avis de tempêtes en su número 39, marzo de 2021. Traducción de la editorial.

decir que toda civilización funciona así. Así, la pregunta adquiere mayor profundidad; ¿a partir de qué momento un ajuste brusco en el hábitat conduce a una pérdida de autonomía, a una supresión de la libertad? ¿Si todo ajuste no es en sí mismo contrario a la libertad? Pero estas son preguntas que superan con creces la modesta reflexión de este artículo.

Tomemos un poco de distancia de la vida cotidiana y tratemos de pensar en un nivel macroscópico. La expansión del Moloch tecno-industrial -que podríamos llamar “megamáquina”, siguiendo a Lewis Mumford- parece ir también acompañada de un aumento de su vulnerabilidad. Si los sistemas son más complejos y las técnicas se complican, también son más vulnerables a una simple avería, un incidente, un imprevisto. Porque no afecta sólo a un componente aislado, sino a todo el sistema. O como lo resumió Günther Anders: “Cuanto más grande es la máquina, más gravemente peligran sus partes, que habían funcionado individualmente antes de su fusión en la máquina mayor”. Y concluyó lógicamente que “cuanto mayor es el complejo de la máquina, mayor es la catástrofe si el complejo se rompe”. Por supuesto, se trata de una teoría -o más bien de una observación- que los ingenieros de sistemas han tomado en serio desde hace mucho tiempo. La fragilidad de las redes de datos, la dependencia de una red eléctrica centralizada, la

producción just-in-time que pretende limitar los stocks, la interconexión de los sistemas (incluso los más “vitales” como la distribución de agua potable que depende del buen funcionamiento de las bombas eléctricas); todo ello sigue inspirando miles de estudios, proyectos y estrategias para aumentar la “resiliencia” de los sistemas. Pero no sin constatar amargamente que frente al progreso tecnológico, es como arreglar una fuga abriendo el grifo.

Esta fragilidad de la megamáquina forma parte ahora de un discurso en torno al “colapso”. La hipótesis es que el sistema tecnológico va hacia un fracaso total por varias razones que van desde la escasez de recursos energéticos hasta los cambios climáticos. No queremos apoyar una versión “catastrófica” que, salvo excepciones, se muestra como una defensa útil del sistema actual. Porque sólo promueve los preparativos para la supervivencia a la espera de que lleguen las inundaciones, en lugar de centrarse en los ataques o la insurrección (incluso en sus formas más antiautoritarias). Sin embargo, hay que tener en cuenta todos los elementos. Es considerando el mundo en su totalidad como nuestras perspectivas pueden llegar a ser relevantes y no sólo construyendo castillos en el aire o contentándonos con nuestras ensoñaciones de eternos rebeldes. Por lo menos parecería ridículo plantearse la insurrección sin tener en cuenta la cuestión de

la metrópolis, del cambio climático, del aplanamiento cultural, del odio sectario o del canibalismo social que se está gestando, etc. La reflexión de las críticas anarquistas al poder -cualquiera que sea- puede tomar una profundidad inesperada sobre la cuestión de la autonomía o de la libertad ante la aceleración de los acontecimientos climáticos devastadores y la carrera frenética de un industrialismo devastador. A condición de que se deshaga de los esqueletos que aún abarrotan la anarquía; el programmatismo, el miedo a lo desconocido, el victimismo tomado de la izquierda, el determinismo tomado del materialismo marxista, etc. Todavía queda mucho camino por recorrer.

“No debe sorprendernos, pues, que en más de una zona el Complejo de Poder haya sufrido graves tensiones. Aunque son inmunes a cualquier asalto frontal, excepto por parte de otro sistema de poder de igual tamaño, estos gigantes son particularmente vulnerables a los asaltos e incursiones de guerrilla localizados, contra los cuales sus formaciones masivas son tan indefensas como lo fue Goliath, fuertemente acorazado, contra un ágil David que no eligió usar las mismas armas ni atacar la misma parte de la anatomía.”

- Lewis Mumford, El pentágono del poder (2º volumen de “El mito de la máquina”), 1970

¿Y qué pasa con esta vulnerabilidad de la megamáquina? ¿Es real o es uno de los muchos fantasmas que han sido compañeros de viaje de los revolucionarios? Han existido los relatos de la misión histórica del proletariado, de las contradicciones inherentes al capitalismo, del próximo despertar de las masas aún dormidas, de la revolución concebida como un Grand Soir, de la desaparición progresiva de las masacres y del odio en la humanidad, de la catarsis provocada por las guerras y las catástrofes. Suficientes razones para ser precavidos. Una revuelta lejana como la de Chile en 2019 no desembocó en una insurrección abierta. Las revueltas en el mundo árabe se han ahogado en sangre y han dado paso a otros horribles monstruos. La multiplicación de los sabotajes a las torres de telefonía móvil o a la fibra óptica no provocó una ruptura institucional o económica. No se trata de negar que se hayan dado golpes. Ciertamente, no fueron mortales, pero demostraron su potencial al mismo tiempo que sus carencias. Evaluemos, pues, esa fragilidad, que aquí no es sinónimo de “revolución social” sino de posibilidades de libertad o de extensión del caos de donde puede surgir lo desconocido, “bueno” o “malo”. Y para ello, veamos más de cerca una de las columnas vertebrales de la megamáquina: la red eléctrica.

El 8 de enero de 2021, a las 14:04 CET, los sistemas de alarma se ponen en rojo cuando la red

eléctrica europea experimenta una fuerte caída de la frecuencia del suministro de corriente alterna (50 Hertz) [en la zona noroeste, lo contrario ocurrió en el sureste]. La causa de esta desviación de la frecuencia aún no es segura, pero probablemente se debió a la activación de un disyuntor (incidente, fallo, sabotaje... no hay aclaraciones al respecto) en una subestación de Croacia. La red eléctrica europea está conectada de Varsovia a París y de Estambul a Copenhague. Y para que esta red funcione necesita una frecuencia estable. El equilibrio entre la oferta y la demanda de energía eléctrica tiene que estar garantizado en todo momento. La red hace frente a las fluctuaciones [reduciendo temporalmente la producción de electricidad o] suministrando temporalmente electricidad adicional y reduciendo el consumo de electricidad, concretamente de los principales clientes. Para estabilizar la red en enero de 2021, se desconectan con urgencia varios grandes centros industriales (concretamente en Italia, Francia, Austria, Rumanía, etc.). Pero también se cortan varias líneas de alta tensión (14 en total) porque cuando no pueden mantener la presión eléctrica adecuada, la corriente eléctrica encuentra rápidamente otro camino (hacia otras líneas), lo que puede dar lugar a una sobrecorriente. Así, la totalidad de las líneas de la red eléctrica corre el riesgo de sufrir un efecto bola de nieve.

Por parte de Austria, el portavoz del operador de la red eléctrica EVN habla de un “casi apagón”. El incidente alcanza el tercero de los cuatro niveles de alerta de la clasificación europea ENTSO-E (“Emergencia - Situación deteriorada, incluyendo una división de la red a gran escala. Mayor riesgo para los sistemas vecinos. No se cumplen los principios de seguridad. La seguridad global está en peligro”). Por su parte, el operador de red francés RTE presume de sus “barreras de defensa”, consistentes en desconectar las principales zonas industriales y suministrar más electricidad a través de centrales de gas o presas hidroeléctricas. Lo cierto es que la red europea -un gigante que merece el calificativo de “megamáquina”- es vulnerable, sobre todo por su tamaño y centralización.

Mencionemos también que las nuevas fuentes de electricidad (eólica y solar), por definición intermitentes, no pueden gestionar todas estas fluctuaciones de frecuencia y no pueden responder a demandas repentinas. No pueden funcionar sin el apoyo de una producción eléctrica más “convencional” (como las centrales de carbón o de gas). Su multiplicación en el territorio constituye otro elemento de inestabilidad y fragilidad para la red eléctrica. Para enmendar esto, se están construyendo megabaterías un poco por todas partes. Serían capaces de almacenar electricidad para suministrarla a la red en caso

de necesidad. Pero su eficacia sigue siendo cuestionable. En Francia, la RTE comenzó a construir estas megabaterías en los emplazamientos de Vingeanne (Côte d'Or), Bellac (Haute-Vienne) y Ventavon (Hautes-Alpes) en el verano de 2020, además de su proyecto de central hidroeléctrica para producir y almacenar energía en Fos-sur-Mer (Bouches du Rhône).

Este “incidente” en una simple subestación de transformación local pero con graves consecuencias, nos recuerda otro hecho bastante sonado al otro lado del Océano Atlántico. El 17 de abril de 2013, hacia la 1 de la madrugada, alguien abre una cámara técnica junto a la subestación eléctrica de Coyote (California) y corta los cables de fibra óptica. El operario tarda un momento en darse cuenta. Diez minutos después, se corta otro conjunto de cables en una arqueta cercana. Pasan treinta minutos antes de que las cámaras de vigilancia de la subestación registren un rastro de luces lejano. Los investigadores creen que se trata de una señal procedente de una luz de flash. Poco después, a la 1:31 de la madrugada, las cámaras registran los destellos de un rifle y las chispas que salen de la valla cuando las balas la tocan. A la 1:41, el departamento del sheriff recibe una llamada de un operador del centro de energía que ha oído los disparos. La policía llega 10 minutos después, pero todo vuelve ya a la normalidad. Llegan un minuto después de que

otra señal con una luz de flash marque el final del ataque.

¿Sobre qué estaban disparando estos misteriosos atacantes? Sobre los grandes transformadores de esta subestación. Son cosas sencillas, no son más que espirales de cable de cobre dentro de jaulas metálicas. También tienen depósitos con líquido refrigerante por el calor que producen. Precisamente a estos depósitos iban dirigidos los disparos. Tras ser acribillados con cientos de agujeros, el preciado líquido empezó a gotear. Los policías no se dieron cuenta de que 200.000 litros de aceite se estaban vaciando lentamente. Al poco tiempo, los transformadores se sobrecalentaron y explotaron. 17 de los 21 transformadores de la subestación quedaron inutilizados. Uno o dos más habrían dejado inmediatamente a California a oscuras. En esta ocasión, la compañía eléctrica pudo redirigir rápidamente la energía alrededor de la subestación. Silicon Valley siguió recibiendo electricidad, pero se le pidió que limitara su consumo de energía durante ese día. Los daños tardaron 27 días en ser reparados. Como admitió el propio FBI: “No se necesita un grado muy alto de entrenamiento o acceso a la tecnología para llevar a cabo este ataque”. Si varias subestaciones hubieran sido atacadas durante el mismo periodo, impidiendo así un desvío, la historia habría sido diferente.

Sobre el tema de un “apagón”, ingenieros y oficiales advirtieron de la fragilidad de la red en un reciente informe especial de la Revue Militaire Suisse (número 5, 2018). Desarrollaron varios escenarios hipotéticos; ¿sus conclusiones? Dejando a un lado la causa de la ruptura de la red eléctrica, a grandes rasgos es así: si el apagón no dura más de un día, el restablecimiento es rápido. Si dura más de 48 horas, el restablecimiento de la red es menos probable o incluso imposible. Todos los instrumentos que controlan las redes se alimentan ellos mismos de electricidad y sólo tienen una autonomía de 2 a 5 días. Una vez que se quedan sin batería, hay que enviar a alguien para que los reinicie al mismo tiempo que el resto de la red. Por lo tanto, es necesario un apoyo externo si la red no se restablece al cabo de 5 días. Si el apagón es sólo regional, se pueden enviar equipos de emergencia y reparación in situ. Si es nacional o continental, la situación puede durar o incluso ser fatal para toda la red.

Otro ejemplo, esta vez del mundo digital. El 10 de marzo de 2021 se produce un incendio en el centro de datos de OVH en Estrasburgo. La empresa privada OVH tiene el mayor servicio de alojamiento web de Francia. El incendio comienza supuestamente en la base del edificio, donde se encuentran las instalaciones de suministro eléctrico. Eso es lo que apunta la empresa como causa; un inversor (que cambia la

frecuencia eléctrica) se habría incendiado. Esta explicación parece razonable, salvo que, según los informes de los empleados y los bomberos, el fuego se propagó con extrema rapidez. Esto podría indicar varios puntos de origen. Todo el mundo puede especular sobre los orígenes de este incendio, las autoridades pueden comunicar lo que les convenga (al fin y al cabo es el host más importante de Francia, punta de lanza de los centros de datos), pero una causa menos “accidental” sigue siendo plausible. Además, porque en todo el mundo hay muy pocos ejemplos de centros de datos que perezcan en llamas debido a un fallo técnico. Dicho esto, fallo u otra cosa, el resultado es muy “tangible” (nuestras disculpas por utilizar este término obsoleto en este mundo virtual). Cientos de miles de sitios web quedaron fuera de línea, se perdieron enormes conjuntos de datos de empresas e instituciones. Como un mini-apocalipsis en la nube. Ni siquiera es necesario entrar en detalles para poder captar la vulnerabilidad de la megamáquina digital. Una parte importante depende de una estructura física única. Ésta depende a su vez de una conexión ininterrumpida mediante cables de fibra óptica y de un suministro constante de electricidad (porque los circuitos de emergencia no pueden sustituir completamente a la red).

Los últimos meses nos han mostrado muchos más ejemplos de la vulnerabilidad de las redes

digitales. Podemos pensar en las torres de telefonía y los transmisores que cortan las comunicaciones de millones de personas (como en el caso del incendio del transmisor de Marsella en diciembre de 2020 o el de Limoges en enero de 2021), en el sabotaje de las conexiones de fibra óptica (como en el ataque de Crest en febrero), en los cortes manuales o la quema de cables de fibra óptica (como en Pierrelat durante el mismo mes). Apostemos que la misma vulnerabilidad se encuentra en todas las redes, incluida la eléctrica que alimenta todo lo que explota, destruye y controla. Para que la comprensión se convierta en acción incisiva, ciertamente tenemos que deshacernos de los fantasmas que rondan nuestros espíritus y entender, con todo lo que ello conlleva, que estamos en territorio hostil y tenemos que actuar en consecuencia. Con alegría en el cuerpo y libertad en el corazón.

TANTEANDO⁴

¿Solo en el bosque?

“(Isère) Teórico de la conspiración y enfadado con el Estado, prendió fuego a las torres de telefonía móvil”

“(Drôme) El pirómano de Pierrelatte: anti-5G pero no anti-fibra óptica”

“(Ródano) Dos monjes detenidos por incendiar torres de telefonía móvil 5G”

“(París) Antivacunas, sabotéó 26 antenas de 5G para salvar a Francia de la conspiración Covid-19”

- Titulares de los últimos meses

Las instituciones estatales han contabilizado cientos de actos de sabotaje contra las infraestructuras de telecomunicaciones desde 2018. Torres de telefonía incendiadas, cables de fibra óptica cortados, puntos de intercambio quemados, armarios de telecomunicaciones saqueados: estas prácticas se han extendido por todo el ter-

⁴ Apareció anteriormente como En tâtonnant... en Avis de tempêtes, número 46, octubre de 2021.

ritorio y han experimentado un claro aumento en los últimos dos años. La calidad de las actividades nocturnas de los saboteadores también ha dado un salto: acciones que afectan a nodos especialmente sensibles, acciones coordinadas o repetidas en la misma zona geográfica, algunas destinadas a interrumpir las comunicaciones de una estructura específica, en una zona concreta o en un momento determinado... En resumen, los ataques siguen teniendo como objetivo estas infraestructuras a pesar de las repetidas advertencias de las autoridades, los gritos de alarma de los operadores y un número no despreciable de detenciones. Al fin y al cabo, siguen siendo difíciles de proteger de un corte furtivo o de un incendio nocturno.

Es innegable que estas acciones apuntan a las venas de la dominación tecnológica, pero a menudo se desconocen las motivaciones particulares y las aspiraciones más amplias de las manos que las llevan a cabo. Sin embargo, la represión (una de cuyas tareas principales es identificar a los autores de las travesuras que perturban el buen funcionamiento de la sociedad) ha revelado algo de la diversidad de las personas que se dedican a estos paseos a la luz de la luna. No obstante, debemos ser cautos con las informaciones publicadas en los periódicos o las palabras de los condenados “citadas” por los periodistas. No queremos adoptar los “per-

files” y las “categorías” establecidas por las instituciones del Estado con el fin de elaborar mapas, perfiles y represión. En los últimos años hemos visto cómo se condenaba a personas muy diferentes por ataques a la conectividad permanente. Por ejemplo, durante el apogeo de los Gilets Jaunes, una serie de pequeños grupos llevaron a cabo sabotajes en el marco o al margen de este caleidoscópico movimiento de revuelta. Otros que fueron condenados especificaron ante los tribunales su orientación ecológica, su oposición al 5G por sus efectos nocivos para la salud y el medio ambiente, su afiliación de izquierdas o su rechazo al control. Otros, incluso cuando fueron confrontados con pruebas incriminatorias y finalmente condenados, se negaron a dar largas explicaciones en el tribunal o en la prensa. Ciertamente, tras su obstinado silencio podrían esconderse visiones poco liberadoras. Sin embargo, no por negarse a expresarse ante un policía o un juez y por no ver ningún sentido en explicar sus tensiones e ideas a un periodista, no tendría necesariamente “problema en ser asociado con los conspiracionistas o la extrema derecha”. Del mismo modo, no porque no pertenezcas a un medio más o menos “militante”, porque no tengas un “comité de solidaridad” para defender tus ideas cuando la policía llame a la puerta, o porque no escribas cartas públicas para explicar tus acciones, eres automáticamente parte de los “aspirantes a nazis” que planean el estallido

de una guerra racial sembrando el caos, o de los “conspiranoicos” que se llenan la cabeza en la web digital o de los “fundamentalistas” que ven las innovaciones tecnológicas como obra del diablo.

Hay que decir que la inmensa mayoría de los atentados contra las infraestructuras de telecomunicaciones no han ido seguidos de un comunicado y no han proporcionado ninguna pista de filiación ideológica a los investigadores o a los recelosos guardianes del árbol genealógico. Sin embargo, en los últimos meses, titulares como los mencionados al principio de este texto han cuestionado lo que algunos podrían llamar la “benevolencia” hacia el silencio de los autores de estos ataques. A veces incluso han provocado un ataque de fiebre existencial entre los compañeros. El razonamiento parece hermético: si detrás de algunas de estas acciones anónimas ha habido personas bastante desagradables (como iluminados por Dios, activistas patrióticos o seres especialmente confusos que siempre buscan lo que no hay), entonces todo ataque anónimo debe ser tratado como posiblemente, o muy posiblemente, hecho por personas dudosas.

La falta de lógica es evidente. Pero se ignoran los razonamientos, los argumentos y las evaluaciones críticas o profundas. Porque es más fácil creer que estamos solos en el bosque que ver

que entre los arbustos también pueden moverse otras personas no despreciables (personas que no conocemos y que tienen visiones y sensibilidades tal vez o probablemente muy diferentes a las nuestras). Solos en el bosque, solos como anarquistas, puros servidores de un ideal elevado, sin contradicciones en nuestras vidas, sin “manchas” en nuestro patrimonio, sin dudas en nuestros pensamientos y sin “faltas” en nuestras relaciones y forma de vivir, claros como la luna llena y sin ninguna “ilusión revolucionaria” o “insurreccional”. Siempre es posible mentirnos a nosotros mismos. Siempre es posible construir castillos de naipes que la realidad hará saltar por los aires. Pero también hay otros caminos que -para dar sentido a la lucha y significado a nuestras vidas- no hacen abstracción del mundo que nos rodea y no ponen nuestras ideas y a quienes las encarnan en un pedestal por encima de toda posibilidad de error.

Porque no estamos solos en el bosque. No somos los únicos factores humanos de desorden. Los humanos ni siquiera son los únicos factores que perturban los frágiles equilibrios con los que este mundo que se desmorona pretende avanzar. Otras personas actúan, tal vez con ideas menos desarrolladas que las suyas o tal vez con sensibilidades más agudas que las mías, impulsadas por un deseo inmediato de represalia contra un sistema mortificante, por una oscura vengan-

za contra una vida privada de sentido o por una creencia ideológica o religiosa en conflicto con la marcha tecnológica del mundo.

Intenciones

“Porque, en última instancia, la cuestión esencial no estriba en los supuestos motivos de completos desconocidos de los que, de todos modos, nunca sabremos nada (salvo en el caso de la detención, que no deseamos a nadie), sino en cómo queremos, en medio de la guerra social, hacer resonar actos que nos hablen y resuenen con nuestras ideas. Ya sean colectivos o individualidades, difusos o específicos, ampliamente compartibles o perversamente heréticos, completamente anónimos o etiquetados como subversivos, fuera de los focos o publicitados por sus autores de diferentes maneras.”
- *Wanted interconnectés, julio de 2021*

Ante el hecho de que el bosque no sólo alberga a los anarquistas, hay básicamente dos posibilidades, con, como siempre, mil matices entre ellas.

La primera consiste en pensar que los “actos de revuelta”, las “noticias de desorden”, los “fragmentos de la guerra social” o como queramos llamarlos, constituyen ciertamente el escenario en el que actuamos, pero debemos tener cuidado de no prestarles intenciones ya que nadie, aparte de nosotros, comparte las ideas anarquistas

(al menos en su totalidad - a diferencia de las ideologías que pueden ser más o menos troceadas según la situación o la tendencia del momento). A medida que las intenciones escapan de la oscuridad del bosque y den un color particular a estos actos, un color que por principio nunca nos complacerá del todo (dado que los anarquistas somos los únicos que compartimos las ideas anarquistas), más necesidad habrá de afirmar o aclarar nuestras intenciones y motivaciones frente a las de los demás. Cualquier silencio por nuestra parte podría dar pábulo a intenciones que no compartimos. Nos vemos entonces obligados a encender antorchas en medio del bosque y a asegurarnos de que las hogueras que encendemos arden aún más fuertes, más altas y más brillantes que las de los demás. La identidad anarquista corre el riesgo de convertirse en nuestra principal preocupación y acabaremos estableciendo (incluso dentro de nuestros propios círculos) una especie de catecismo que haga balance de los puntos buenos y malos. Al final, no veremos la diversidad y la riqueza de los individuos como un fruto de la libertad, sino como una terrible amenaza.

La segunda posibilidad es partir siempre de nosotros mismos, de nuestras ideas y aspiraciones como anarquistas, y entender los otros “factores de desorden” no como cosas a asimilar o presentadas como si estuvieran -inconscientemente-

inspiradas en el fuego sagrado de la anarquía, sino simplemente como elementos que tienen su peso y su sentido en la guerra concreta (y no platónica o idealista) que libran los humanos. Una guerra “social”, si se quiere, en el sentido de que atraviesa toda la sociedad y gira siempre en torno a la cuestión del poder (en todas sus variantes), y donde los anarquistas son los que defienden la necesidad de la destrucción del poder en lugar de su reorganización. Esta “guerra social” no es una expresión de la tensión hacia la “liberación total” ni hacia la “anarquía”. Es un conflicto del que surgen y cambian las relaciones sociales, que a su vez configuran las modalidades de esta “guerra social”. Las intenciones expresadas (en voz baja o en voz alta) por quienes se ven envueltos en esta guerra hay que situarlas en su contexto histórico y no sacarlas de él para compararlas con un panteón de abstracciones.

Esta segunda posibilidad (perdón por la burda simplificación) no toma las intenciones como única referencia, como único indicador de la realidad, sino como una entre otras sin negar su importancia. La necesidad de trazar un árbol genealógico de los “actos de revuelta” o de indagar en las motivaciones de sus autores, es aquí menos sentida -como lo es la necesidad de ofrecer sistemáticamente explicaciones propias. Las explicaciones de las acciones singulares dan paso a la elaboración de una proyectualidad que in-

tenta ir más allá de cada una de ellas. El hecho de que esta proyectualidad tenga objetivos insurreccionales (la creación de una ruptura) u otros, no supone necesariamente una gran diferencia. Es cierto, como señalan algunos críticos, que esto puede llevar a desestimar por completo la importancia de las intenciones. Corremos el riesgo de cegarnos ante este factor, que puede no ser el único, pero que sigue siendo uno de todos modos. Incluso si las “intenciones” detrás de las acciones de revuelta no son el elemento exclusivo que podría interesar a los anarquistas en lo que generan, esto no debería llevar a la negación completa de su influencia en la realidad de la guerra social.

¿Acciones que hablan por sí mismas?

“Porque nada puede ser expresado que tal carga de amenaza como lo que no se expresa”.

- Stig Dagerman

Las cosas son, por supuesto, más complicadas en esta compleja realidad que es la nuestra. Todas las simplificaciones y percepciones acaban cayendo en un hermoso embrollo. Así que añadamos un par de reflexiones.

Por un lado, el silencio de los insurgentes puede a veces ocultar sus intenciones. Por otro lado, también responde a la necesidad práctica de no dar pistas al Estado. Asimismo, no cabe duda de

la necesidad de aclarar las razones en un contexto confuso, como es un contexto de descontento amargo que entra en contacto con una estrategia neofascista (como ocurre con la actual oposición al pase sanitario y los ataques contra estructuras como los centros de vacunación). Pero también es necesario permanecer lúcido sobre el peso relativo de las palabras y de lo que logran expresar y transmitir. Evidentemente, esto es válido para cualquier expresión lingüística; desde un cartel hasta un folleto, desde una discusión hasta un periódico o una reivindicación. Todas ellas dependen de la capacidad del otro para entender lo que se escribe o se dice.

Si, por ejemplo, queremos seguir apreciando las acciones de los demás como expresiones diversas dentro de la “guerra social” (desde los ataques a la policía en las periferias hasta el sabotaje anónimo de las infraestructuras), evidentemente hay que encontrar otra forma de hacerlo que no sea simplemente ponderarlas en la pequeña escala del anarquismo. O bien habrá que referirse exclusivamente a las acciones debidamente reivindicadas por los anarquistas. Esa sería la única manera de evitar cualquier riesgo de especulaciones, valoraciones precipitadas e inquisiciones perjudiciales. E incluso entonces, sabemos que esta validación sólo sería temporal. Un anarquista que ayer realizó una bella acción siempre puede resultar hoy una basura en sus

relaciones cotidianas, o un traidor mañana...

Es importante tomarse el tiempo de examinar críticamente nuestras relaciones con los demás seres del bosque, así como nuestras formas de actuar. No hay ninguna receta que aplicar ni ninguna jerga que recitar. Al mismo tiempo, no pueden existir instrucciones que deban respetarse sobre “cómo hacer” las cosas so pena de ser acusados de querer esconderse detrás de viles aspirantes a nazis y otros fanáticos. Nadie (ni siquiera los más estrechos de miras) debería tratar de imponer a sus compañeros la obligación de explicar sus acciones, de presentar y justificar su proyecto en detalle, de etiquetar sus acciones según determinadas prescripciones, sólo para evitar la amargura de algún cronista de la guerra social. Siempre será el individuo quien actúe como considere oportuno. Puede optar por mantener las sombras que dan cobijo a las actividades de los demás y esto puede significar dejar a algunos en la ignorancia y la incomprensión. O puede inspirar a los demás mediante la afirmación clara y precisa de las ideas y los sentimientos que han inspirado una acción y esto supondrá decepcionar a algunos por una exhibición considerada demasiado indiscreta.

Después de todo, ¿los actos hablan realmente por sí mismos? Por un lado, sí. En el sentido de que son la manifestación de un ataque concre-

to contra una estructura o persona concreta. La destrucción de una torre de telefonía móvil es la destrucción de una torre de telefonía móvil, independientemente de cómo se quiera interpretar. Por otro lado, no. Porque no pueden expresar por sí mismas todas las intenciones, tensiones y sensibilidades que empujaron al autor a llevarlas a cabo. Así, las acciones son lo que son: un hecho material destructivo que puede inspirar o abrir la imaginación (o no). Ni más ni menos. Al mismo tiempo, son todas esas acciones las que conforman el entorno en el que se actúa, y del que se forma parte. Tienen sentido en un contexto, y no sólo gracias a la posible expresión explícita de los autores. Nunca podrán ser propiedad exclusiva de sus autores mientras perturben, sacudan, cuestionen la vida de otras personas. Y los autores nunca serán los únicos que les den sentido (no importa si es para apreciarlos o para condenarlos). Ante esto, el hecho de reivindicar o no una acción no cambia radicalmente la situación. Los “otros” no son simples espectadores pasivos. No sufren sin inmutarse tanto las acciones como los significados que sus autores quieren darles. Están directamente implicados, dado que sus vidas cambian (de forma más o menos efímera) por la acción, dado el disgusto o el entusiasmo que les inspira, etc.

Entonces, ¿un reclamo puede ayudar a entender una acción? Por supuesto, pero también

puede hacerla incomprensible para sus lectores. Puede estar tan inflada o respaldada con tantas palabras que la afirmación casi acaba ahogando la acción y enterrando la simple sugerencia que siempre contiene: destruyamos lo que nos destruye. Por cierto, ¿el hecho de afirmar nos protege de que nos metan en el mismo saco que la gente desagradable? Nos inclinamos por relativizar todo esto, dado que el bosque es inmenso y que las acciones resuenan mucho más allá de nuestras propias palabras (los “efectos” de la propaganda -ya sea a través de periódicos anarquistas o de reivindicaciones- siempre serán relativos). Y no consideramos la reivindicación como una especie de solución mágica, un bicarbonato que resolvería todos los problemas que plantean las acciones y sus posibles interpretaciones.

**Izquierda, derecha, izquierda, derecha:
¡fuera de ella!**

“Que los izquierdistas estén en la calle de la mano de los fascistas/conspiranoicos desde hace semanas debería alertarnos sobre el peligro de la idea de lucha común (que significa que a uno le da igual con quién luchar mientras tengamos las mismas prácticas y el mismo objetivo). Uno olvida que esas personas cuyas acciones uno aplaude o con las que se manifiesta tienen posiciones opuestas a las nuestras en casi todo, y que nosotros

seríamos su objetivo en otros contextos”.
- Des réfractaires solidaires, en su reivindicación por el incendio de un vehículo naranja en Grenoble, septiembre de 2021

Desde hace varios meses, gran parte de la oposición a las medidas sanitarias restrictivas del gobierno parece estar liderada por figuras de la derecha. En otros países también (como Italia, Holanda y Alemania), los aspirantes a nazis han salido a la calle en gran número y han hecho sentir claramente su presencia en lo que, por lo demás, son movilizaciones muy diversas. En varias ocasiones, los anarquistas han sido atacados por grupos fascistas y, afortunadamente, también ha ocurrido lo contrario. Sin embargo, estar en el mismo terreno del conflicto no implica necesariamente apropiarse del indigesto vocabulario de los oportunistas en busca de “frentes comunes” o teorizar las “alianzas objetivas” como estrategia política. Siempre tenemos la posibilidad de dar un portazo y abandonar un terreno de lucha que no parece ofrecer ninguna posibilidad de subversión o de acciones portadoras de libertad. Al mismo tiempo, ningún conflicto responderá totalmente a todos los criterios antiautoritarios. Actuar en un terreno conflictivo que no es “puro” (¿y qué terreno lo sería?) no significa apoyar el autoritarismo que puede estar presente en él. La cuestión será siempre mucho más sobre cómo actuamos, y con qué perspectiva.

Al otro lado del Rin, hay gran parte de la izquierda radical y libertaria que acusa a quienes defienden los ataques anónimos a las infraestructuras de telecomunicaciones o energéticas de “unir fuerzas” con los nazis o, al menos, de hacerles el juego (ya que los activistas nazis no suelen ser muy aficionados a las reivindicaciones y también teorizan sobre el ataque a las infraestructuras para precipitar el Tag X, el Día del Colapso Social y el inicio de la “guerra de razas”). Además, los ataques a las infraestructuras ya no se ven como un sabotaje del mundo tecnológico, sino como una prueba de la virulencia nazi, ya que gran parte del terreno de la oposición al 5G parece estar ocupado por comités abiertamente conspirativos (Querdenker) y de extrema derecha. Una vez establecido el principio parapolicial de que “una acción no reclamada contra la infraestructura equivale a una acción nazi”, las acciones no reclamadas son desacreditadas por los colectivos y círculos antifascistas del movimiento. Tanto más cuanto que algunos de ellos (fanáticos del progreso colectivo y civilizador) no pueden comprender el significado subversivo de los ataques a la electricidad o a la conectividad virtual que es, a sus ojos, un “bien común”.

Una pequeña frase de Orwell -ciertamente no enemigo de toda autoridad- sigue siendo de inquietante actualidad ante la actual reestructuración tecnológica de la dominación (sea como sea

que se reciba): “La verdadera división no es entre conservadores y revolucionarios, sino entre autoritarios y libertarios”. Al otro lado del Rin, estas voces procedentes de la izquierda radical y/o libertaria alemana acusan a los anarquistas de querer desencadenar una “guerra civil” a través de los ataques a las infraestructuras (cuyo principal objetivo es crear desorden y socavar las cadenas tecnológicas, se inserten o no las prácticas en una proyectualidad insurreccional). Y luego, con el dedo acusador levantado, insisten en que tales ataques deberían ir acompañados, al menos, de certificados políticos de buena voluntad (“justicia social” y “emancipación progresiva” en lugar de desencadenar la libertad, “contra los gobernantes” pero siempre mostrando comprensión hacia la sumisión y adhesión de los gobernados). De hecho, sólo exigen mantenerse dentro de la buena y vieja tradición oportunista que ciertamente está dispuesta a utilizar el arma del sabotaje, pero sólo si sirve como vehículo y megáfono para sus objetivos políticos.

¿Y si los anarquistas de aquí y de otros lugares acaban haciendo más o menos lo mismo? ¿Exigiendo explicaciones sobre las acciones de sabotaje de las infraestructuras, distanciándose efectivamente de cualquier acción que no se reivindique como «anarquista», viendo sólo la mano de los nazis, de los conspiracionistas -y por qué no, fue un clásico del siglo pasado: de

los servicios secretos extranjeros- detrás de las acciones de sabotaje cuyos autores deciden permanecer en la sombra? Acabarían por rechazar cualquier visión o deseo que desee y trabaje por una multiplicación incontrolada del sabotaje de las infraestructuras de telecomunicaciones, energéticas y logísticas. Sólo aceptarían y valorarían la multiplicación de las acciones de sabotaje si está sujeta a un control ideológico. ¿Significa esto defender la libertad, o más bien temerla?

El hecho de que los fascistas, los conspiranoicos o incluso los monjes hayan atacado las torres de telefonía móvil no hace que sea menos pertinente atacar estas estructuras, fomentar el sabotaje contra ellas, desear y trabajar por la multiplicación incontrolable de estos ataques. En cambio, tal vez nos obligue a pensar más en por qué se pueden sugerir estas acciones, por qué deseamos realmente su difusión, es decir, a reflexionar para mejorar nuestras perspectivas. Desertar de los terrenos en los que otros también actúan no es una opción y sellar sistemáticamente las acciones no resuelve la cuestión del “mismo terreno”. Tenemos que mirar más allá: a la perspectiva que damos a nuestra acción, a las ideas que difundimos, a las metodologías que proponemos y a los proyectos que elaboramos.

¿Qué libertad?

“Dar rienda suelta a la libertad es aceptar lo inesperado que el desorden lleva dentro. Es aceptar que la libertad no siempre es dulce, sino que también puede tener una cara sangrienta, y que la seguimos queriendo. No queremos que la libertad se vacíe de riesgos, ni queremos exigir que la libertad nos traiga sus certificados de buena conducta antes de acogerla. Eso no sería libertad, sería domesticación camuflada en ropajes libertarios, el mejor terreno para que la semilla de la autoridad vuelva a crecer”.

- La forêt de l'agir, abril de 2021

¿Qué perspectivas hay que elaborar entonces? Quizás podríamos empezar por las que podemos entender pero que menos nos inspiran. Por ejemplo, la que a menudo se desliza entre las líneas pero que tiene dificultades para explicitarse. La perspectiva que tiene como objetivo principal la existencia y el fortalecimiento cualitativo y cuantitativo del movimiento anarquista. Un movimiento más fuerte, más grande, mejor organizado, que sepa enfrentarse a las fuerzas oscuras del fascismo, a las manipulaciones conspiracionistas de la ira genuina y a los izquierdismos cuyo papel parece ser el de acompañar al capitalismo y a la dominación hacia futuros más sostenibles, más tecnológicos, más equitativos. Un movimiento que se atreve a tomarse a sí mismo como punto de referencia y desarrolla una

capacidad de difusión, de ataque y de relevancia. Una capacidad suficiente para constituir una fuerza real capaz de pesar en el debate público, de marcar la diferencia en las luchas locales y de echar a los nazis de las manifestaciones.

Existe un fuerte riesgo de que el fortalecimiento cuantitativo del movimiento anarquista -aunque sea difícil de imaginar (después de todo, ¿creemos realmente que las ideas anarquistas pueden ser compartidas por las masas hoy en día? El efecto espejo provoca fácilmente el lucimiento, vaciando rápidamente la lucha para sustituirla por una imagen que se confunde con la realidad. Al final, tal perspectiva suele apuntar sobre todo al fortalecimiento de la identidad anarquista, para estar a puñetazos... con los demás habitantes del bosque. Esta identidad tiende a tener un sentido inflado de sí misma y a sustituir la calidad del fondo por el protagonismo de la forma. Acaba midiéndose en comparación con todas las demás identidades en el espejo de la representación.

Sin embargo, todavía son posibles otros caminos. Aunque ciertamente son un poco más turbios o peligrosos. Caminos que no están hechos para aquellos que tienen demasiado miedo al barro o que no soportan trabajar en la sombra. Caminos al final de los cuales no existen garantías, no nos espera ningún reconocimiento. Caminos que no toman la mera existencia y supervivencia de

los anarquistas como el alfa y omega de la subversión o la anarquía. Este camino trepa, escarba y se escabulle para descarrilar el tren del Progreso y de la sociedad actual. No queremos renunciar a la difusión de nuestras ideas (por diversos medios) y subestimar la utilidad y la necesidad de la crítica anarquista. Pero el camino del que hablamos pretende sobre todo contribuir a la agitación de la situación, a la ruptura insurreccional, a la ruptura de lo que mantiene las estructuras productivas y sociales en pie. Este proyecto, esta proyectualidad, no apunta al crecimiento numérico del movimiento anarquista, ni a reforzar su popularidad, sino a precipitar situaciones conflictivas hacia un levantamiento más amplio. Porque trabajar hacia la multiplicación incontrollada de las acciones y hacia una desconexión imprevista podría permitir la emergencia de la libertad. O mejor dicho, es una de las caras de la libertad que hoy zarpa.

Que algunas personas cuyas intenciones no compartimos u otras cuyas intenciones desconocemos por completo sean también activas, no nos inspira un miedo paralizante, ni nos lleva a participar en un exhibicionismo de uno a uno (una trampa tan antigua como el mundo, conocida y tendida por todos los servicios de inteligencia de ayer y de hoy). En cambio, nos motiva a mejorar nuestras sugerencias, nuestra proyectualidad y nuestra ética. Sobre todo, a impulsar

más, con nuestros medios y modestas capacidades, la urgente demolición de la sociedad actual.

APROVECHAR EL MOMENTO⁵

Más de cien mil enfurecidos que desde hace casi 4 semanas ocupan rotondas y peajes, que intentan bloquear o ralentizar el funcionamiento de centros logísticos y supermercados, depósitos de petróleo o, a veces, fábricas, que se reúnen cada sábado tanto en pequeños pueblos como en grandes ciudades para atacar sedes locales del Estado y ayuntamientos, o simplemente para destruir y saquear lo que les rodea. He aquí que el otoño hace nacer de la nada otro movimiento social. Lo suficiente como para que los que tienen olfato para el olor de los rebaños vengán corriendo a intentar dirigirlo, o simplemente a estar allí donde ocurre, siguiendo el olor de los gases lacrimógenos. Como durante el movimiento sindicalista contra la Loi Travail en 2016 (de marzo a septiembre) y su seguimiento contra las implementaciones reglamentarias en 2017 (de septiembre a noviembre), o contra la reforma de la empresa ferroviaria este año (de abril a junio). Pero esta vez no ha sido así.

Por una vez ha surgido un movimiento autoorganizado al margen de partidos y sindica-

5 Apareció por primera vez como Saisir l'occasion en Avis de tempêtes el 12, diciembre de 2018. Traducido desde el inglés (theanarchistlibrary) por la editorial.

tos, por una vez ha fijado desde el principio sus propias fechas tanto a nivel local como nacional -en su mayoría diarias y no con un ritmo semanal o mensual de grandes jornadas orquestadas por los líderes de la manada y desde el principio controladas por la policía- fijando incluso sus propios lugares y trayectorias de confrontación y de bloqueos, negándose decididamente a mendigar una autorización estatal de antemano. [...]

[Los párrafos siguientes son una dura crítica a un medio antiautoritario desorientado por la irrupción de este movimiento y al que le faltaba el marco habitual de consignas, reivindicaciones y líderes de la izquierda. Cuando no se dispone de la cómoda posición de “más radical” de la izquierda, muchos parecen optar por quedarse detrás de sus pantallas y desestimar los acontecimientos por considerar que no es suficiente esto o aquello para cumplir con sus estándares de lo que constituye un movimiento legítimo (aparentemente es preferible uno encabezado por una izquierda autoritaria). El texto original es bastante específico del contexto francés y, entretanto, muchos parecen haber podido superar su aversión inicial (véase el texto de seguimiento). Por ello, esta traducción se salta algunas páginas. - TLK]

[...] Ahogarse con deleite en el rebaño rojo o saltar con reticencia al rebaño amarillo; ese es un buen ejemplo de falsa dicotomía, porque los términos mismos de la pregunta son erróneos. Desde nuestro punto de vista, la cuestión no es

nunca participar o no participar en un movimiento, ser espectador o actor, sino sólo actuar para destruir lo existente en todas las circunstancias, con o sin el contexto de una lucha particular, que los demás estén motivados al principio por esta o aquella miga más o menos interesante, siempre que actuemos con nuestras propias ideas, prácticas y perspectivas. Dentro, fuera o al lado de un movimiento, en relación con él o lejos de él. Solo o con varios. A la luz del día o de noche.

En cuanto a la cuestión insurreccional es cierto que si queremos derribar el Estado y destruir toda autoridad, parece ser un requisito esencial - que en cualquier caso no será sólo un acto de anarquistas y revolucionarios (es precisamente por esta razón que los neoblanquistas autoritarios [Auguste Blanqui - socialista revolucionario y no marxista - a favor de que los conspiradores tomen el poder a través de una insurrección y comiencen a implementar una nueva sociedad desde arriba - Francia, 1805-1881] se dedican a intentar dirigir las luchas y los movimientos, a encontrar una masa a la que dirigir, o a que otros intenten persistentemente reclutar adeptos en ellos). Las revueltas e insurrecciones surgen ya sin nosotros, y cuando no tenemos ni el deseo de dirigir estos movimientos ni el desprecio hacia los esclavos que se rebelan por sus propias razones, la pregunta interesante se convierte más bien en: ¿qué queremos hacer? Actuar ya sin

esperar, aquí y ahora, no excluye la posibilidad de actuar con mayor razón cuando surge una situación caótica. Ciertamente, cuando hemos reflexionado un mínimo sobre nuestras propias perspectivas. Cuando somos entonces capaces en toda autonomía de aprovechar el momento que se presenta para realizar nuestros propios proyectos subversivos.

En cuanto a la revolución; estamos de acuerdo con lo que algunos anarquistas italianos han escrito en un texto sobre lo que ha sucedido en Francia (*Di che colore è la tua Mesa?*), del que retomamos uno de los hilos. Para los que todavía abrigan este deseo; ¿cómo imaginamos que podría surgir una revolución? ¿Realmente pensamos que sería obra de una convergencia de movimientos sociales, todos dotados de una reivindicación legítima, motivada por decisiones por unanimidad en asambleas donde la idea más radical ganará la partida? Así, en un escenario así, nacería un movimiento con una causa impecable, con los militantes más ilustrados a la cabeza que lo guiarían de batalla en batalla, obteniendo victorias inspiradoras, sus filas creciendo, su reputación aumentando, su ejemplo extendiéndose como un virus, otros movimientos similares surgiendo, sus fuerzas encontrándose, enriqueciéndose y multiplicándose, hasta llegar a la confrontación final durante la cual el estado es finalmente derribado... ¡Qué bonito

cuento! ¿Quién lo ha producido, Netflix? ¿En qué episodio estamos? Si no queremos ridiculizar, también podemos mantenernos serios. Mejor, podemos incluso analizar científicamente. Como los visionarios bordiguistas [Bordiga - marxista, antiestalinista y pro-dictadura del proletariado - el partido político y el programa son la expresión inequívoca del movimiento real del proletariado hacia el comunismo - Italia, 1889-1970] que sabían desde agosto de 1936 que en España no había revolución. La razón era evidente, un hecho obvio ante los ojos de todos, es incluso embarazoso tener que recordarlo: sin teoría revolucionaria no hay revolución, sin partido revolucionario no hay teoría revolucionaria. ¿Había un partido revolucionario en España (el suyo, claro)? ¿No? Entonces, ¿de qué podríamos estar hablando?

Porque a lo largo de la historia la chispa de los motines, insurrecciones y revoluciones casi nunca ha venido de razones profundas sino de simples pretextos (por ejemplo: el desplazamiento de una batería de cañones desencadenó la Comuna de París [de marzo a mayo de 1871 - mientras el ejército francés se retira y el ejército prusiano rodea París, sus calles se transforman en una insurrección, eventualmente sofocada en sangre por el ejército francés], una protesta contra el caldo de cultivo hecho por los militares navales alemanes encendió la Revolución de Noviem-

bre [en 1918 - inspirada por la Spartakusbund, un grupo socialista antibélico y revolucionario - un segundo levantamiento en enero de 1919 contra los socialdemócratas antirrevolucionarios y proguerra terminó con el asesinato de dos líderes de Espartaco, Rosa Luxemburgo y Karl Liebknecht], el suicidio de un vendedor ambulante lanzó la Primavera Árabe, la tala de algunos árboles provocó la revuelta del Parque Gezi en Turquía). Nos parece realmente vergonzoso que quienes se enfrentan a los chalecos amarillos (o ayer, a las protestas autonómicas catalanas) sólo centren su mirada en ello para encontrar rastros del programa comunista, o de la idea anarquista, o de la teoría radical, o de la crítica antiindustrial, o... Después de lo cual -tras la decepción de no haber identificado un contenido suficientemente subversivo en las calles, de no haber contado suficientes masas, de no haber notado suficiente arraigo proletario, de no haber registrado una presencia femenina suficientemente igualitaria, de no haber escuchado un lenguaje suficientemente correcto, y podríamos seguir eternamente- sólo cabe el disgusto y la pregunta de a quién puede beneficiar toda esta agitación social. ¿Cui prodest? [Término jurídico: ¿A quién beneficia? ¿En beneficio de quién se comete el delito?]

Si algunos atribuyen los disturbios que sacudieron el país en noviembre de 2005 a una estrategia preelectoral de Sarkozy -que habría pues-

to intencionadamente aceite en una pequeña llama (una de las muchas atrocidades policiales) para encenderla y luego apagarla, para ser después recompensado como un competente bombero-, en la misma línea, hoy sería fácil ver la mano de Le Pen en la demanda popular de dimisión de Macron. En el momento en que un fuerte viento a favor de la derecha sopla por Europa, ¿por qué esperar hasta el próximo plazo electoral mientras es posible acercarlo con un ligero empujón? Se trata de una teoría conspirativa que, también en su rasgo lógico, es sobre todo totalmente idiota de formular. Pero, por supuesto, el domador de leones Sarkozy o la aspirante a directora de circo Le Pen podrían haber abierto en secreto las puertas de las fieras para sembrar el pánico y, cuando la situación de emergencia haya pasado, ¿podrían ser llamados a sustituir al incompetente que no fue capaz de proteger a la sociedad!

Pero imaginemos, aunque sea absurdo, que hubiera sucedido así... ¿y entonces? Esos animales salvajes somos todos nosotros, y es precisamente en los momentos de movimiento libre cuando aumentan nuestras posibilidades de librarnos de las jaulas de este mundo. Mientras estamos encerrados, permanecemos principalmente impotentes, sólo capaces de rugir y enseñar los dientes, siempre más cariados. Pero en estos días de libertad, aunque nos persigan, todo vuelve a

ser posible, incluso lo imposible. ¿Se ha decidido que nuestra libertad sea sólo temporal, un acuerdo a corto plazo para una inversión a medio o largo plazo? Entonces depende de nosotros que se convierta en permanente, fastidiando los planes de quienes estaban seguros de ser capaces de controlar el demonio de la revuelta después de haberlo convocado. Si alguien deja la jaula abierta, no tiene mucho sentido perderse en elaboradas imaginaciones sobre sus verdaderas intenciones o quedarse dentro para no servir a alguna oscura trama. Es mejor apresurarse a salir e intentar a toda costa que no nos vuelvan a pillar.

Dicho todo esto, para quien aún abrigue tal deseo, ¿cómo imaginar el estallido de una revolución? Conscientes de que probablemente sólo puede surgir de una situación heterogénea, en medio de intereses contrapuestos, expresados de forma confusa y contradictoria; ¿debemos sin embargo defender intereses contrapuestos, expresados de forma confusa y contradictoria? El hecho de que el pretexto de los disturbios, insurrecciones y revoluciones sea casi siempre trivial, ¿significa que debemos repetir la trivialidad?

La trampa de todos los militantes -independientemente de que sean derrotistas o entusi-

astas- es que en situaciones de agitación social su cerebro está afinado para plantearse una sola cuestión: qué vínculos directos y productivos crear con los movimientos de protesta. Están obsesionados con la búsqueda del sujeto revolucionario al que ponerse al servicio, o simplemente alabar. Así, se puede bombardear el más mínimo enfrentamiento en las afueras con la policía o las autoridades sin preocuparse por la cuestión de las motivaciones individuales (¿quizás vinculadas con el comercio de sustancias ilegales, con un problema de contratación de mano de obra local, con un conflicto por el territorio de la mafia, con un impulso religioso, o con más cosas todavía?) mientras se niega obstinadamente a considerar el más mínimo enfrentamiento de los chalecos amarillos en las plazas y rotondas con la policía o las autoridades porque se sospecha que hay demasiadas motivaciones individuales (¿quizá relacionadas con el comercio de sustancias legales, con un problema de contratación de mano de obra, con un descontento con los impuestos, con un impulso nacionalista, o con aún más cosas?)

Es como reinventar la misma rueda cada vez: no, los otros en la revuelta no son anarquistas, se unen por sus propias razones, que podemos encontrar apasionadas o fútiles, que podemos conocer claramente o no. Pero lo que nos interesa, es que la revuelta aquí abre espacio allí,

en una posibilidad difusa de ir del centro a la periferia, que permite experimentar formas de complicidad directa o indirecta, y que rompe una normalidad que lleva demasiado tiempo. A los anarquistas les corresponde agitar sus propias perspectivas alimentando los vasos comunicantes de la idea y la acción, no depende de otros. Tanto en los momentos de calma como en las tormentas. Y así, tal vez, nuestros sueños y nuestra rabia encuentren eco en otros corazones rebeldes.

Pero, afortunadamente, no todo el mundo es militante y, por tanto, puede interesarse más por lo que abre cualquier conflicto o perturbación, no tanto para los demás, sino también para sí mismo. En medio de este embrollo que frena la intervención de la represión y facilita el “no se ve, no se coge”, ¿existen posibilidades que de otro modo son demasiado duras, o incluso imposibles? Lejos de este desorden en el que se concentra la represión, ¿podemos alcanzar objetivos que de otro modo serían intocables? Al examinar de cerca el movimiento de los chalecos amarillos, podemos ver que muchos ya han empezado a responder a estas preguntas, lo que nos permite establecer algunas pistas sobre las posibilidades de aprovechar el momento. Son sólo algunos ejemplos, lejos de hacer una lista exhaustiva, pistas banales quizá, más o menos compartibles, pero todas sugieren algo para alimentar la imaginación.

El 24 de noviembre, en los Campos Elíseos, cuando aún no estaba claro que los próximos sábados iban a tomar un cariz alborotador más allá de las fuerzas policiales, unos desconocidos se propusieron liberarse de los horrores del trabajo asalariado organizando el saqueo de la tienda Dior. Cerca de 500.000 euros en joyas y otros artilugios han cambiado de manos en pocos minutos junto a los continuos enfrentamientos. Más allá de la expropiación de una amplia gama de productos de consumo común, desde tiendas de deportes y supermercados, hasta teléfonos móviles y ordenadores portátiles (París, Marsella, La Reunión, Toulouse, Saint-Étienne, Le Havre, Burdeos, Charleville-Mézières, Saint-Avoid, Le Mans, Bourg-en-Bresse), también se han desvalijado algunas joyerías o tiendas de lujo aquí y allá. En general, sólo en la capital, la Cámara de Comercio e Industria contabilizó 142 comercios saqueados o destrozados (+ 95 con sólo un escaparate roto) durante los disturbios del 1 de diciembre y 144 comercios saqueados o destrozados (+ 102 con sólo un escaparate roto) el 8 de diciembre.

En la misma línea, cabría preguntarse qué otras posibilidades ofrece la ocupación de una rotonda y la complicidad en la acción, además de bloquear o ralentizar la circulación de productos. Para ello, el ejemplo de lo ocurrido en Bélgica puede ser especialmente revelador. No contentos con haber quemado un camión cisterna de combustible en

Feluy (20 de noviembre) y haber chocado fuertemente con la policía durante varios días, cinco camiones bloqueados fueron relevados de su carga los días siguientes (21 y 22 de noviembre). A continuación, al movimiento de los chalecos amarillos se unieron varios centenares cuando la zona de conflicto se trasladó de la autopista a la ciudad de Charleroi, obviando la cuestión del origen social o geográfico, la práctica del saqueo continuó. Además del tradicional supermercado, también un cajero automático de BNP no sólo fue destruido sino que primero fue arrancado de su base para ser vaciado (23 de noviembre).

De forma similar al inicio del movimiento, un camión cargado con 900 neumáticos fue inmovilizado rápidamente en Le Havre en una rotonda ocupada por los chalecos amarillos (20 de noviembre). Una vez desactivado el sistema de seguridad, algunos individuos se dispusieron a vaciarlo y no menos de 250 neumáticos nuevos desaparecieron, a pesar de la oposición de los asistentes más legalistas. Una hora más tarde, envalentonados por las nuevas posibilidades, una tienda de informática situada junto a la rotonda fue completamente saqueada (así como el restaurante de la zona comercial).

Saqueos de joyerías, camiones, cajeros automáticos; ¿cuántas posibilidades más cuando un movimiento como éste de los chalecos ama-

rillos abre espacio para todos y todas, sin líderes ni comisarios de seguridad ni trayectoria diseñada con la policía?

El 1 de diciembre en Avignon mientras en muchas otras ciudades los manifestantes se reunían frente al ayuntamiento o la prefectura para intentar asaltarlo (el de Puy-en-Velay fue parcialmente quemado el 1 de diciembre al grito de “Os freiréis como pollos”), un pequeño grupo decidió ocuparse del tribunal: se rompieron casi 30 metros de gruesos cristales. En Charleroi, el tribunal también recibió molotovs durante los disturbios.

En Toulouse, el 8 de diciembre, durante unos disturbios destructivos que duraron horas, un grupo decidió igualmente hacer una visita a la sala de control del CCTV de la ciudad situada en el barrio de Saint-Cyprien. Mientras los acosadores municipales se encontraban en su interior, destrozaron sus ventanas y apedrearon su propia cámara. Aunque el ataque fue muy breve, los sindicatos exigieron, no obstante, que se trasladara la sede de la CCTV, ya que esta vez estaba demasiado caliente. En Blagnac, el 4 de diciembre, en lugar de limitarse a bloquear el instituto Saint-Exupéry, los alumnos prendieron fuego al montón de basura sabiamente apilado frente a la entrada: el fuego destruyó la sala de recepción y el vestíbulo, mientras que las habitaciones de los profesores, la biblioteca del institu-

to, los locales administrativos y las aulas de ciencias sufrieron graves daños (1 millón de euros en daños) y el instituto cerró durante una semana. En los peajes de la autopista Narbonne-Sud, bloqueados por los chalecos amarillos, durante la noche del 2 de diciembre un grupo no sólo los destrozó (como en Virsac, Perpignan, Bollène, La Ciotat, Sète, Muy, Carcassonne) sino que también quemó la infraestructura de Vinci [esta empresa omnipresente también explota las autopistas de peaje] y de la comisaría. Además de 800 m² de locales y su cuartel general de seguridad, Vinci perdió unos 30 vehículos, mientras que los militares perdieron dos furgonetas, además de sus locales y su material (ordenadores, radio, uniformes).

Ataques a los juzgados, a las sedes de la CCTV, a las comisarías o a las escuelas; ¿cuántas posibilidades más cuando un movimiento como el de los chalecos amarillos abre el espacio a todos y a todas, sin líderes ni comisarios ni trayectoria diseñada con la policía?

Por último, más lejos de las multitudes, ya sea para aprovecharse de las fuerzas represivas sobrecargadas en otros lugares, o para alimentar el conflicto con sus propios objetivos, los pájaros nocturnos salieron a pasear a la luz de la luna. Varias oficinas de impuestos y de asistencia social fueron atacadas con diferentes medios (con

neumáticos ardiendo como en Vénissieux el 2 de diciembre, en Riom el 4 y en Semur-en-Auxios el 14, con botellas de gas y molotov en Saint-Andiol el 4 y en Saint-Avold el 14, con un contenedor de basura ardiendo en Chalon-sur-Saône el 27 de noviembre). Aunque no hay razón para que durante un periodo de bloqueo del tráfico sólo se centren en las carreteras; una estación de relevo de señales ferroviarias fue quemada en Castellás el 30 de noviembre. Y cuatro chalecos amarillos que se reunieron en una rotonda en la región de Lorena, se embarcaron en una juerga nocturna el 28 de noviembre. Sabotearon 9 cruces de ferrocarril entre Saint-Dié y Nancy, abriendo con una palanca las cajas de control para forzar el cierre de los brazos de las barreras, bloqueando así todo el tráfico rodado. En otros lugares, una oficina de campaña de un diputado del LREM [partido de Macron] perdió sus ventanas en Vernon (Eure) el 29 de noviembre y lo mismo en Nantes el 6 de diciembre. O algunos apuntaron directamente a los domicilios de otros dos: en Vézac (Dordoña), el 10 de diciembre, el coche de una diputada y de su marido quedó reducido a cenizas y en Bourghtheroulde (Eure), el 15, chalecos amarillos marcaron con 20 carteles la carretera de acceso a la casa de un diputado que escuchó seis disparos de una escopeta de caza delante de su puerta.

Destrucción de locales institucionales, sab-

otaje de las principales vías férreas, visitas a los despachos y domicilios de los diputados, ¿cuántas posibilidades más tienen los que quieren hacer su propia aportación nocturna, incluso no basada en el consenso, mediante actos que van en contra de las reivindicaciones del movimiento así como de los intereses del Estado? Cuando se sabotea una torre de telefonía de Orange el 12 de noviembre en Villeparisis, no pensamos que esto encaje directamente en una lucha atrapada en las jaulas tecnológicas. ¿Y qué? Cuando tres emplazamientos de Enedis [empresa que gestiona la distribución de la red eléctrica] son entregados a las llamas como en Foix el 6 de diciembre, no pensamos que encaje directamente en una lucha que exige más servicios públicos estatales y locales. ¿Y qué?

Hay tantas posibilidades de alimentar la guerra social como individuos. Dentro, fuera o al lado de un movimiento, en relación con él o lejos de él. Solo o con varios. De día o de noche. Siempre que lo hagamos con nuestras propias ideas, prácticas y perspectivas, lejos de la política, la mentalidad de rebaño o la composición [un concepto en boga en los medios radicales de izquierda de Francia: intentar, mediante la estrategia y el discurso político, dirigir a los diferentes sectores de una lucha o movimiento en una misma dirección, fabricando (y reforzando) el consenso sobre los objetivos y los medios y suprimiendo

las voces contradictorias o disidentes]. Con este movimiento de los chalecos amarillos como a nivel más general, uno de los nudos de la cuestión está ciertamente ahí: en realidad, ¿cuál es nuestra perspectiva? ¿Y qué medios nos damos para alcanzarla, tanto en condiciones de calma como de agitación? ¡Un peu d'imagination, que diable!

APROVECHAR EL MOMENTO, TODAVÍA⁶

“Queda (para todos aquellos que no sostienen que “la gente es cómplice y está resignada”) la hipótesis de la intervención autónoma en las luchas -o en los actos de rebelión bastante extensos- que surgen espontáneamente. Si buscamos una expresión clara del tipo de sociedad por la que luchan los explotados (como afirmaba un sutil teórico ante una reciente oleada de huelgas), mejor nos quedamos en casa. [...] Pero, ¿quién ha dicho que cuando los trabajadores salen a la calle en huelga no se puede criticar la economía en otro lugar? Decir lo que el enemigo no espera y estar donde no nos esperan. Esa es la nueva poesía”. - En Daggers Drawn with the Existent, its Defenders and its False Critics, 2001

Mientras los entomólogos militantes continúan en sus polvorientos despachos diseccionando la composición del heterogéneo movimiento de los chalecos amarillos -no interseccional, proletario, progresista o suficientemente mudo, según los gustos-, la mayoría de los antiautoritarios acabaron lanzándose a la batalla, incluidos los

6 Apareció como Saisir l'occasion, bis en Avis de tempêtes en el número 13, enero de 2018. Traducido desde el inglés (theanarchistlibrary) por la editorial.

que arrastran los pies. Seguramente mientras se decían a sí mismos, y con razón, que al fin y al cabo un movimiento social no es más que lo que cada uno hace de él. De la misma manera que antes de las vacaciones de Navidad los escolares entraron en el baile, o que las manifestaciones de los domingos empezaron a suceder con mujeres con chalecos amarillos para poner el foco en el patriarcado, sin mencionar a las pequeñas tropas de sindicalistas que aquí o allá intentan reconquistar el terreno organizando su propio bloque. Para mucha gente, al final la cuestión pertenece a los mecanismos clásicos de la política, añadiendo la rabia a la cólera, una etiqueta a un eslogan, en un concurso de reivindicaciones y presencias ligadas a una visión cuantitativa de la lucha. Dentro de este marco no es de extrañar que merodeen los buitres que huelen la posibilidad de un poco de poder después de dos meses de movimiento y de llamamientos velados del Estado (tratando de organizar equipos de delegados y rutas aprobadas, pasando de los estudios de televisión a las futuras listas electorales, tratando de monopolizar las asambleas existentes).

El hecho es que este movimiento no es sólo una secuencia de sábados revueltos o de asambleas deliberativas. Y si muchos se centran en estos momentos en términos de contribución para “no dejar el terreno libre a los reaccionarios”,

debe quedar claro que desde el principio asistimos también a una multiplicación de acciones directas en días laborables, de las que el carácter autónomo y difuso tiene la ventaja de hacerlas menos controlables y de permitir una continuidad en caso de vuelta a la normalidad. Primero partieron de las ocupaciones de rotondas, sobre todo de bloqueos cerca de casa y en pequeños grupos (peajes, zonas comerciales o industriales), después poco a poco mediante sabotajes según la imaginación de cada uno. ¿Por qué limitarse a un día ritual de enfrentamientos cuando se puede también en cualquier noche destruir todo lo que nos oprime? Y quién sabe, ¿por qué estos ataques dirigidos no se alimentarían mutuamente multiplicándose por un lado en buenas ideas y por otro en un juego subversivo de a cada cual lo suyo? ¿No es un movimiento social de este tipo -abierto e imprevisible- un terreno fértil para ese juego, cada uno desde sus bases? ¿Sólo para, por ejemplo, contribuir a identificar al enemigo, para profundizar en la revuelta, para socavar a sus recuperadores, para potenciar nuestros proyectos, o simplemente para aprovechar el momento para llevar a cabo lo que normalmente nos cuesta más conseguir?

Si nos interesan los efectos del contagio,

tomemos por ejemplo los medios de comunicación, de los que todo el mundo puede experimentar el papel de portavoz del poder. El 26 de diciembre por la noche en La Chevrolière, al sur de Nantes, el bloqueo de un centro de impresión del grupo Sipa detuvo la distribución de 180.000 ejemplares de Ouest-France (ediciones de Vendée y Loire-Atlantique), de Presse Océan y de Courrier de l'Ouest (edición de Deux-Sèvres), todos ya impresos. La noche del 11 de enero, en Anzin (Norte), se bloquea el centro de impresión de La Voix du Nord, impidiendo la distribución de 20.000 periódicos en la región de Valenciennes. Esa misma noche, los chalecos amarillos rodearon en Auxerre el centro de impresión del grupo Centre France, bloqueando la distribución de miles de ejemplares de Journal du Centre (Nevers) y République du Centre (Orléans), y retrasando la distribución de L'Yvonne Républicaine (Auxerre). Lo mismo ocurrió, pero con menos éxito porque los policías despejaron a tiempo las barricadas de palés en llamas, el 4 de enero en Houdemont (cerca de Nancy) en el centro de impresión del grupo Ebra (Est Républicain, Le Républicain Lorrain y Vosges Matin) y el 10 de enero en L'Isle d'Espagnac (cerca de Angulema) intentando bloquear la distribución del periódico Charente Libre. Y que quede claro, cada vez bastaron unas decenas de personas decididas y bien informadas para hacer callar por un momento la propaganda regional. Esto no

impidió la distribución virtual de los periódicos, pero ya volveremos a ello.

En otro orden de cosas, en las grandes ciudades que desde hace algunas semanas son teatro de enfrentamientos regulares (París, Toulouse, Caen, Burdeos, Montpellier, Nantes, Besançon, Ruán, Perpiñán) o menos regulares (Dijon, Epinal, Nîmes, Saint-Nazaire, Lyon, Lille, Marsella, Le Mans), además del mobiliario urbano, los bancos suelen ser un objetivo preferente. Incluso donde las fachadas de los comercios no estaban acostumbradas a este deporte: en Saint-Nazaire, el 5 de enero, además de una comisaría abundantemente apedreada y la puerta de entrada a la prefectura quemada, la docena de bancos del centro de la ciudad fueron sistemáticamente destrozados. En Epinal, el 5 de enero, además de las barricadas y de un coche de policía volcado, dos grandes bancos fueron devastados. En Nîmes, el 12 de enero, además del segundo intento de quemar el centro fiscal y la destrucción de seis cámaras de vigilancia, una docena de bancos del centro de la ciudad fueron sistemáticamente destrozados. Incluso en Marsella, aunque no es conocida por este tipo de enfrentamientos alborotadores, casi no queda un solo banco en el pequeño centro de la ciudad con sus escaparates intactos, mientras que la mitad de los comercios de La Canebière [calle comercial central] fueron saqueados, destrozados o tuvieron algún tipo de

problema en su escaparate.

Este objetivo, ciertamente sospechoso de ser un engranaje del capitalismo, también es atacado con cierta imaginación fuera de los momentos colectivos y lejos de las metrópolis, pero siempre con la idea de escatimar lo menos posible. En Aulnoye-Aymeries (Norte), durante la noche del 31 de diciembre, los cajeros automáticos de 3 bancos son destrozados con un martillo. En Lodève (Hérault) durante la noche del 22 de diciembre, los de cinco bancos son saboteados con silicona. En Morlaàs y Pau (Pirineos), el 19 de diciembre, el número de cajeros saboteados con espuma expansiva asciende a 15. En Fougères (Ille-et-Vilaine), el 8 de diciembre, los cajeros de casi todos los bancos fueron saboteados con una mezcla de silicona y pegamento.

Por supuesto, siempre habrá quien, sin una carta de intención formal, siga el juego de las especulaciones policiales. Si estas acciones son aisladas, o si responden unas a otras sin mediación. Fuera de un movimiento, ¿quién sabe si estos actos anónimos de sabotaje no son actos de locos, competidores o mafias? Durante un movimiento, ¿quién sabe si no son actos de locos, demócratas o fascistas? ¿Y qué? Para nosotros, cuando los autores son desconocidos y no especifican sus malas intenciones, es sólo la acción la que habla, con toda la poesía que puede con-

tener, la que rompe con la resignación y la pasividad. Una acción anónima que habla a todos los que la comparten. A cada uno que se reconoce directamente.

• • • • •

En una época en la que la dominación se encarna en un sinfín de estructuras periféricas que se pueden encontrar en cada esquina de una calle o campo, ya es hora de acabar con el mito leninista de la toma del Palacio de Invierno, de la toma o destrucción de un centro o corazón del Estado y del capital. Incluso los neoblanquistas, demasiado visibles, lo consiguieron finalmente al apuntar a una destitución del poder desde abajo en lugar de una conquista desde arriba, tejiendo una red que se extiende ahora desde una parte de la izquierda cultural y sindicalista hasta cualquier oveja en busca de líderes y de una estrategia eficaz. Por el contrario, cuando no se quiere dirigir a los rebeldes ni controlar la revuelta, el acto de defender y alentar los ataques dispersos (que no obstaculiza la coordinación) se corresponde no sólo con una organización territorial de la dominación en forma de flujos, nodos y pequeñas unidades interdependientes, sino que también permite limitar el potencial de daño por parte de los autoritarios que siempre están más a gusto en lo cuantitativo y la representación.

Además, si las costosas estructuras como los radares de velocidad (más de 6.000 saboteados en 2018, de los cuales 500 quemados desde el 17 de noviembre) dejan a alguien indiferente, ¿por qué no mirar entonces a los elegidos para expresar lo que uno piensa de la humillación diaria que imponen? ¿Acaso los poderosos no tienen direcciones como los radares de velocidad? En Talmont-Saint-Hilaire (Vendée), el 6 de enero, por ejemplo, la casa de un representante del LREM fue tapiada con unos cincuenta ladrillos de hormigón mientras dormía. Mientras que en Varennes-Vauzelles (Nièvre) el 25 de diciembre el alcalde recibió su regalo de Navidad por partida doble con adoquines contra su coche y una botella con ácido frente a la ventana de su salón. Sin hablar de los escaparates muy frágiles de su prepotencia por todos lados (oficinas destrozadas del PS en Nancy el 23 de diciembre y en Lorient el 10 de enero, del LREM en Nantes el 6 de diciembre y en Beauvais el 8 de enero, de Génération Identitaire en París el 11 de enero).

Además, si la destrucción incesante de las cabinas de peaje en las autopistas deja a alguien indiferente, ¿por qué no mirar entonces a los ferrocarriles? Como esos cruces ferroviarios saboteados (9 entre Saint-Dié y Nancy el 28 de diciembre, 6 en torno a Bagnols-sur-Cèze el 29 de diciembre, un incendio en Dax el 9 de enero), como esas vías ferroviarias atrincheradas (barras

y neumáticos en Saint-Louis en Alsacia el 3 de enero, la quema de palets en Vestric-et-Candiac en Gard el 13 de enero) o como las cajas de señalización y electricidad junto a las vías quemadas (Castellas el 30 de noviembre, Carcassonne el 16 de diciembre, Montdragon y Lapalud en tres puntos el 20 de diciembre, St-Clair-les-Roches el 24 de diciembre, Bollène el 28 de diciembre).

O más, si la quema de oficinas de impuestos deja indiferente a alguien, ¿por qué no mirar entonces a los policías sociales? Como esa oficina de la seguridad social en Ajaccio que tuvo su entrada cerrada el 2 de enero a primera hora por dos chalecos amarillos para impedir la entrada de los trabajadores. O como la fachada de la oficina del paro que fue quemada al mismo tiempo que tres oficinas de sus asesores en Montluçon el 25 de diciembre.

Hay todo un mundo que destruir con pasión para bailar un ballet sin fin ni principio, y todas estas acciones que empiezan a bailar el vals de un objetivo a otro, siguiendo las hostilidades de cada uno durante toda la semana, en realidad están hablando a cualquiera que esté dispuesto a escucharlas. Y si ninguna de ellas habla al corazón o a las propias perspectivas, ¿sería tan absurdo aportar algo propio? Como por ejemplo los compañeros que convirtieron en cenizas un vehículo de tecnología de vigilancia después de

un motín del sábado (Besançon el 5 de enero), o los que en otro lugar causaron graves daños en la obra de un mega centro comercial llamado Steel (Saint-Etienne, el 31 de diciembre).

“Sin querer revivir el mito de que la huelga general es el desencadenamiento de la insurrección, está suficientemente claro que la interrupción de toda actividad social sigue siendo decisiva. La acción subversiva debe tender a la paralización de la normalidad, sea cual sea la causa original del enfrentamiento. Si los estudiantes siguen estudiando, los obreros -los que quedan de ellos- y los empleados de oficina trabajando, los desempleados preocupándose por el empleo, entonces ningún cambio será posible”.
- *En Daggers Drawn with the Existent, its Defenders and its False Critics, 2001*

Por último, además de multiplicar los objetivos estando donde no se nos espera, otra pequeña sugerencia empieza a surgir aquí y allá en el movimiento. Una que podría inspirar a los que quieren ocuparse del problema social pendiente de una manera un poco más radical. Aunque estén bloqueados a la salida de los centros de impresión, los periódicos siguen difundiendo la propaganda del poder a través de la red, y del mismo modo los bancos no son esencialmente una

ventana sino un espacio alimentado por la electricidad donde circulan flujos de datos digitales a través de cables de fibra óptica. De manera más general, si ciertas estructuras del Estado (desde las universidades a las comisarías, desde los patios de trenes a los ayuntamientos y prefecturas) y del capital (desde los laboratorios de control tecnológico a la industria militar, desde los bancos a las zonas comerciales e industriales) son a veces de difícil acceso, no siempre es así para los flujos con los que se alimentan ávidamente y que se encuentran en los transformadores eléctricos, las cajas de conexión de los cables de fibra óptica o las torres de telefonía móvil. Miles de estructuras dispersas, imposibles de vigilar, y cuyo funcionamiento es necesario para la producción y circulación de bienes, pero también para el control y la represión. Por ello, quizá no sea de extrañar que una parte de ellas haya sido dañada en los dos últimos meses de este movimiento.

En Montélimar, poco antes de las Navidades, el 22 de diciembre, unos cincuenta chalecos amarillos se organizaron para saquear los camiones que salían del centro logístico de Amazon, y también se encargaron de construir cuatro barricadas de carros del supermercado vecino y de prenderles fuego, de armarse con piedras sacadas de los muros que recorren los locales de las empresas, luego pincharon los neumáticos de los camiones y abrieron los remolques después

de arrancar los cables que los unen con las cabinas. Pero también prendieron fuego a un transformador eléctrico en una calle cercana, para interrumpir el alumbrado público y el suministro de la zona comercial. Así, Orange [compañía de telecomunicaciones] tuvo que sustituir casi 2 kilómetros de cables subterráneos de fibra óptica para restablecer Internet en la zona, ya que la fibra se fundió por el efecto combinado de la quema de las barricadas y el transformador eléctrico.

En Burdeos, durante los disturbios del 8 de diciembre que asolaron especialmente la red de tranvías de Keolis [empresa de transporte público], un gran incendio en las vías del tranvía en el Cours d'Alsace et Lorraine [calle principal] fundió uno de los cables de la alimentación eléctrica a nivel del suelo, lo que obligó a realizar enormes trabajos nocturnos para restablecer el tráfico lo antes posible (200.000 euros en daños). En Caen, donde el motín del 5 de enero tuvo lugar a lo largo de 2 kilómetros de una obra de construcción del tranvía, que proporcionó materiales a los rebeldes, el del 12 de enero siguió un recorrido similar y algunos rebeldes tuvieron la brillante idea de no sólo quemar las torres de alta tensión a lo largo de las vías, sino también de incendiar el interior de las vainas metálicas a nivel del suelo que cubren el suministro eléctrico, causando daños considerables.

Para comprender la importancia vital de las redes eléctricas en lo que se refiere a la destrucción de una estructura del enemigo, podríamos citar el ejemplo de las cabinas de peaje de Bandol, en Var, cuya quema en la noche del 17 de diciembre no ha sido la más retransmitida por la prensa, pero cuyas consecuencias para Vinci han sido las más graves. Cuatro meses después, los ocho carriles siguen cerrados por la cantidad de obras de reparación que hay que hacer. Además de la quema de las cabinas de los peajes, los desconocidos también prendieron fuego a una galería subterránea de la red eléctrica. Como consecuencia, “se han quemado múltiples kilómetros de cables [que tienen que ser sustituidos], según los trabajadores”, en palabras de los periodistas locales para explicar el efecto duradero de este sabotaje.

Al margen de los notorios sábados que no parecen terminar a pesar de la represión, los alegres noctámbulos también han empezado a identificar los flujos vitales como una forma asegurada de bloquear la economía. En Saint-Vulbas, el 20 de diciembre desalojaron la cabina de un centro de cables de fibra óptica de la zona industrial de Plaine de l'Ain (Pipa). A continuación, la abrieron con una palanca en plena noche, antes de colocar un neumático y algunos periódicos delante y verter sobre ella un líquido inflamable. Casi medio centenar de empresas se han quedado sin conexión a Internet directamente por este

incendio e indirectamente unas decenas más, ya que los nodos están conectados entre sí.

De forma similar, en Nièvre, durante la noche del 31 de diciembre, “individuos enmascarados que se desplazaban en vehículos con la matrícula oculta”, según los periodistas locales, han quemado cabinas telefónicas técnicas en seis distritos diferentes (Guérigny, Pougues-les-Eaux, Fourchambault, Varennes-Vauzelles, Saint-Aubin-les-Forges, Murlin) provocando graves cortes en la red de telecomunicaciones. De este modo, numerosos comercios y empresas se han quedado sin Internet.

En la misma línea, varias torres de telefonía móvil han ardido en el último mes: en Saint-Julien-des-Landes (Vendée) el 11 de diciembre, en Bernis (Gard) el 23 de diciembre en la autopista y en Casseuil (Gironde) el 24 de diciembre. Como se decía en el texto publicado en este boletín del mes anterior sobre las contribuciones no consensuadas, “no creemos que encaje directamente en una lucha atrapada en las jaulas tecnológicas. ¿Y qué?”

Aprovechar el momento es sobre todo una cuestión de ideas y perspectivas autónomas, que como mínimo deberían haberse desarrollado

antes de que surja un movimiento social de este tipo. Pero también es cuestión de una mirada abierta y un análisis de lo que nos rodea. Porque nuestras acciones nunca están totalmente separadas de la guerra social en curso. Por lo tanto, a menos que uno piense que no vale la pena, ¿no hay posibilidades en el juego subversivo de que cada uno vaya a lo suyo para que los ataques se multipliquen alimentándose unos a otros? Ciertamente, en un periodo como el actual. Un peu d'imagination, que diable...



¡QUE LA MAREA CAMBIE!⁷

“El aerogenerador industrial no es más que la continuación de la sociedad industrial por otros medios. En otras palabras, una crítica pertinente de la electricidad y la energía en general no puede ser otra que la crítica de una sociedad para la que la producción masiva de energía es una necesidad vital. Lo demás no es más que una ilusión: un respaldo enmascarado a la situación actual, que contribuye a mantener sus aspectos esenciales.”
- *Le vent nous porte sur le système*, 2009

Una noche de tormentas. Los rayos iluminan el cielo mientras los truenos parecen anunciar el fin del mundo. Aunque esto último no ocurriera el 1 de junio de 2018 en Marsanne (Drôme, Francia) esa noche sí pasó algo, o más bien dos cosas. Dos cosas que tuvieron un destino inesperado; dos turbinas eólicas fueron atacadas. Uno se quemó totalmente, el otro está dañado. Los policías consternados y el grupo RES [empresa multinacional de la energía] sólo pudieron constatar los signos de robo en las dos puertas de entrada de las gigantescas columnas, sobre las que se posan el generador y las alas de estos monstruos industriales de la energía renovable.

⁷ Apareció por primera vez como *Que tourne le vent!* en *Avis de tempêtes* (Boletín anarquista para la guerra social) , número 6, junio de 2018

Dos al menos, sobre un total de unos miles erigidos en Francia durante la última década. O más bien tres, si incluimos la quema de aquel en la meseta de Aumelas, no lejos de Saint-Pargoire (Hérault), cuatro días después, por una de esas casualidades del calendario que a veces hace las cosas bien.

Que estos aerogeneradores ya no tienen nada que ver con los pintorescos molinos de viento de antaño -que, mencionamos de pasada, eran en su mayoría importantes fuentes de acumulación para el terrateniente más o menos local, atrayendo a menudo la ira de los agricultores- es sin duda evidente. Pero entonces, ¿por qué los Estados de numerosos países promueven la implantación de estos “parques eólicos” en las cimas de las colinas, en los valles e incluso en el mar? Quizá no sea sólo por los cálculos exclusivamente matemáticos. Ni siquiera los ingenieros pueden cambiar todas las estadísticas y tienen que admitir que los aerogeneradores no funcionan más del 19% del año (una capacidad muy inferior a la de las centrales nucleares que alcanzan el 75% o a la de las centrales de carbón, entre el 30 y el 60%). No puede ser por una voluntad de transformar todo el suministro energético en “renovable”, dado que eso es sencillamente imposible cuando se mantiene una cantidad igual de electricidad consumida (para Francia eso significaría un aerogenerador en cada 5 km²). No

puede ser por una preocupación por el “medio ambiente”, a no ser que uno se deje engañar por los discursos inteligentes de una tecnología limpia, dado que sólo la producción e instalación de los aerogeneradores (sin tener en cuenta la red eléctrica centralizada a la que se conectan) conlleva la extracción de materiales muy raros y muy tóxicos, los barcos que son grandes consumidores de petróleo para transportar los minerales, las enormes fábricas para producirlos, las autopistas para enviar las piezas y así sucesivamente. Por último, no puede ser por poner en aprietos a las grandes multinacionales de la energía -que han acumulado riqueza sobre todo con el petróleo y el gas- porque son las mismas que invierten masivamente en energías renovables. No, así no vamos a entender nada, hay que buscar en otra parte.

Acabemos también de una vez con todo el postureo ecologista y ambientalista, que ahora no sólo exhiben los ciudadanos de turno, sino también cada empresa, cada estado, cada investigador. No hay ninguna “transición energética” en marcha, nunca la hubo en la historia. Digan lo que digan lospreciados empleados de las startups tecnológicas, nunca se ha abandonado la explotación de la fuerza muscular del ser humano... La generalización del uso del petróleo no ha provocado la retirada del carbón. La introducción de la energía nuclear por la fuerza no significó en

absoluto la desaparición de las centrales “clásicas” que funcionaban con gas, petróleo o carbón. No hay transición, sino adición. El impulso a la investigación de nuevas fuentes de energía sólo responde a intereses estratégicos, y desde luego no éticos. En un mundo que no sólo depende de la energía eléctrica, sino que es hiperdependiente de ella, está en juego la diversificación de los medios de producción. Para aumentar la resiliencia del suministro -de importancia esencial en un mundo conectado que funciona just-in-time a todos los niveles- la consigna es diversificar y multiplicar las fuentes. También para hacer frente a los famosos “picos de demanda” que -por razones técnicas- sólo pueden ser atendidos por un único tipo de producción energética (las centrales nucleares, por ejemplo). Por lo tanto, no sólo el desarrollo de los aerogeneradores y de la energía solar, sino también de las centrales eléctricas de combustible de biomasa (colza modificada genéticamente como biocombustible - ¡qué acrobacias nos proporciona el lenguaje del mundo tecnológico!), de nuevos tipos de centrales nucleares, de materiales conductores nano producidos que prometen reducir (en ínfimos porcentajes) las pérdidas durante la transmisión de la electricidad, y la lista continúa.

Así que no es de extrañar que de los tres campos a los que se refieren los programas de investigación europeos financiados en el marco de

Horizonte 2020, uno sea la energía. Pero entonces, ¿qué es esta energía, y con qué se relaciona la cuestión energética en general? Como han puesto de manifiesto numerosas luchas en el pasado -en particular las que se han librado contra la tecnología nuclear-, la energía es un elemento clave en la sociedad industrializada. Si la energía significa producción, la producción permite el beneficio a través de la mercantilización. Si la energía significa poder, el poder permite la guerra, y la guerra significa poder.

El poder que otorga el control sobre la producción de energía es enorme. Los estados occidentales no han esperado a la crisis del petróleo de 1973 -cuando su dependencia de los países productores de petróleo, que querían seguir sus propios planes de poder, se hizo evidente para todo el mundo- para darse cuenta de ello. Fue uno de los principales motivos de varios estados, entre ellos Francia, para justificar la multiplicación de las centrales nucleares. Tener una relativa independencia energética y utilizarla como arma para obligar a otros países a no romper filas. Pero hay algo que puede ser incluso más importante, y es ahí donde la crítica de lo nuclear y de su mundo permite captar al máximo el papel de la energía para la dominación: la tecnología nuclear confirma que sólo el Estado y el capital deben poseer las capacidades de producir energía. Que estas capacidades representan

una relación relativa al grado de dependencia de la población, que toda oleada revolucionaria que quiera transformar radicalmente el mundo tendrá que enfrentarse a estos gigantes de la energía. En resumen, que la energía significa dominación. Como subrayaba un ensayo crítico muy respaldado de hace algunos años, vinculando la cuestión de la nuclear a la de los aerogeneradores: “el grueso de la energía consumida actualmente sirve para hacer de la función una máquina subyugadora de la que queremos escapar”. Sin embargo, plantear la cuestión de la energía genera con frecuencia -incluso entre los enemigos de este mundo- al menos una cierta vergüenza. En efecto, asociamos fácilmente la energía con la vida. Como los especialistas en energía que han contribuido enormemente a la difusión de una visión que explica todo fenómeno vital mediante transferencias, pérdidas y transformaciones de energía (química, cinética, termodinámica...). El cuerpo sólo sería un conjunto de procesos energéticos, como una planta sólo sería un conjunto de transformaciones químicas. Otro ejemplo de cómo una construcción ideológica influye -y es a su vez influida por- las relaciones sociales, es la propia asociación contemporánea entre movilidad, energía y vida. Moverse continuamente, no quedarse nunca, “ver mundo” saltando de un tren de alta velocidad a un avión de bajo coste para cruzar cientos de kilómetros en un abrir y cerrar de ojos, es el nuevo paradigma del éxito

social. Viajar, descubrir, aventura o desconocido son palabras que aparecen ahora de forma destacada en todas las pantallas publicitarias, destruyendo por una falsa asimilación todo un conjunto de experiencias humanas, reducidas a visitas rápidas y sin riesgo de lugares desarrollados específicamente para ese fin. Incluso la estancia en la habitación de un desconocido está debidamente controlada, protegida y explotada por los perfiles y las bases de datos de una plataforma virtual. Quizá también por eso las mejillas se ponen rojas o los labios empiezan a temblar cuando alguien se atreve a sugerir que hay que cortar la energía a este mundo.

Superar esta vergüenza no es cosa fácil. La propaganda estatal nos advierte permanentemente, con imágenes de guerra -bastante reales- como prueba, de lo que supone la destrucción del suministro de energía. No obstante, un pequeño esfuerzo para deshacernos de los espectros que acosan nuestras mentes será un paso necesario. Y esto, sin desarrollar “programas alternativos” para resolver esta cuestión, porque -en este mundo- no se puede resolver. Las ciudades modernas no pueden prescindir de un sistema centralizado de energía, independientemente de que sea producida por centrales nucleares, nano materiales o turbinas eólicas. La industria no puede prescindir de devorar cantidades monstruosas de energía.

Lo peor -y ya está ocurriendo en parte, no sólo dentro de las luchas contra la gestión energética y la explotación de los recursos, sino también contra el patriarcado, el racismo o el capitalismo- sería que, por la preocupación de quedarse con las manos vacías ante un futuro incierto y turbio, la investigación y los experimentos de una autonomía alimentaran los avances del poder. Los aerogeneradores experimentales de la comunidad hippie de los años sesenta en EE.UU. quizá tardaron en hacer su entrada en el escenario industrial, pero hoy son un factor importante en la reestructuración capitalista y estatal. Como resumía un texto reciente, en el que se esbozaban perspectivas de lucha inspiradas en los actuales conflictos mundiales en torno a la cuestión energética “Es cierto que, a diferencia del pasado, es posible que en este tercer comienzo de milenio el deseo de subversión se cruce con la esperanza de supervivencia en el mismo terreno que pretende obstaculizar e impedir la reproducción técnica de lo existente. Pero es un encuentro que está destinado a transformarse en confrontación, porque es evidente que una parte del problema no puede ser al mismo tiempo la solución. Para prescindir de toda esa energía necesaria principalmente para los políticos e industriales, hay que querer prescindir de los que la buscan, la explotan, la venden, la utilizan. Las necesidades energéticas de toda una civilización -la del dinero y el poder- no pueden ponerse en

cuestión sólo por respeto a los olivos centenarios, a los ritos ancestrales o a la protección de bosques y playas ya en gran parte contaminados. Sólo otra concepción de la vida, del mundo y de las relaciones puede lograrlo. Sólo ésta puede y debe desafiar a la energía -en su uso y falsas necesidades, y también en sus estructuras- poniendo en cuestión a la propia sociedad".Y si esta sociedad titánica se hunde efectivamente - reduciendo o destruyendo en su camino toda posibilidad de vida autónoma, toda vida interior, toda experiencia singular, devastando las tierras, intoxicando el aire, contaminando el agua, mutilando las células - ¿pensamos realmente que sería inepto o demasiado precipitado sugerir que para dañar la dominación, para tener alguna esperanza de abrirse a horizontes desconocidos, para dar algún espacio a una libertad desenfrenada y sin moderación, socavar los fundamentos energéticos de esa misma dominación podría ser una pista preciosísima? Pensemos en lo que tenemos delante y a nuestro alrededor. En todo el mundo hay conflictos en torno a la explotación de los recursos naturales y contra la construcción de estructuras energéticas (parques eólicos, centrales nucleares, oleoductos y gasoductos, líneas de alta tensión, centrales de biomasa, campos de colza modificada genéticamente, minas...). Todos los estados consideran estos nuevos proyectos y las infraestructuras energéticas existentes como "infraestructuras críti-

cas”, es decir, esenciales para el poder. A la luz de la centralidad de la cuestión energética, no es sorprendente leer en el informe anual de una de las agencias más reconocidas para la observación de las tensiones políticas y sociales en el mundo (financiada por los gigantes mundiales del sector de los seguros) que de todos los atentados y actos de sabotaje denunciados como tales en el planeta y llevados a cabo por actores “no estatales” - todas las tendencias e ideologías mezcladas - el 70% tuvieron como objetivo las infraestructuras energéticas y logísticas (a saber, torres de alta tensión, transformadores, gasoductos y oleoductos, torres de telefonía móvil, líneas eléctricas, depósitos de combustible, minas y ferrocarriles).

Hay que reconocer que los motivos que pueden animar a los que luchan en estos conflictos son muy diversos. Ya sean reformistas, ecologistas, relacionados con reivindicaciones indígenas o religiosas, revolucionarios o simplemente para reforzar las bases de un Estado -o de un futuro Estado-. Lejos de nosotros la idea de descuidar el desarrollo, la profundización y la difusión de una crítica radical de todas las facetas de la dominación, pero lo que queremos destacar aquí es que dentro de una parte de estos conflictos asimétricos se está difundiendo un método de lucha autónomo, autoorganizado y partiendo de la acción directa, sumándose de facto a las propuestas anarquistas en este cam-

po. Más allá de las potencialidades insurreccionales que puedan tener los conflictos en torno a los nuevos proyectos energéticos, que tal vez nos permitan vislumbrar una revuelta más vasta y masiva contra estas molestias, es claro que la producción, almacenamiento y transmisión de toda la energía que esta sociedad necesita para explotar, controlar, hacer la guerra, someter y dominar, depende invariablemente de un conjunto de infraestructuras extendidas por todo el territorio, favoreciendo la acción dispersa en pequeños grupos autónomos.

Si la historia de las luchas revolucionarias tiene una abundancia de ejemplos muy sugerentes sobre las posibilidades de actuar contra aquello que hace funcionar la maquinaria estatal y capitalista, echar un vistazo a las cronologías de los sabotajes de los últimos años demuestra que el aquí y ahora tampoco carece de sugerencias. Desahacerse de la vergüenza, mirar hacia otro lado y de forma diferente, experimentar con lo que es posible y lo que se puede intentar. Algunos caminos a explorar. Nadie puede prever lo que puede dar de sí, pero una cosa queda segura: que pertenece a la práctica anarquista de la libertad.

SIN VICTORIA, NI DERROTA⁸

“Los anarquistas siempre han perdido, nunca han ganado nada”. No es raro escuchar estas palabras, incluso entre los enemigos de la autoridad, con gran reticencia o remordimiento. Este tipo de frases finales incluso interrumpen a veces las discusiones sobre las luchas recientes, si no interfieren con certeza en las discusiones sobre las contribuciones de los anarquistas durante los levantamientos, insurrecciones y revoluciones de un pasado ya superado. Se reflexiona sobre las orgullosas columnas de alegres milicianos anarquistas - blandiendo armas, banderas y entonando cantos para excitar el corazón - saliendo de Barcelona durante aquel julio de 1936. Uno lanza un suspiro de nostalgia que nos lleva directamente a la melancolía, muy propia de muchos anarquistas -según un famoso cantante- para concluir fatalmente: “Siempre perdemos, somos la oveja negra de la historia”.

Sin embargo, aunque la esperanza pueda enardecer a veces los tiernos corazones de los anarquistas, no podemos olvidar que la desesperación ha sido también una agonía que ha acompañado a muchos de sus viajes. Amantes de la idea, odi-

⁸ Apareció en Avis de tempêtes número 7, julio de 2018.

aban igualmente a los opresores. Así es que un amor apasionado que inflamaba sus vidas de deseos iba al lado de un odio feroz que podía golpear sin piedad y derramar la sangre de los tiranos, de sus secuaces y de sus adoradores. Pero, ¿por qué hablar en pasado? Ese universo, ese vocabulario, ese mundo interior de los anarquistas, ¿ha cambiado realmente? ¿Acaso no se inflaman las esperanzas cuando cientos de miles de personas se han levantado contra los regímenes gobernantes en muchos países hace algunos años, durante la llamada “primavera árabe”? La desesperación de ver estos levantamientos liquidados por una reacción multifacética, ¿no armó las manos de varios de ellos para golpear, una vez más? Sin embargo, no hay fatalismo en ello. Eso está en otra parte, como veremos...

Si la idea anarquista propone la destrucción de la autoridad y de las relaciones sociales que induce, eso no implica forzosamente una creencia en el famoso “amanecer de la libertad”, definitivo e irreversible. En realidad, contrariamente a la lógica de la victoria y la derrota, la anarquía es ante todo una tensión, una idea práctica que busca siempre la destrucción de todo poder. La “creencia” no tiene nada que ver con eso. Si el horizonte de la anarquía no se detiene en la revuelta, sino que se abre también hacia la revolución social, es para destruir de arriba abajo el poder. No basta con una suma de revueltas

individuales. Ciertamente, quien habla de “revolución social” mientras niega la revuelta individual que es su base, tiene un cadáver en la boca. Y probablemente estará entre los primeros en poner el grito en el cielo cuando un individuo -o un puñado de individuos- combine ideas y acción. Pero, por otra parte también, pensar que la perspectiva de una revolución social equivale a alimentar una fe ciega en una solución final, no hace más que reintroducir las nociones de victoria y de derrota, borrando toda tensión o adoptando el espantoso determinismo marxista (que hizo que los proletarios comunistas del siglo pasado aceptaran lo peor en nombre de la “inevitable necesidad histórica”).

Si un levantamiento, una insurrección, permite que la tensión hacia la libertad se acentúe, se profundice o, eventualmente, se generalice, ¿por qué no esforzarse en acelerarla, en desencadenarla? Frente a la amnesia histórica, al estupor tecnológico, al aplanamiento de las mentes y de los corazones, ¿no podemos defender que la insurrección es quizá más necesaria, más deseable que nunca para poder poner las cosas en perspectiva? Los mismos estribillos sobre las condiciones materiales y sociales que no son similares a las de principios del siglo anterior o sobre el hecho de que el Estado está ahora sobreequipado, más bien cansan a veces la discusión en lugar de hacerla avanzar. Melancólicos estarían los

anarquistas hasta el punto de sólo ver los muchos obstáculos en el camino, llegando a olvidar que la cuestión es cómo enfrentarlos nosotros mismos, aquí y ahora en una perspectiva anárquica. Si no fuera así, no se llamaría ni lucha ni revuelta ni nada, sino -tomando prestada la jerga marxista- sólo la observación del topo que cava; y está muriendo [Marx utilizó la metáfora del “topo viejo” para simbolizar la necesaria maduración de las fuerzas sociales bajo la superficie de la sociedad que acabará estallando en revolución].

Volvamos al problema inicial: ¿los anarquistas, con su idea de libertad y destrucción de la autoridad, están condenados a perder? ¿Es decir, a ver aniquilados todos sus esfuerzos, sacrificios e iniciativas, tanto en épocas relativamente pacíficas como en revoluciones masivas? “Siempre ha sido así en la historia”, dicen los pragmáticos. “No hay que creer en la revolución y en las masas”, dicen los cínicos. Sin embargo, hay otra posibilidad más cercana a los anarquistas. Al contrario que los gatos, en efecto, sólo tenemos una vida, y nos atrevemos a decir que es durante esta vida -la única que tenemos- que importa luchar, vivir esa tensión hacia la destrucción de la autoridad. Es moviéndonos, avanzando por el camino que hemos elegido, que nos realizamos, que nos con-

vertimos en lo que somos. Es la cualidad que irrumpe en nuestra vida, la cualidad de la acción y la idea que van juntas. La victoria o la derrota no tienen nada que ver donde sólo hay persistencia o abandono, perseverancia o resignación, amor apasionado y odio o borrado político. Soñadores irredentos, sí, muchos anarquistas lo son. “Actuar es no sólo pensar con el cerebro, es hacer pensar a todo el ser. Actuar es cerrar en el sueño, para abrir en la realidad, las fuentes más profundas del pensamiento”. , decía Maeterlinck. Efectivamente, los anarquistas sueñan con los ojos bien abiertos. Lo que significa armar sus deseos, sus convicciones, sus opciones para realizarlas. Puede ser que otros explotados, una vez saciada su sed de rabia destructiva, vuelvan a admirar a un líder, a inclinarse por un dios, a fortalecer un nuevo poder. Es posible, y la reacción hará todo lo posible para que ocurra. Pero eso no anula el intento inicial, eso no invalida los esfuerzos de los anarquistas por profundizar la ruptura, por destruir la autoridad en su raíz. Aunque sólo sean algunos días, semanas o meses. Pero tal oportunidad de saborear, sentir la emoción, vivir plenamente la calidad, no puede sino atraer apasionadamente a todos los amantes de la libertad.

Por el contrario, cuando los anarquistas renuncian a esta cualidad, a esta tensión hacia la libertad en contra de toda autoridad, para sustituirla por una lógica de victoria y derrota tomada de

la política, entonces ha comenzado el descenso fatal. Que todos los fundamentos de la idea anarquista se erosionan, se derrumban y se disipan. Que el primero en llegar, vestido con ropas más o menos libertarias (¿y quién no se da ese adjetivo hoy en día?), se lo lleva todo haciendo alarde de una fuerte organización, de un trabajo masivo de las masas, de una supuesta eficacia militar formidable, del fin del “aislamiento”. Que el anarquista cansado de ir a la cárcel “por nada” o por tan poco, cansado de un amor insatisfecho que le quema el corazón, agotado por el odio que le alimenta y que encuentra tan poca complicidad, decepcionado por la incomprensión de sus semejantes en la miseria, toma la mano envenenada que se le tiende. Pensando que -¡por fin! - la vieja rigidez y el bloqueo ideológico han sido superados. Ahí reside el único fatalismo que hay: el anarquista que renuncia a la anarquía mientras intenta hacerla rimar con el concepto de victoria y derrota. El amor por la idea es así visto y rechazado como una locura juvenil, hermosa y apasionada, pero lejos de ser práctica.

Por otra parte, la vida de los anarquistas tampoco tiene que parecerse necesariamente al paso de un cometa que se consume a los pocos segundos en la atmósfera. Ciertamente, cada uno a lo suyo. Sin duda, es mejor arder en llamas que consumirse esperando la Revolución. Pero no erijamos oposiciones absolutas donde no tiene

que haber ninguna necesariamente. Si en el pasado ciertos anarquistas se han metido de cabeza, dudamos que su plan fuera que fuera por el menor tiempo posible. ¿Por qué esperar un fin rápido de las hostilidades cuando se puede intentar prolongarlas sin renegar de uno mismo? Si el tiempo se ha cerrado bastante rápido para ciertos anarquistas en el pasado, fue porque lo que les ha rodeado -en particular las fuerzas represivas- han golpeado rápido, demasiado rápido. No porque tuvieran el deseo de acabar lo más rápido posible o porque buscaran un final trágico por principio.

La pasión por la vida puede chocar, incluso demasiado rápido, con fuerzas que quieren aniquilarla: el odio a la opresión puede llevarnos a acercarnos a una muerte que merodea. Es la consecuencia de jugarse la vida, de vivir en lugar de sobrevivir. Rebeldes por excelencia, los anarquistas no deben sin embargo desarrollar un culto a la venda de los ojos. Tenemos un cerebro para pensar, un corazón para sentir, brazos para actuar. ¿Por qué prescindir de una de esas facultades? Entre vivir el momento y anhelar un futuro mejor, hay un mar de posibilidades. Cuando nos lanzamos a la batalla, con ferocidad si es necesario, no es con los ojos vendados, sino con el mundo que queremos destruir en la mira. La ferocidad no debe medirse por la ceguera, sino por las perspectivas que impulsan

nuestra vida, que insertamos en nuestros esfuerzos. Si tenemos que ser cometas, muy bien, pero no precipitemos su final. Nuestro paso por esta tierra es corto; satisfagámoslo agotando todas las posibilidades, todos los potenciales. Lo fatal no es chocar con las rocas, sino darse cuenta de que no se tiene una brújula en el bolsillo cuando se desata la tormenta. Contra la lógica de la victoria y la derrota, contra el fatalismo de una supuesta eficacia que anula toda tensión anarquista, todavía es posible pensar nuestros pasos, orientar nuestras exploraciones, proyectar nuestros esfuerzos. El amor a la idea y el odio a la autoridad van perfectamente unidos a una proyectualidad, a una reflexión a medio y largo plazo para dar un aliento más suficiente, más grande, más audaz a nuestro paso por la superficie de este planeta.

A finales del siglo pasado, un anarquista con algunos cómplices desarrolló un plan formidable. Tras algunos robos más o menos exitosos, Alexandre Marius Jacob miró hacia un horizonte más lejano. Se le ocurrió una idea descabellada: en lugar de contentarse con un bonito robo aquí y allá (que ya no está mal), ¿por qué no elaborar un proyecto masivo de expropiación en todo el país (aún mejor)? Al final estos trabajadores de la noche fueron cientos y robaron cientos de casas de burgueses. Planificaron meticulosamente sus golpes, su logística, sus medios (incluso montaron una fundición de plata y oro, una

tienda de antigüedades y una ferretería para encargar legalmente la última de las cajas fuertes para estudiarlas con tranquilidad). Alexandre Jacob podría haberse contentado con algunos robos ocasionales, y eso tal vez le habría evitado una deportación a Guyana. Pero él quería volar más alto, brillar más y durante más tiempo. Nada ha sido fácil en este viaje, no se han escatimado esfuerzos, se han frustrado ciertas esperanzas y la expropiación generalizada no se ha producido como él deseaba con tanto fervor. ¿Y qué?

No demos un paso atrás ante lo difícil, afrontémoslo guiados por nuestras perspectivas. Atrevámonos a embarcarnos en los proyectos más ilimitados, vivamos la anarquía.

LA TIRANÍA DE LA FLEXIBILIDAD⁹

“El hombre moderno ya se ha despersonalizado tan profundamente que ya no es lo suficientemente humano como para enfrentarse a sus máquinas. El hombre primitivo, confiando en el poder de la magia, confiaba en su habilidad para dirigir y controlar las fuerzas naturales. El hombre poshistórico, que tiene a su disposición los inmensos recursos de la ciencia, tiene tan poca confianza en sí mismo que está dispuesto a aceptar su propio reemplazo, su propia extinción, en lugar de tener que detener las máquinas o incluso simplemente hacerlas funcionar a velocidad más baja »

Lewis Mumford, 1956

Resumir una época, describir sus rasgos generales y distintivos, penetrar en las relaciones sociales que la gobiernan es quizás una empresa imposible. Incluso podría suponer -como suele ocurrir en los trabajos de historiadores, antropólogos, sociólogos y empresa- llegar a una aproximación distorsionada, a genéricos que desconozcan la relación real entre sociedad, comunidad e individuos. En otras palabras, cuando se trata de cultura de una época determinada

⁹ Avis de tempêtes, n°34, octubre de 2020. Traducido por Contra Toda Nocividad.

existe un fuerte riesgo de dejar en la sombra a los individuos que se desprenden de ella, que se apartan de ella, que llevan o intentan llevar otra vida, diferente. Sin embargo, el individuo humano no está exento de una propensión a asimilar el comportamiento de los demás, ni de un terrible gregarismo que lo pueda transformar en un esclavo dócil o en un soldado feroz. Siempre que hablamos de la cultura de una época, de una agrupación humana, siempre nos referimos a la mayoría, aunque nunca se debe olvidar que todo individuo, incluso el más gregario, incluso el más conforme a las conductas dominantes, está a su propio ritmo. una vez atravesado por muchas contradicciones, e incluso puede ser tentado, ante una decepción o una oportunidad, de escapar de la regla y constituir una excepción. La historia está llena de ejemplos de cómo el comportamiento aceptado como norma general, que en efecto establece las costumbres y hábitos de una sociedad, a menudo tiene varios efectos indeseables, más ocultos, más clandestinos y, sin embargo, igualmente constitutivos de la sociedad.

Para dar un ejemplo sencillo: cuando, con el avance del industrialismo capitalista, la familia nuclear tiende a imponerse como modelo (primero dentro de la burguesía, luego en las demás capas de la sociedad), se desarrollan otras prácticas paralelas, quizás contra el modelo. del matri-

monio, piedra angular del núcleo familiar patriarcal. Es importante tener siempre presente que ninguna descripción general de una época puede pretender ser exhaustiva, ni a nivel de sociedad ni a nivel de individuo.

Esta premisa parece necesaria si se pretende esbozar, con consecuencias devastadoras para la idea, para el sueño del ser humano libre, qué de la mentalidad contemporánea está por dominar las relaciones y los individuos. De hecho, las modificaciones y los cambios en los planos económico, tecnológico y social han adquirido tal velocidad que cualquier intento de descripción podría resultar completamente en vano.

Es un poco como lo que les sucede a los economistas más lúcidos (y hay que buscar mucho para encontrar a alguien entre los charlatanes de la utilidad) que se han rendido durante al menos dos décadas para hacer más predicciones sobre el desarrollo económico, al darse cuenta de que la velocidad del cambio es tal. que cualquier predicción, ya discutible desde el principio, no es más que pura especulación. profecías autocumplidas (profecías autocumplidas), un concepto nacido en el campo de los economistas. En cualquier caso, los cambios en el comportamiento cotidiano se están extendiendo y generalizando con tanta rapidez que pronto ya no necesitaremos la hipérbole crítica que el filósofo alemán

del siglo pasado utilizó para advertir del fracaso moral que implica la tecnificación del mundo.

Del cuartel al espacio abierto

Después de un período inicial de desarrollo industrial caótico y salvaje que devastó lo que generalmente se consideraba inmutable, aunque este estado tenía su propia historicidad, la industrialización hizo alarde de su destreza técnica mientras demostró ser completamente incapaz de disfrazar la miseria y la pobreza. angustia que prescindió de sus minas y fábricas, dando impulso a corrientes políticas aspirantes a la regulación. Ya sea socialismo, con la idea de una economía planificada según las necesidades de la sociedad-estado; o liberalismo democrático, con la idea de una economía de mercado regulada por un estado árbitro que representa los diferentes intereses; o del fascismo, con la idea de una economía corporativista: todas estas corrientes de masas han intentado dar una respuesta a la avalancha de la tecnología y los trastornos sin precedentes que se derivan de ella. El «vacío moral» generado por la deshumanización de las relaciones sociales sólo pudo recibir, tanto de derecha como de izquierda, una respuesta desde el cuartel. Paralelamente a la estandarización implícita inducida por las técnicas industriales de la época, las relaciones sociales a su vez hab-

rían seguido el mismo camino. Toda la sociedad comenzó a parecerse a un vasto cuartel que ya no tenía nada que envidiar al conformismo de las sociedades campesinas anteriores, gracias a una cultura uniformadora que cobró impulso durante y después de la Segunda Guerra Mundial. El consumo masivo se concibió entonces como una fuerza mucho más poderosa de alistamiento, nivelación y cohesión. (Lunes Santo). A cambio de una vida tan triste, un cierto bienestar material finalmente se vislumbraba en el horizonte para más y más capas oprimidas por la sociedad industrial.

En los años 70 esta mentalidad habría terminado por resquebrajarse y flaquear, sobre todo ante la embestida de inadaptados, descontentos, soñadores y jóvenes rebeldes, para sorpresa de los viejos revolucionarios cuarteles que pensaban que repintar las paredes podría ser suficiente para la felicidad de masa. Rechazo del trabajo (no creativo), rechazo de hábitos rígidos, rechazo de la estandarización y uniformidad, rechazo de una identidad anclada al lugar de producción.

Después de eliminar los residuos subversivos contenidos en esos asaltos, después de haber asesinado, encerrado y aplastado a las minorías revolucionarias, muchas veces aún portando ciertas teorías de cuartel (marxismo, leninismo, socialismo de Estado ...), este ímpetu proteico

habría encontrado el triste destino. para ser absorbido, una vez mutilado y amputado, dentro de una amplia reestructuración del conjunto de la empresa. Hoy, este movimiento parece estar a punto de realizarse.

Los antiguos equilibrios económicos se han transformado, las mentalidades incompatibles con los nuevos modelos productivos han sido eliminadas o aisladas, el terreno para el crecimiento de otro capitalismo occidental se ha fertilizado a fuerza de la deslocalización, el desmantelamiento de las grandes estructuras productivas y sus corolarios. política (sindicatos, partidos, etc.), automatización, redefinición de la relación entre trabajo y paro (difuminando las fronteras), cierta liberalización de las costumbres, etc.

En cualquier caso, la mentalidad de cuartel de antaño parece hoy más retrógrada que nunca. La rigidez moralista, basada en modelos cristianos, ha dado paso a un consumismo para el que la mercantilización de todos los sectores de la vida, hasta los más íntimos, se ha convertido en norma. Y la brutal aceleración de estos profundos cambios no podría haber ocurrido (sin provocar potencialmente levantamientos capaces de abrir las puertas de lo desconocido), no podría haber ocurrido sin la introducción y generalización de tecnologías en todos los sectores. de la sociedad.

Una nueva mentalidad en un mundo nuevo

Siempre vale la pena repetirlo. El industrialismo, las tecnologías, no solo son responsables de la devastación y la intoxicación duradera del planeta y sus habitantes. Implican también una mentalidad que tiene el mérito paradójico de presentar muchos aspectos de la libertad vaciándolos por completo desde adentro, es decir, haciéndolos incapaces de aspirar a la libertad. Un liberalismo funcional que es exactamente lo contrario de la relación anarquista con este último. Hoy, en el nuevo mundo, no hablamos por ejemplo de lugares de trabajo, sino de espacios abiertos . No estamos hablando de producción, sino de creación . No nos dirigimos a empleados, sino a colaboradores . No provoca obediencia, sino participación.. En todas partes esta nueva mentalidad, decidida a acabar con los últimos baluartes del industrialismo «anticuado», está floreciendo, ganando impulso, reuniendo recursos y capital para «irrumper» en los mercados. Y esto lo cambia todo, lo pone todo patas arriba. A una velocidad increíblemente alta. ¿Quién hubiera pensado que el pequeño placer culpable de la noche del sábado, después de una dura semana de explotación, de pedir una pizza a domicilio, se convertiría en un modelo de nutrición extendido a infinidad de otros campos? ¿Que el «lujo» de pasar una noche en un hotel «democratizaría» para transformar todos los apartamentos del

mundo en potenciales suites hoteleras?

Con el riesgo de fijarnos en el árbol más que en el bosque, podríamos decir que la tecnología que está profundamente devastadora lo que reíamos saber sobre el «ser humano» y su forma de relacionarse con los demás, está representada por una fina caja metálica con un Pantalla brillante y táctil. Después de su lanzamiento, imposible concertar una cita con alguien con antelación. Es demasiado rígido, no forma parte de la flexibilidad permanente a la que estamos condenados (o más bien, que presumimos vivir como un pobre sustituto de la libertad). Es difícil contar con un acuerdo, porque todo está sujeto a un cambio en vivo, urgente y de última hora. Es complicado guardar un secreto o una situación vergonzosa, porque todo se comparte, hay que compartir, sopena de ser antisocial. Imposible no precisar donde estamos.

Casi se ha olvidado que hablar con alguien cara a cara no es lo mismo que decir palabras en o en una pantalla, posiblemente detrás de un ser humano. Que estar de acuerdo con alguien no significa implícitamente que podamos cambiar en el último minuto a través de esa maldita prótesis tecnológica lo que se estableció ayer. Hemos olvidado que pasar tiempo con alguien excluye la presencia de este fantasma que se inmiscuye en las relaciones con el sonido de los timbres y

el brillo cambiante. Hemos olvidado que no es posible entregarse a una actividad intensa, a veces dolorosa, pero particularmente humana de reflexionar cuando en cualquier momento, como un prisionero en su celda, el guardián tecnológico puede irrumpir.

Los raros «partisanos» que aún prosiguen, o que simplemente tratan de limitar o reducir drásticamente la presencia del collar electrónico del celular, tienen una vida dura. No solo porque tienen que pasar por el aro si están esperando el contacto con una institución, una empresa, un propietario, cualquier médico (a quién llamarán cuándo y cómo les conviene), no solo porque casi ningún trabajo está disponible ahora sin verse obligado a comunicarse permanentemente con el jefe y con los compañeros, no solo porque se le pasan a la mente invitaciones a diversas relaciones sociales (fijadas casi exclusivamente a través del fantasma, y obviamente en el último minuto, sujetas a eternos cambios de tiempo y lugar ...) , no solo porque corren el riesgo de perder todo contacto (si no renuevan su presencia digital, dejan de «existir» a los ojos de los demás).

Tienen una vida dura también porque no es solo el cuartel o el cura, no es solo la escuela o el trabajo lo que les hace sufrir todo esto, sino también a sus seres queridos. contribuir a esta tiranía de la

flexibilidad. También los exponen al envío de bits y bytes. Ellos también imponen, a veces contra su voluntad y contra su voluntad (explícita), un conocimiento obligatorio y doloroso con el guardián fantasma, edificio, anillo sobre anillo, cadena sobre cadena, el collar tecnológico alrededor de su cuello. En nombre de la amistad, el compañerismo, el amor, el compartir, por supuesto. Y quizás este sea el aspecto más terrible. ¿Cómo dejarle en claro a un amigo que no solo no puedes hablar por teléfono, sino que tampoco te gusta hacerlo? Cómo asegurarse de que su enfado, su frustración, su disgusto tras otro cambio de nombramiento por medio del guardián fantasma no pase por una rigidez altiva, una arrogancia elitista, incapacidad para comprender las preocupaciones de los demás? A veces uno tiene la impresión, entre los últimos mohicanos, de que todo es en vano. Cansado de parecer irascible e inflexible, uno acaba aceptando convertirse en uno: infrecuente, demasiado rígido y «nada cool».

A principios de los 90, un texto anarquista ya nos advertía de la llegada de la nueva mentalidad forjada en los laboratorios del poder: flexible, pobre en contenido y basada «en el ajuste a corto plazo, en el principio de que nada es seguro sino todo». se puede arreglar '. Esta mentalidad «produce una degradación moral en la que la dignidad del oprimido acaba siendo negociada

y vendida con la garantía de una supervivencia dolorosa». Donde «todo colabora y conviene en construir individuos modestos en todos los aspectos, incapaces de sufrir, de encontrar al enemigo, de soñar, de desear, de luchar, de actuar», el anarquismo y los anarquistas sólo pueden adaptarse con el riesgo de desaparecer. como tal. Y esto es lo que tal vez esté pasando si bien es difícil realizarlo e ilustrarlo nos vemos reducidos a invocar una imagen estúpida y limitada como la del uso generalizado del collar comunicativo. ¿Cómo pudieron los anarquistas difundir seriamente una propuesta como la de la conexión permanente no hace mucho para intentar escapar de sus nefastas consecuencias? ¿Cómo podría un anarquista terminar aceptando dar la vuelta? permanentemente con un micrófono y un GPS encendidos, es decir, incluso más allá de cualquier «necesidad» que se considere inevitable (como estar disponible para trabajar, por ejemplo), exponiéndose no solo a intercepciones y seguimientos inapropiados, sino también a cualquier persona conocida o forastero que entra en la jaula con rejas invisibles que lleva en el bolsillo?

A finales de los 90, un ensayo de la universidad tenía el mérito de plasmar las características del nuevo espíritu: «La imagen del camaleón es tentadora para describir al profesional que sabe conducir sus propias relaciones para ir más fácil-

mente hacia los demás. », Ya que« la adaptabilidad es la clave para acceder al espíritu de la red ». Por eso es «realista, en un mundo en red, ser ambivalente ..., porque las situaciones que hay que afrontar son en sí mismas complejas e inciertas». Sin demasiadas hipocresías, se reconoció que esto equivale al «sacrificio ... de la personalidad entendida en el sentido de una forma de ser que se manifestaría con actitudes y comportamientos similares sean cuales sean las circunstancias». En definitiva, «para instalarse en un mundo conexionalista hay que mostrarse suficientementemaleable ». ¿Y quién no aceptaría convertirse en uno?

Entonces no hay dudas, «la permanencia y, sobre todo, la permanencia en uno mismo o el apego duradero a los» valores «pueden ser criticados como una rigidez incongruente o patológica. Y, según el contexto, como ineficacia, rudeza, intolerancia, incapacidad para comunicarse ».

El precio a pagar

Rechazar la mentalidad inculcada por el bote y su mundo parece significar cavar tu propia tumba, permanecer distante y olvidado. No estar conectado equivale a ser antisocial, sombrío, intolerante, rígido.

Y no hay duda de que el precio a pagar por

tratar de no dejarse llevar por la marea alta de la tecnología de la «comunicación» seguirá aumentando a medida que pasen las estaciones y los años. El guardián fantasma se ha vuelto tan inevitable, ya sea que uno se quede entre los pocos desertores y personas refractarias que se niegan a ser aterrorizados todos los días por llamadas y mensajes, o si uno se ve condenado a una soledad similar a la que describió recientemente un compañero chileno. como la que va de la mano de una existencia escondida. Porque después de todo, tal vez se trate precisamente de una nueva forma de «clandestinidad» que hay que experimentar: la de escapar de los tentáculos del pulpo tecnológico. No solo eso, que no se trata tanto de escapar a la atención maliciosa de la máquina represiva de uniforme y toga, sino de combatir paso a paso una represión diaria mucho más importante, si podemos decirlo, que es la adaptación al nuevo mundo de pesadilla en movimiento. Privar al pulpo de sus antenas y de sus fibras ópticas de hecho perdería mucho sentido si dejara que su veneno penetre en nuestras venas y en las de nuestros cómplices y seres queridos sin luchar. cuánto luchar paso a paso una represión diaria mucho más importante, si podemos decirlo, que es la adaptación al nuevo mundo de pesadilla en movimiento. Privar al pulpo de sus antenas y de sus fibras ópticas de hecho perdería mucho sentido si dejara que su

veneno penetre en nuestras venas y en las de nuestros cómplices y seres queridos sin luchar. cuánto luchar paso a paso una represión diaria mucho más importante, si podemos decirlo, que es la adaptación al nuevo mundo de pesadilla en movimiento. Privar al pulpo de sus antenas y de sus fibras ópticas de hecho perdería mucho sentido si dejara que su veneno penetre en nuestras venas y en las de nuestros cómplices y seres queridos sin luchar.

«El hombre sólo puede construir fuera de sí mismo lo que primero concibió dentro de sí», amonestaba un poeta que soñaba con lo imposible. Para construir un mundo sin autoridad, primero hay que concebirlo. No lo programe, esquematice ni mida. No, sólo concibiéndolo, en el doble sentido de la palabra: pensarlo es fecundarlo. Pero para concebir un mundo, debemos tener algo más dentro de nosotros que no sea un reflejo. Y es precisamente este aspecto del ser humano el que ahora es el objetivo, asalto tras asalto, del mundo tecnológico. No se puede luchar contra este «nuevo humano», este «nuevo hombre», este zombi flexible y conectado – y que nace en cada uno de nosotros – sin concebir, en nuestras profundidades y dentro de nuestros círculos de afinidad, un mundo, un ficticio, un sueño que se distingue cualitativamente del mundo-jaula en el que nos vemos obligados a sobrevivir. Este imaginario no puede permanecer compartimen-

tado en nuestro cerebro y en nuestro corazón, a menos que nos asfixiemos de dolor: también debe invadir la realidad. Más allá de las luchas a emprender, las acciones a considerar, los conflictos en los que participar, o mejor dicho, íntimamente con ellos, se plantea una cuestión de ética práctica. Rechace en la medida de lo posible, y en la medida de lo imposible, la invasión de la electrónica, no cultive la dependencia de las herramientas tecnológicas, no se adapte a la era del instante. Seguir lidiando con la tinta sobre el papel para abrirse a algo más que una reproducción escuálida de lo existente, apropiándose de los contenidos de estos objetos casi obsoletos que tan rápidamente absorben el polvo del tiempo, para enriquecer su singularidad desde una experiencia limitada. No contribuyas al empobrecimiento del lenguaje, creador de mundos. Evita usar tecnología para resolver problemas que no la necesitaban hasta ayer. Rechazar, a costa de parecer obsoleto, intratable, irritante, el modelo del «nuevo humano» que se va extendiendo a nuestro alrededor.

Aquí está el nuevo partisano, un nuevo tipo de clandestinidad, necesaria para luchar, actuar y respirar, en un mundo completamente conectado.



¡QUE CAMBIE EL VIENTO!¹⁰

«La industria eólica no es mas que la prosecución industrial con otros medios. En otras palabras, una crítica pertinente de la electricidad y de la energía en general no puede ser sino la crítica de una sociedad para la que la producción masiva de energía es una necesidad vital. El resto es solo una ilusión: una aprobación enmascarada de la situación actual que contribuye a mantenerla en sus aspectos esenciales»

Le vent nous porte sur le système , 2009

Una noche de tormenta. Las descargas eléctricas iluminan el cielo mientras los truenos parecen anunciar el fin del mundo. Si esa noche del 1 de junio de 2018 en Marsanne (Drôme) no fue el fin del mundo, sí pasó algo, más bien dos cosas, que tuvieron un destino inesperado: dos turbinas eólicas fueron atacadas. Una ardió por completo y la otra resultó dañada. Las pandoras furiosas y el grupo RES solo pudieron constatar marcas del forzamiento en las dos puertas de entrada de las gigantescas torres sobre las que se asientan

10 Publicado en Avis de tempêtes n. 6, 15, Junio de 2018. Traducido por Contra Toda Nocividad y corregido.

la turbina y las aspas de estos monstruos industriales de energía renovable. Dos menos, de los varios miles instaladas en Francia en la última década. O más bien tres, si contamos el fuego en la de meseta de Aumelas, no lejos de Saint-Pargoire (Hérault), cuatro días más tarde, por una de esas coincidencias del calendario que a veces hace que las cosas salgan bien.

Que estos molinos no tienen nada que ver con los pintorescos molinos de viento de antaño – que, por cierto, en la mayoría de los casos eran importantes fuentes de acumulación para el notable más o menos local, atrayendo a menudo la ira de los campesinos – es algo que resulta evidente. Pero entonces, ¿por qué los Estados de muchos países fomentan la instalación de estos “parques eólicos” en las cimas de las colinas, en los valles y hasta en el mar? Esto no puede ser debido a cálculos matemáticos porque ni siquiera los ingenieros pueden modificar todas las cifras, y tienen que admitir que los aerogeneradores no funcionan más del 19% del tiempo en un año (un factor de capacidad muy inferior al de las centrales nucleares, que alcanzan el 75%, o al de las centrales de carbón, que están entre el 30 y el 60%). Tampoco puede ser porque queramos convertir todo el mix energético en “renovable”, ya que esto es sencillamente imposible al mismo ritmo de consumo de electricidad (para Francia, esto supondría poner un aerogenerador cada 5

km²). Tampoco puede ser por la preocupación por el “medio ambiente”, a no ser que uno se deje engañar por el discurso smart de las tecnologías limpias, ya que solo la producción e instalación de los aerogeneradores (por no hablar de la red eléctrica centralizada a la que deben conectarse) implica la extracción de materiales escasos y tóxicos, barcos que devoran petróleo para transportar los minerales, enormes fábricas para procesarlos, autopistas para transportar las piezas, etc. Tampoco puede ser para poner trabas a las grandes multinacionales de la energía que han acumulado fortunas con el petróleo y el gas, pues son estas mismas empresas las que están invirtiendo masivamente en energías renovables. No, así no comprenderemos nada, tenemos que encontrar otra explicación.

Para empezar, descartemos todas la charlatanería ambientalista y ecológica esgrimida ya no solo por los ciudadanos ejemplares, sino también por casi todas las empresas, todos los estados, todos los investigadores. No hay ninguna “transición energética” en marcha, nunca la ha habido en la historia. Digan lo que digan los queridos empleados de las start-ups tecnológicas, nunca se ha abandonado la explotación de la fuerza muscular humana... La generalización del uso del petróleo no llevó al abandono del carbón. La imposición de la energía nuclear no supuso la desaparición de las centrales eléctricas “clásicas”

de gas, petróleo o carbón. No hay transiciones, solo adiciones. La búsqueda acelerada de nuevos recursos energéticos responde únicamente a intereses estratégicos, y desde luego no éticos. En un mundo que no solo depende de la electricidad, sino que es hiperdependiente de ella, es necesario diversificar las formas de producirla. Para aumentar la resiliencia del suministro, que es de vital importancia en un mundo conectado que funciona con flujos en tiempo reala todos los niveles, la consigna es diversificar y multiplicar las fuentes, también para hacer frente a los famosos “picos de consumo” que, por razones técnicas, no pueden ser satisfechos por un solo tipo de producción de energía (como la nuclear, por ejemplo). De ahí el desarrollo no solo de la energía eólica y solar, sino también de centrales de biomasa, de colza modificada genéticamente para su uso como biocombustible (¡qué acrobacias permite el lenguaje del mundo tecnológico!), de nuevos tipos de centrales nucleares, de materiales conductores producidos gracias a la nanotecnología que reducen las pérdidas en forma de calor en el transporte de la electricidad, y lista no termina aquí.

Por ello, no es de extrañar quela energía sea uno de los tres ámbitos designados por los programas de investigación europeos financiados en el marco de “Horizon 2020”.

Pero entonces, ¿qué es la energía y en qué consiste la cuestión energética en general? Como se ha puesto de manifiesto en muchas luchas pasadas, en particular las llevadas a cabo contra la energía nuclear, la energía es un eje fundamental de la sociedad estatal y capitalista industrializada. Si la energía significa producción, la producción permite el beneficio a través de la mercantilización; si la energía significa potencia, la potencia permite la guerra, y la guerra significa poder. El poder que otorga el control de la producción de energía es inmenso. Para darse cuenta, los Estados occidentales no esperaron a la crisis del petróleo de 1973 – que es cuando se hizo evidente su dependencia de los países productores de petróleo – para seguir su propia agenda de poder. Este fue uno de los principales motivos de varios Estados, entre ellos Francia, para justificar la proliferación de centrales nucleares: tener una relativa independencia energética y utilizarla como arma para obligar a otros países a mantenerse en la línea. Pero hay algo que quizás sea aún más importante, y es ahí donde la crítica de la energía nuclear y de su mundo nos permite captar toda la magnitud del papel de la energía en la dominación: la energía nuclear confirma que solo el Estado y el capital deben tener la capacidad de producir energía, que esta capacidad representa una relación ligada al grado de dependencia de las poblaciones, y que cualquier estallido revolucionario que quiera transformar radicalmente

el mundo tendrá que vérselas con estos gigantes de la energía. En resumen, energía significa dominio. Como señalaba un documentado ensayo crítico de hace unos años que relacionaba la cuestión de la energía nuclear con la eólica: “la mayor parte de la energía que se consume hoy en día se utiliza para hacer funcionar una maquinaria que esclaviza, de la cual queremos salir”.

Sin embargo, incluso entre los enemigos de este mundo, plantear la cuestión de la energía suele suscitar como mínimo cierto embarazo. Asociamos fácilmente la energía con la vida siguiendo el ejemplo de los especialistas de la energía, los cuales han contribuido en gran medida a la difusión de una visión que explica todos los fenómenos vitales por medio de transferencias, pérdidas y transformaciones de energía (química, cinética, termodinámica, etc.). Así, el cuerpo no sería más que un conjunto de procesos energéticos, al igual que una planta no sería mas que un conjunto de transformaciones químicas. Otro ejemplo de cómo un constructo ideológico influye – y a su vez es influido por – las relaciones sociales, es la actual asociación entre movilidad, energía y vida. Moverse constantemente, no quedarse quieto, “ver países” saltando de un tren de alta velocidad a un avión de bajo coste para cruzar cientos de kilómetros en un abrir y cerrar de ojos, es un nuevo paradigma de “éxito social”. Viaje, descubrimiento, aventura o lo

desconocido son palabras que ahora ocupan un lugar destacado en todas las pantallas publicitarias, destruyendo mediante una asimilación distorsionada toda una parte de la experiencia humana, reducida a visitas rápidas y sin riesgo a lugares habilitados para ello. Hasta el punto de hospedarse en habitaciones de desconocidos debidamente controlados, garantizados y explotados por los registros y bases de datos de una plataforma virtual. Quizá por eso también las mejillas se sonrojan o los labios empiezan a temblar cuando alguien se atreve a sugerir que habría que cortar la corriente a este mundo.

Superar este embarazo no es fácil. Todo un abanico de propaganda estatal nos advierte constantemente con imágenes de guerras reales, sobre lo que significaría la destrucción del suministro de energía. Sin embargo, un pequeño esfuerzo para librarnos de las quimeras que rondan nuestras cabezas sería un paso necesario. Las ciudades modernas no pueden prescindir de un sistema energético centralizado, ya sea producido en centrales nucleares, nanomateriales o turbinas eólicas. La industria no puede privarse del consumo de ingentes cantidades de energía. Lo peor – y que en parte ya está sucediendo no solo en las luchas contra la gestión de la energía y la explotación de los recursos, sino también contra el patriarcado, el racismo o el capitalismo – es que para no quedarse desabastecidos ante

un futuro turbio e incierto, la investigación y experimentación de la autonomía alimenten el progreso del poder. Puede que las turbinas eólicas experimentales en las comunidades hippies de los años 60 en Estados Unidos hayan tardado en entrar en el ámbito industrial, pero ahora son un vehículo importante para la reestructuración capitalista y estatal. Tal y como se resume en un texto reciente en el que se esbozan las perspectivas de lucha, basándose en los conflictos actuales en diferentes partes del mundo en torno a la cuestión energética:

“Ciertamente, a diferencia del pasado, es posible que en este tercer comienzo de milenio el deseo de subversión se cruce con la esperanza de supervivencia en el mismo terreno, el que pretende obstaculizar e impedir la reproducción técnica de lo existente. Pero es un encuentro destinado a convertirse en un enfrentamiento, porque es evidente que una parte del problema no puede ser al mismo tiempo parte de la solución. Para prescindir de toda esta energía, que necesitan sobre todo los políticos y los industriales, hay que querer prescindir de quienes la buscan, la explotan, la venden y la utilizan. Las necesidades energéticas de toda una civilización – la del dinero y el poder – no pueden cuestionarse solo por el respeto a los olivos centenarios, a los ritos ancestrales o por la salvaguarda de

unos bosques y playas ya muy contaminados. Solo una concepción diferente de la vida, del mundo y de las relaciones puede hacerlo. Solo esto puede – y debe – cuestionar el uso de la energía y sus falsas necesidades, y por lo tanto también sus estructuras, poniendo en entredicho/cuestionando/ desafiando la sociedad misma.”

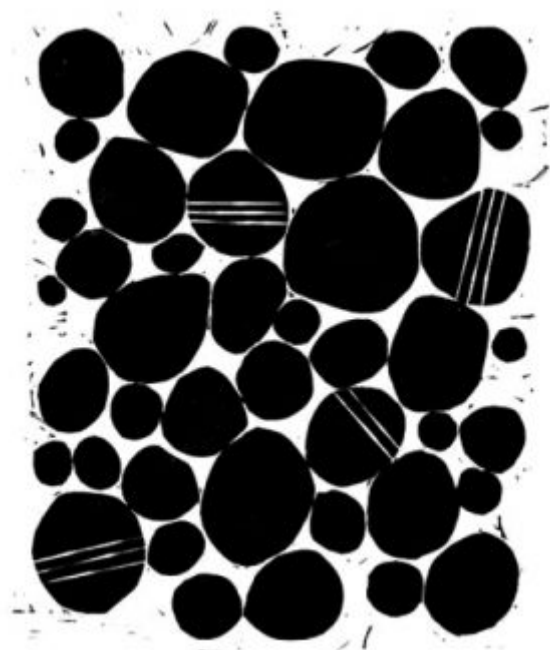
Y si esta sociedad titánica se dirige al naufragio, reduciendo o destruyendo en el proceso cualquier posibilidad de vida autónoma, cualquier vida interior, cualquier experiencia singular, asolando la tierra, intoxicando el aire, contaminando el agua, mutilando las células... ¿Creemos realmente que sería inapropiado o demasiado arriesgado sugerir que para socavar la dominación, para mantener alguna esperanza de abrir horizontes desconocidos, para dar algún espacio a la libertad desenfundada, socavar los fundamentos energéticos de esa misma dominación podría ser una vía muy valiosa?

Pensemos en lo que tenemos delante y a nuestro alrededor: en todo el mundo se producen conflictos inherentes a la explotación de los recursos naturales o contra la construcción de estructuras energéticas (parques eólicos, centrales nucleares, oleoductos y gasoductos, líneas de alta tensión y centrales de biomasa, campos de colza modificados genéticamente, minas,...).

Todos los Estados consideran estos nuevos proyectos, además de las infraestructuras energéticas ya existentes como “infraestructuras críticas”, es decir, esenciales para el poder. Dada la centralidad de la cuestión energética, no sorprende leer en el informe anual de una de las agencias más reputadas para el seguimiento de las tensiones políticas y sociales en el mundo (subvencionada por gigantes compañías de seguros a nivel mundial) que de todos los atentados y sabotajes denunciados como tales, perpetrados por actores “no estatales”, de todo tipo de ideologías y convicciones, el 70% se dirigió a las infraestructuras energéticas y logísticas (es decir, torres, transformadores, oleoductos y gasoductos, estaciones base, líneas eléctricas, depósitos de combustible, minas y ferrocarriles)

Por supuesto, las motivaciones de quienes luchan en estos conflictos son muy diversas. A veces son reformistas, a veces ecologistas, a veces son indígenas o religiosas, a veces son revolucionarias, y a veces son simplemente para fortalecer los cimientos de un Estado – o de un futuro Estado. No es nuestra intención descuidar el desarrollo, la profundización y la difusión de una crítica radical de todos los aspectos del dominio; lo que queremos destacar aquí es que dentro de algunos de estos conflictos asimétricos también puede propagar un método de lucha autónoma, auto-organizada y de acción directa, introduci-

endo de facto las propuestas anarquistas en este ámbito. Más allá del potencial insurreccional de los conflictos en torno a los nuevos proyectos energéticos, que tal vez sugieran la posibilidad de una revuelta más amplia y masiva contra estas nocividades, está claro en cualquier caso que la producción, el almacenamiento y el transporte de toda la energía que esta sociedad necesita para explotar, controlar, hacer la guerra, subyugar y dominar, depende inevitablemente de toda una serie de infraestructuras dispersas por el territorio, lo cual favorece la acción dispersa en pequeños grupos autónomos. Si la historia de las luchas revolucionarias está llena de ejemplos muy indicativos de las posibilidades de acción contra lo que hace funcionar la maquinaria estatal y capitalista, un vistazo a las cronologías de sabotaje de los últimos años muestra que el presente en nuestros países tampoco está desprovisto de ellos. Deshacerse del embarazo, mirar hacia otro lado y de forma diferente, experimentar con lo que es posible y lo que se intenta, estos son algunos caminos a explorar. Nadie puede predecir a que puede llevar esto, pero una cosa es segura: es parte de la práctica anarquista de la libertad.



El 30 de enero de 1933, Adolf Hitler llegó al poder en Alemania. No lo hizo con un golpe de estado brutal enviando a sus milicias armadas a despejar el llamado estado de derecho: fue nombrado directamente canciller por el presidente Hindenburg. Tres meses antes, el líder del nacionalsocialismo se había dado por vencido tras las elecciones del 6 de noviembre, en las que su partido había perdido dos millones de votos, mientras que el Partido Comunista (KPD) había ganado setecientos mil.

Al día siguiente del resultado de las elecciones, la Rote Fahne [órgano central del KPD] anunciaba con euforia: «por todas partes los miembros de las secciones de asalto desertan de las filas del hitlerismo y se ponen bajo la bandera comunista»; esta bandera seguía ondeando con orgullo el 25 de enero de 1933 durante la gran manifestación antifascista de Berlín, por la que desfilaron 125.000 obreros, «una juventud

¹¹ Texto que originalmente fue publicado en “Insolito guardo” en marzo de 2015 (descargable en finimundo.org) y que apareció en el número 9 (septiembre de 2018) de Avis de tempêtes. La traducción utilizada para este libro corresponde a la realizada por avisbabel y compartida en avisbabel.noblogs.org.

magnífica», «una participación, un entusiasmo, una determinación que nunca habíamos visto». «Intentemos evaluar el número de luchadores útiles en la columna. El 95%, por su edad, por su comportamiento, nos impresiona como militantes dispuestos a la lucha armada», dijo un testigo que cinco días después vio disolverse «como un terrón de azúcar en el agua» al formidable Partido Comunista Alemán, el primer partido de Berlín, la sección más poderosa de la Internacional Comunista.

Hitler estaba en el poder y el rojo de la bandera obrera adquirió el color de la vergüenza, la afrenta y la humillación. No hubo protestas masivas, ni huelgas generales, ni enfrentamientos callejeros. No hubo guerra civil, no hubo revolución. No ocurrió nada considerable, salvo una sucesión de subversivos que cayeron ante la peste parda. Desaliento, desesperación, decepción, impotencia, rendición, derrota, esto es lo que atravesó el movimiento revolucionario en febrero de 1933, dominado por la más estúpida obediencia y la confianza ciega en el Partido. ¿Dónde estaban los miles y miles de «compañeros» que formaban parte de las distintas milicias de autodefensa que podían tener todos los partidos, incluido el socialdemócrata? ¿Dónde estaba el noventa y cinco por ciento de los militantes dispuestos a la lucha armada? Desaparecido, disuelto en una noche fría de finales de enero. En aquellos terri-

bles días, no era el programa comunista, no era el ideal anarquista, no era la verdad metafísica, sino que eran los sentimientos humanos como la dignidad y el orgullo los que defendía un concejal holandés de 23 años, medio ciego y solo contra todos, Marinus Van der Lubbe. En la noche del 27 al 28 de febrero irrumpió en el Reichstag y le prendió fuego en un último intento de llamar al proletariado alemán a la revuelta. Un intento generoso y vano, no sólo castigado con la tortura y la decapitación por sus feroces enemigos, sino también recompensado con la incomprensión, la calumnia y el olvido por sus propios... amigos.

No, en la tierra del levantamiento espartaquista de 1919, en la tierra que fue cuna del movimiento obrero, ante el horror nazi, las masas proletarias protestan y esperan, votan y esperan, marchan y esperan, refunfunan y esperan, aguantan y esperan, esperan... esperando escuchar la opinión de sus dirigentes, esos funcionarios imbuidos de la ciencia dialéctica que en la noche del 30 de enero -junto con el recién nombrado dauber austriaco- estaban convencidos de que Hitler se quemaría pronto, de que Hitler allanaría el camino de la revolución con la guerra, de que Hitler nunca se atrevería a ilegalizarlos, de que Hitler nunca sería aceptado por los gobiernos internacionales, de que Hitler era un oscuro y brutal paso que las masas tenían que dar antes de llegar al ansiado gobierno rojo.

Las masas esperan y esperan, los dirigentes de los partidos hablan y traicionan. Pero no el individuo. El individuo no tiene nada que esperar ni esperar, sólo una conciencia a la que responder y una voluntad que poner en práctica. Y a veces eso es suficiente para hacer historia. O que se pierda por sólo 13 minutos, por sólo 780 segundos.

El artesano

Se llamaba Georg Elser y nació el 4 de enero de 1903 en Hermaringen, una pequeña ciudad del suroeste de Alemania, antes de que su familia se trasladara un poco más lejos, a Königsbronn (todavía en Baden-Württemberg). El mayor de cuatro hijos, trabajó en la granja familiar desde muy joven. A los dieciséis años entró como aprendiz en un taller de carpintería, un trabajo que le encantaba y en el que se convirtió en un verdadero maestro. Allí comprendió la diferencia cualitativa entre el trabajo mecánico y repetitivo del obrero, que se consume en la cadena de montaje, y el oficio del artesano que crea objetos con sus manos. No trabajaba sólo por dinero, sino también para dar forma a auténticas obras de arte. A lo largo de los años, llenos de miseria y desempleo, Elser se vio obligado a vagar, cambiando a menudo de trabajo. La crisis económica no perdonó a nadie, ni siquiera a los fabricantes de muebles, y siempre estuvo más a menudo en

problemas. También trabajó en algunas fábricas de relojes, fascinado por sus mecanismos. Finalmente regresó a su casa a instancias de su familia, que estaba a punto de perder su granja.

Cuando Hitler llegó al poder a principios de 1933, Elser estaba en Königsbronn, donde continuó su vida en medio de muchas dificultades. El trabajo se automatiza cada vez más, la destreza humana deja de ser importante y los salarios disminuyen. A lo largo de los años, Elser se había acercado a grupos de izquierda, en los que parece no haber participado nunca. No era un activista, no abría libros, leía muy pocos periódicos, no le interesaba la política. Simplemente le gustaba estar entre gente como él, proletarios. Ciertamente, se había afiliado al Partido Comunista e incluso había entrado en la Liga de Combatientes del Frente Rojo durante un tiempo, pero sólo porque le permitía tocar en la banda de música de esta organización. Era un apasionado de la música y sabía tocar varios instrumentos, entre ellos la cítara (cítara germánica).

Georg Elser era muy bueno con las manos, pero tenía poca cultura y preparación «política». Fue una suerte, porque se ahorró las peroratas marxistas sobre el materialismo histórico y la dialéctica. No hace falta ser licenciado en ciencias sociales para darse cuenta de lo que hacían los nazis, la violación diaria de toda libertad, el

terror impuesto por la prohibición de partidos y sindicatos, el deterioro de las condiciones de vida y -a partir de 1938- el fantasma de la guerra que se hacía cada vez más concreto. No hacía falta ser muy perspicaz para ver los privilegios en los que se revolcaban los funcionarios nazis. Y sacar todas las consecuencias.

Sus amigos recordarían más tarde que Elser nunca escuchaba los discursos de Hitler en la radio, que se negaba a hacer el saludo nazi y que una vez, en una manifestación pro-Hitler, se dio la vuelta y empezó a silbar. Pero Georg Elser no era como sus amigos, no era como esos millones de alemanes que se contentaban con refunfuñar contra el régimen nazi. Hombre sencillo y práctico, había tomado su decisión a principios de 1938. Como dijo más tarde, «consideré que la situación de Alemania sólo podía cambiar con la eliminación de sus actuales dirigentes». El individuo, el deseo y la voluntad, habían tomado su decisión: Hitler tenía que morir. El gran dictador y toda su camarilla habían sido así condenados a muerte, no por un tribunal estatal, no por el Juicio de la Historia y menos aún por el Juicio Divino, sino por un pequeño artesano de la campaña suaba. Y una cálida bienvenida a las masas y sus organizaciones.

Solitario y soltero, Elser no confió sus planes a nadie y no buscó ayuda externa, según los his-

toriadores. Sin embargo, parece que contó con la ayuda de algunos individuos: el anarquista y ex-espartaquista anglo-alemán John Olday, y la socialista revolucionaria de origen judío Hilda Monte, ambos vinculados al Schwarztrotgruppe (Grupo Rojo y Negro). Nadie sabe realmente en qué consistía esta ayuda. En cualquier caso, Georg Elser tenía un problema práctico que resolver. Tenía que acercarse lo suficiente al Führer para matarlo. Otros ya habían jugado con esta idea, pero todos habían encontrado la misma dificultad. Consciente de que era más temido que amado, Hitler estaba obsesionado con los atentados y tenía la costumbre de cambiar sus planes de un momento a otro. Cuando se anunciaba su presencia en alguna reunión pública, ni siquiera sus más estrictos colaboradores sabían si acudiría a la cita prevista. De este modo, ninguna posible filtración podría favorecer a sus enemigos, que nunca podrían saber de antemano a dónde iría.

Sin embargo, esta inquebrantable precaución tenía un fallo. Había una y sólo una cita pública anual a la que no habría renunciado por nada del mundo, que no habría evitado. Una conmemoración especial, un aniversario que recordar, un discurso emotivo que pronunciar, la celebración de su primer intento fallido de llegar al poder: su golpe de Estado de Múnich del 8 de noviembre de 1923. Ese día, a la edad de 34 años y al frente de sus

hermanos de armas, Hitler hizo una gran entrada en la cervecería Bürgerbräukeller, donde se celebraba una reunión con las autoridades bávaras, disparando un tiro al aire. Les había dicho que había un golpe de estado, invitándoles a unirse a los nazis. El intento, demasiado improvisado, terminó al día siguiente en un tiroteo entre los manifestantes que se dirigían al Ministerio de la Guerra y la policía, en el que murieron 14 nazis.

Pues bien, a partir de 1933, Adolf Hitler acudía a Múnich cada 8 de noviembre con toda su corte para participar en la conmemoración del Bürgerbräu-Putsch. Rodeado de un millar de veteranos nazis con los que intercambiaba bromas y anécdotas, el Führer se lanzaba a su habitual discurso para calentar la furia bélica de sus seguidores. En noviembre de 1938 -diez meses antes de la invasión alemana de Polonia- Elser tomó el tren a Múnich y se unió discretamente a los festejos nazis. Cuando Hitler subió al escenario esa noche, no podía saber que fuera de la cervecería estaba su enemigo mortal, que había llegado hasta allí para explorar. La cervecería, que desde entonces había cambiado su nombre de Bürgerbräukeller a Löwenbräu, tenía una enorme sala subterránea con capacidad para más de 3.000 personas. Elser se mezcló con la multitud a la que se le permitió entrar a última hora de la tarde, después de que el discurso hubiera terminado y Hitler se hubiera marchado, y tomó nota de la disposición del lu-

gar mientras observaba las medidas de seguridad adoptadas para la ocasión. Encontró increíbles deficiencias. El responsable era Christian Weber, un antiguo portero de discoteca que, como ferviente nazi, no pensaba que nadie pudiera odiar a Hitler hasta la muerte. La atención de Elser se centró en el único lugar en el que Hitler se sentiría seguro durante mucho tiempo: el escenario. Observó una columna de piedra justo detrás, que sostenía un gran balcón a lo largo de la pared. No era difícil comprender que una potente bomba colocada en el interior de la columna derribaría todo el balcón, enterrando a Hitler y a todos sus familiares entre los escombros. Una empresa imposible para muchos, pero no para un artesano experto.

Al día siguiente, los días 9 y 10 de noviembre de 1938, los nazis se ensañaron con todo el país, pero también con Austria y Checoslovaquia, en lo que se conoció como la Noche de los Cristales, el pogromo antijudío que reforzó aún más la determinación de Elser. Tenía un año para completar su proyecto, y se dedicó a él con tenacidad y meticulosidad. Tuvo que reunir explosivos, construir un dispositivo de retardo y luego ocultar el dispositivo dentro de la columna. Para ello, trató de encontrar trabajo temporal en una fábrica de armamento y luego en una mina, y lo consiguió. Allí aprovechó todas las oportunidades para robar explosivos de gran potencia y dinamita, re-

cuperando también un centenar de detonadores. Por la noche, encerrado en su piso, trabajaba en sus planes para construir una sofisticada bomba de relojería.

En abril, regresó a Múnich para llevar a cabo otra búsqueda más detallada en circunstancias más tranquilas. Se dio cuenta de que en el piso superior del vestíbulo había almacenes donde podía esconderse, y pudo observar de cerca la columna de piedra. ¡Estaba cubierto de madera! Perfecto. Luego exploró la frontera suiza para encontrar una ruta de escape, y finalmente encontró una zona sin patrullas. Georg Elser quería matar a Hitler, pero también quería vivir y disfrutar de la libertad a la que se había visto obligado a renunciar. No había espíritu de sacrificio en él.

El 5 de agosto de 1939, Georg Elser tomó el tren hacia Múnich por última vez para llevar a cabo la parte final y más difícil de su proyecto: cavar una cavidad lo suficientemente grande en la columna detrás del escenario y esconder allí un dispositivo letal sin ser descubierto. Se convirtió en un cliente habitual de la Löwenbräu, la cervecería nazi más querida de Múnich. Iba allí todos los días, tanto que los camareros acabaron por dejar de prestar atención a su querido y tranquilo cliente. Todas las noches, Elser se quedaba hasta la hora de cierre y luego se deslizaba silenciosamente hasta el piso de arriba, donde se escondía

en un almacén. Cuando el local estaba vacío, salía a trabajar en la columna. A la luz de una antorcha, desmontaba con cuidado el panel de madera de la columna, lo dejaba a un lado para volver a colocarlo fácilmente en su sitio y empezaba a cortar pacientemente en la piedra. En medio del silencio, el sonido del cincel de un escultor golpeando la piedra resonaba tan fuerte en la bodega abovedada que le obligaba a trabajar con una lentitud agotadora. Golpes simples, seguidos de intervalos de varios minutos, que intentaba hacer coincidir con ruidos de la calle, como el paso de un coche. Había que eliminar todo rastro de pólvora o piedra, y volver a colocar el panel de madera perfectamente antes del amanecer.

Noche tras noche se dedicó a su obra maestra.

Pasó 35 noches sin dormir, encorvado en este agotador esfuerzo. Una mañana fue sorprendido por un camarero que llegó temprano al trabajo e inmediatamente llamó al gerente de la cervecería. Elser, que se marchaba después de limpiar, se disculpó diciendo que era un cliente habitual y que había encontrado el local abierto. Pidió un café, lo bebió con calma y a pequeños sorbos, y se fue. No se había quemado.

Para preparar su bomba, había fabricado un temporizador modificando un reloj. El temporizador podía funcionar durante 144 horas seguidas antes de pulsar una pequeña palanca

que activaba el dispositivo. Un hombre escrupuloso, había añadido un segundo temporizador de seguridad. La bomba estaba encerrada en una elegante caja de madera, introducida con precisión en el agujero de la columna. Para evitar que el reloj hiciera tictac, lo cubrió con azúcar y preparó una lámina de estaño para forrar el panel de madera desde el interior. No quería que un miembro del personal pusiera accidentalmente un clavo en su obra de arte.

El año anterior, Elser había observado que el discurso de Hitler había comenzado a las 20.30 horas, lo que, según le aseguraron, era algo habitual. El Führer hablaba durante una hora y media y luego se quedaba en la sala para mezclarse con sus antiguos camaradas. Elser programó su reloj para que sonara hacia la mitad del discurso, a las 21.20 horas. El primer intento de albergar la bomba fue un fracaso, lo que le obligó a reducir un poco el tamaño de su caja. En la noche del 5 de noviembre de 1939, Georg Elser completó su obra maestra. Introdujo la caja en la columna, selló el panel de madera en su lugar y eliminó todo rastro de ella. Salió de Múnich y regresó dos noches después. La víspera de la visita del gran dictador, el hombrecillo se acercó a la columna y, temblando, acercó el oído con la esperanza de oír algo en la distancia. Uno puede imaginarse su sonrisa cuando volvió a escuchar ese maravilloso tic-tac.

8 de noviembre de 1939

Georg Elser no leía los periódicos, y menos en estos días febriles. De lo contrario, se habría enterado de que Hitler había cancelado su habitual reunión anual. O mejor dicho, no, había vuelto a cambiar de opinión: seguiría yendo, pero antes de lo habitual. Su presencia en Berlín era imperativa, por lo que sólo iría a Múnich brevemente. Su discurso comenzaría a las 8 de la tarde y duraría sólo una hora. El mal tiempo desaconsejó viajar en avión, por lo que optó por un tren más lento pero más seguro.

En la noche del 8 de noviembre de 1939, Adolf Hitler dejó de hablar a las 21:07 horas. Cinco minutos más tarde, rechazando las invitaciones de los veteranos para quedarse, abandonó la sala con su corte de dignatarios nazis, entre los que se encontraban el jefe de policía Heinrich Himmler, el ministro de propaganda Joseph Goebbels y el jefe del servicio secreto Reinhard Heydrich. Debían estar subiendo a su tren cuando se produjo la explosión, y ni siquiera la oyeron. Sólo se enteraron de lo sucedido durante la breve parada en Nuremberg de su tren expreso a Berlín.

A las 21.20 horas, como era de esperar, el reloj de Georg Elser dejó de funcionar. Con un terrible estruendo, la columna situada detrás del escenario se rompió, derribando todo el balcón que sostenía y el techo, devastando la sala. Una lluvia

de escombros de madera, ladrillo y acero cayó sobre el escenario, pulverizándolo por completo. Pero el escenario estaba vacío y la sala casi desierta. Ocho personas murieron y sesenta y tres resultaron heridas, todos veteranos nazis o aficionados a la cerveza. «La cacareada ‘suerte del diablo’ de Hitler había vuelto a estar de su lado. El individuo que le había desafiado no lo era.

En la mañana del 8 de noviembre de 1939, Georg Elser tomó un tren hacia Constanza, en la frontera suizo-alemana. Por la noche se dirigió hacia la frontera, a la zona tranquila que había descubierto el mes de abril anterior. Pero con la invasión alemana de Polonia el 1 de septiembre, la situación había cambiado radicalmente. Una patrulla se percató de su presencia y le dio el alto, registrándole. Llevaba un carné del Partido Comunista, dibujos de un extraño dispositivo que parecía el diseño de una bomba, un detonador y la tarjeta de visita de una famosa cervecería de Múnich, la Löwenbräu.

Es más que probable que Elser llevara todo este material decididamente sospechoso para convencer a las autoridades suizas de que le concedieran asilo. Por otro lado, había asumido el riesgo de que si caía en manos del enemigo, serían estos mismos objetos los que significarían su fin.

Uno

Georg Elser fue llevado de vuelta a Múnich e interrogado por la Gestapo. A pesar de las palizas y las torturas, nunca cambió su historia. Fue él, y sólo él, quien organizó y llevó a cabo el atentado. En Berlín, Hitler se interesó personalmente por el asunto y montó en cólera cuando se le comunicaron las palabras de Elser. «¿Quién es el tonto que dirigió la investigación? No había forma de que un miserable individuo pudiera haber desafiado al Gran Reich: la complejidad de la acción demostraba que debía haber una vasta conspiración detrás por parte de... el servicio secreto, por supuesto, y en este caso los británicos. Para imponer su conclusión, Hitler envió a un hombre de confianza a Múnich, encargado de iniciar de nuevo los interrogatorios: Heinrich Himmler.

Pero ni él ni ninguna de las torturas que llevó a cabo consiguieron satisfacer al Führer. Elser repitió hasta el final que había actuado solo, incluso reproduciendo un nuevo diagrama de su bomba para demostrar a sus torturadores que él, solo, se había atrevido a atacar a Hitler. Finalmente, el propio Himmler tuvo que renunciar extraoficialmente a la teoría de la conspiración, y Elser, en lugar de ser ejecutado, fue enviado al campo de concentración de Sachsenhausen. En régimen de aislamiento, aún se le permitía trabajar en un banco de trabajo. La razón de este aparente

trato preferente era que Hitler pretendía utilizar a Elser más tarde en un juicio por crímenes de guerra contra Gran Bretaña. El 9 de abril de 1945, mientras las tropas estadounidenses, británicas y rusas se acercaban a Berlín, Himmler recordó la audacia del desafortunado carpintero y relojero, que mientras tanto había sido trasladado a Dachau. Dio la orden de sacarlo de la celda y ejecutarlo. La noticia de su muerte apareció en la prensa alemana una semana después, y se atribuyó a un ataque aéreo aliado.

A pesar de que la eficacia nazi fue utilizada para poner en duda la veracidad de la iniciativa individual de Elser, y a pesar de las habladurías de sus compañeros de prisión en Sachsenhausen de que Elser, al igual que Van der Lubbe, había actuado por orden de los propios nazis, nadie se atreve hoy a negar la sinceridad de su empresa. Su memoria, al igual que la de los numerosos atentados fallidos contra la vida de Hitler, ha sido borrada hace tiempo por los historiadores que sólo están atentos a la razón de Estado, pero también por ciertos revolucionarios amantes de la acción colectiva que no quieren dar «mala fama» a su movimiento ideológico.

Porque ninguno de ellos puede tolerar que la determinación de un solo individuo, en contraste con la penosa impotencia de las masas, haya podido cambiar la historia salvándola de lo que se

ha definido como el Mal Absoluto. Por sólo 13 desafortunados minutos, no se evitó la Segunda Guerra Mundial, lo que podría haber evitado millones de vidas humanas y un sufrimiento incalculable. Y lo que se acercó a esa posibilidad no fue un gobierno ilustrado, no fue una organización eficiente. Era un hombre pequeño, solo, o quizás con uno o dos acompañantes. Por eso el nombre de Georg Elser ha sido olvidado durante tanto tiempo, y por eso lo honramos. Nada es imposible para una voluntad impulsada por el deseo. Y a pesar de los reveses de lo imprevisto, es el tic-tac de este reloj el que todavía se puede escuchar hoy.

En Bihar, uno de los estados más pobres y poblados de la India, la gota que colmó el vaso fue el miércoles 15 de junio, antes de extenderse a otras regiones, cuando miles de manifestantes comenzaron a atacar los intereses del Estado en una docena de ciudades. En Nawada, se prendió fuego a una oficina del partido gobernante (el ultranacionalista BJP), en Rewari se bloqueó la crucial autopista que une el estado de Rajastán con Nueva Delhi, en Gwalior se saqueó la estación de tren y se dañaron los trenes, en Secunderabad, Ballia, Arrah, En Buxar y Lakhisarai cientos de manifestantes prendieron fuego a vagones de tren, en Palwal atacaron la residencia del subcomisario de la ciudad y quemaron cinco coches de policía, en Bettiah atacaron la casa del viceministro (BJP) del estado y en Aligarh incendiaron el coche de un dirigente local del BJP. En total, en sólo tres días, además de que trenes enteros fueron consumidos por la ira y otros 300 vieron cancelada su salida, cientos de manifestantes fueron detenidos y decenas murieron o resultaron heridos por las balas de la policía, mientras que Internet fue suspendido por el gobierno en 12 distritos de Bihar.

12 Publicado en el n.º. 54, 15 junio 2022. Extraído de avisbabel.noblogs.org, Traducido por Avisbabe.

Pero, ¿qué tiene el Estado indio que ha provocado toda esta ira? ¿Fue su inacción ante el calentamiento global, que provocó inusuales olas de calor de hasta 50°C de marzo a mayo, una pérdida del 10 al 35% en el rendimiento de las cosechas en este granero de Asia, o las lluvias monzónicas más intensas en dos décadas que inundaron y arrasaron dos millones de hogares en 4.000 pueblos de la región de Assam (con decenas de muertos) a mediados de junio? No, lo que inflamó las mentes de los más pobres hasta el punto de llevarles a reducir a cenizas muchas estructuras estatales fue nada menos que el anuncio del vasto plan de reestructuración del ejército del país, que vino a destrozar sus sueños de una futura carrera militar que les asegurara un mejor empleo, matrimonio, casa y pensión.

Después de China, con sus 2,3 millones de soldados, la India tiene el segundo ejército más grande del mundo -lo que también lo convierte en el segundo creador de empleo del país- y ha decidido, al igual que su poderoso competidor, reducir su personal. En concreto, a los 46.000 jóvenes contratados este año en el ejército indio sólo se les ofrecerá un contrato de cuatro años, tras el cual sólo el 25% se mantendrá durante otros 15 años con los beneficios de los asesinos de Estado. Esto ha desencadenado una ola de ira entre los jóvenes desempleados de las regiones más pobres.

Más allá de la decepción de algunos de sus ciudadanos que habían depositado su dignidad en el más sangriento de los patriotismos, el Estado indio se limita a seguir la carrera armamentística mundial, recortando su reducido personal para reinvertir el dinero en una mayor tecnificación. En 2021, por ejemplo, se han gastado más de 2.000.000 millones de dólares en gastos militares en el mundo, mientras que en el momento álgido de la Guerra Fría, en los años 80, este gasto se acercaba a los 1.500.000 millones, y los tres primeros puestos los ocupan actualmente Estados Unidos (800.000 millones), China (293.000 millones)... e India (77.000 millones). Este ritmo infernal es compartido por todos los países del viejo continente, cuyo símbolo es sin duda la rica Alemania, que ha pasado de su hipócrita “Nie wieder Krieg” posterior a 1945 a una revisión de su Constitución votada casi por unanimidad el pasado 3 de junio, con el fin de grabar en piedra la creación de un fondo especial de 100.000 millones de euros destinado a rearmar el país. Dentro de la OTAN, estas cantidades forman parte del viejo objetivo de alcanzar el 2% del PIB dedicado al gasto militar, lo que ha llevado a Italia a aumentar su presupuesto de 25 a 38.000 millones de euros anuales para 2028, o a la pequeña Bélgica de 5 a 10.000 millones para 2035. Después de los miles de millones vertidos en Europa para “reactivar la economía” post-confinamiento, he aquí como se utiliza la guerra en Ucrania como

pretexto para acelerar sus planes de inversión masiva en la industria bélica.

El 13 de junio, en la inauguración de la gran feria de armamento Eurosatory, celebrada junto a París, el miserable encorbatado al frente del país llegó a hacer un anuncio sensacional acorde con los tiempos: Francia había entrado en una “economía de guerra“. Pero, ¿qué significa esto, aparte de justificar, como en otros lugares, el enésimo aumento del presupuesto militar (de 41 a 50 mil millones de euros anuales para 2025) y el almacenamiento de municiones, proyectiles y otros misiles que la guerra en Ucrania está agotando demasiado rápido? Más allá de los asombrosos gastos, los ejércitos modernos se enfrentan a un doble problema: Por un lado, el aumento de las inversiones en investigación tecnológica, cuyas sumas nacionales no garantizan necesariamente resultados convincentes en la competencia internacional en este campo, y por otro, el tiempo necesario para fabricar equipos cada vez más sofisticados, que se alarga aún más por carencias como la que afecta al sector de los semiconductores o las tensiones en torno a ciertas materias primas (¡el tiempo de producción de un solo cañón de largo alcance Caesar, la joya de la corona de la industria militar francesa, ha pasado de nueve meses a dos años!).

Es aquí donde la cuestión se vuelve ciertamente mucho más interesante para aquellos que no pretenden resignarse a esta nueva fase de aumento del poder asesino de los Estados, que obviamente no sólo concierne a las intervenciones armadas externas, sino también a todos los sujetos encerrados dentro de sus fronteras. Porque ¿cómo imaginar que en un momento en que las consecuencias climáticas sobre las poblaciones se aceleran a gran velocidad, la cuestión de su gestión militarizada no esté en el orden del día? En este sentido, es bastante significativo que el Primer Ministro belga haya puesto recientemente como ejemplo las graves inundaciones que afectaron a Valonia en 2021... para exigir un aumento del presupuesto militar. Más ampliamente, para resolver los problemas de temporalidad y criticidad del complejo militar-industrial que el maná financiero no puede resolver por sí solo, la “economía de guerra” que se acaba de decretar significa una drástica integración con fines militares de todos los sectores civiles que se consideren necesarios.

Siguiendo el ejemplo del Programa del Sistema de Prioridades y Asignaciones de Defensa (DPAS) -que autoriza al Estado norteamericano a requisar recursos humanos y materiales con fines de seguridad nacional-, la Direction Générale de l'Armement (DGA) francesa está en proceso de identificar todas las empresas indus-

triales y tecnológicas vitales que aún no son de doble uso, es decir, que no trabajan tanto para el sector civil como para el militar. En el marco de la actual revisión de la ley de programación militar 2019-2025, el ejemplo aportado por los asesinos con galones es la posibilidad de una requisición estatal de pymes del sector de la mecánica de precisión, con el fin de ponerlas temporalmente a disposición de un fabricante de armas para que éste pueda acelerar sus ritmos y su ciclo de producción. El segundo ejemplo se refiere al suministro de materias primas críticas (titanio, aceros especiales, metales raros y ciertos componentes electrónicos), de las que el Estado desea asignar una parte prioritaria a su industria de guerra y a sus subcontratistas, en particular requisando las existencias latentes aquí y en las empresas. Y, de hecho, en este caso, el gobierno no sólo se limita a hablar de boquilla, sino que planea dirigir una parte más sustancial de la economía hacia sus objetivos belicistas.

Hoy, el viejo eslogan antimilitarista “la guerra empieza aquí” parece más pertinente que nunca, siempre que uno quiera tomárselo en serio y abrir mínimamente los ojos, para dirigirlos hacia los colaboradores con las manos manchadas de sangre que se multiplican bajo apariencias a veces inocuas. Por ejemplo, algunos de los dominios tecnológicos más recientes se sitúan inmediatamente bajo el signo de la

doble aplicación civil y militar, en particular en todo lo que se refiere a la inteligencia artificial, la simulación, la robótica o la realidad virtual, como atestiguan las 67 start-ups presentes en el salón de Eurosatory, como Conscious Labs (París-15), especializada en neurotecnologías, o Cilas (Orleans), con su láser antidrones.

Otras conforman la red de miles de pequeñas empresas de doble uso más tradicionales, que ya suministran a los grandes grupos armamentísticos (Thales, Dassault, Aubert & Duval, Arquus, Nexter), sabiendo que “Dassault tiene cinco mil proveedores para su Rafale” y que “basta con que uno se atasque para que todo se paralice“, como se recordaba recientemente un ingeniero en prensa especializada. Y para los que les falte imaginación en la materia, desde 2019 existe incluso una etiqueta “Utilizada por las Fuerzas Armadas Francesas” (UAF) otorgada por el ministerio del mismo nombre, la número 300 de las cuales fue a parar a la empresa Musthane (Willem, en el norte de Francia) por sus placas antideslizamiento para vehículos blindados, y una de las primeras fue concedida a Cailab (Rennes), que diseña componentes ópticos para telecomunicaciones.

Que las fuerzas armadas intervengan en caso de cualquier catástrofes excepto “naturales” ya es un hecho. Que se preparen para hacerles frente

de manera creciente (ya sea pensando simplemente en desplazamientos forzados de población, guerras por los recursos o estallidos de revuelta que las consecuencias del calentamiento global sólo pueden exacerbar) tampoco es una novedad. Pero el hecho de que hayamos pasado oficialmente de una guerra de la economía a una economía de la guerra quizás sea más novedoso. Una de las consecuencias, sin duda, tomada de ello, es el dejar de ver con los mismos ojos a todas esas pequeñas empresas que pululan a nuestro alrededor, participando nolens volens* en la militarización en curso. Y para que sepan lo que pensamos, cada uno a su manera.

[Nota]* Volens nolens: quiera o no quiera

CARAQUEMADA: EN LOS CAMINOS DE LA REVUELTA CONTRA EL RÉGIMEN DE FRANCO¹³

Volver sobre los pasos de un anarquista que actuó en solitario durante mucho tiempo, cruzando los Pirineos de un lado a otro para realizar sabotajes en territorio franquista, no es en cualquier caso una tarea fácil. Y cuando uno se da cuenta de que la dirección del Movimiento Libertario en el Exilio no apoyó la lucha armada clandestina, o sólo lo hizo de boquilla, la dificultad se hace aún mayor: las huellas de los numerosos compañeros anarcosindicalistas y anarquistas que perdieron la vida en la guerra de guerrillas contra el franquismo sólo han sido documentadas fragmentariamente por «sus propios compañeros» que permanecieron más o menos abrigados bajo las alas de la ley republicana francesa. Aunque de forma incompleta y a pesar de las fuentes a veces contradictorias, se intentará aquí reconstruir la trayectoria de Ramón Vila Capdevila, conocido como Caraquemada. Este compañero luchó durante décadas a su manera, a ser posible en buena compañía y si no solo, con el objetivo constante de desorganizar las fuerzas del enemigo, de sembrar el caos en sus filas, de arrojar granos de are-

¹³ Texto publicado en Avis de tempêtes, nº15, marzo de 2019. Traducido por JJ y extraído de avisbabel.no-blogs.org

na en sus engranajes, atacando incansablemente las infraestructuras energéticas y de transporte.

Ramón Vila Capdevila nació el 2 de abril de 1908 en el pueblo de Peguera, cerca de la pequeña ciudad de Berga, en el Pirineo catalán. Debe su apodo de «Caraquemada» a un triste accidente en su juventud. En 1923, se desató una violenta tormenta mientras Ramón y su madre trabajaban en el campo. Protegido bajo un árbol, el rayo cayó. Su madre murió en el acto, mientras que Ramón sufrió graves quemaduras que le dejaron marcas indelebles en la cara. Más tarde, recibió otro apodo, esta vez relacionado con su carácter solitario, salvaje y obstinado: «Jabalí». Ramón era un joven inquieto. No podía quedarse quieto, así que a veces pasaba largas semanas vagando por las montañas sin que nadie supiera dónde estaba. Para ganarse la vida, fue a las minas de Cercs, en Figols, cuando aún era muy joven. Allí Ramón se unió a la Federación Anarquista Ibérica (FAI) del Alto Llobregat y a la Confederación Nacional del Trabajo, la CNT anarcosindicalista.

Esta organización de masas había sobrevivido a los difíciles años del pistolerismo en la década de 1920, cuando la patronal contrató mercenarios para abatir a los militantes obreros, y ya había pasado varios periodos en la ilegalidad. Es en estos años cuando se remonta la presencia de gru-

pos de acción afines que operan dentro o al margen de la CNT: pequeños grupos de anarquistas que responden con las armas al terror patronal y estatal, que realizan sabotajes y atentados contra la represión, y que llenan las arcas de la organización anarcosindicalista mediante expropiaciones en apoyo a las huelgas obreras. A principios de los años 30, la CNT también intentó varias veces lanzar una insurrección revolucionaria para proclamar el comunismo libertario, pero los levantamientos siguieron siendo locales y fueron aplastados por la represión. Ramón participó como miembro de uno de estos grupos de acción en uno de los intentos insurreccionales más famosos, el de la cuenca minera del Alto Llobregat en enero de 1932.

El 18 de enero de ese año, los trabajadores anarcosindicalistas apoyados por diferentes grupos de acción y anarquistas experimentados como Durruti lanzaron la insurrección: las fábricas y las minas fueron ocupadas por trabajadores armados en toda la cuenca industrial, se asaltaron los ayuntamientos y se declaró el comunismo libertario. El jefe del gobierno republicano español, Azaña, envió las tropas. La masacre planeada no se produjo, pero cientos de trabajadores fueron encarcelados, y más de un centenar de anarquistas (entre ellos Durruti, Ascaso, Oliver,...) fueron deportados a la colonia española de Guinea Ecuatorial o a las Islas Canarias, en virtud de la Ley

de Defensa de la República. Ramón es finalmente detenido en las montañas de los alrededores junto con otros supervivientes de la insurrección, y luego encarcelado en Manresa durante casi un año como «preso del gobierno» (sin juicio, como exige la Ley de Emergencia).

La insurrección del Alto Llobregat también había mostrado las disensiones que existían en el seno de una CNT que ya contaba con cientos de miles de afiliados. Por un lado, estaban los que deseaban permanecer en el marco republicano, contando con la perspectiva de un crecimiento cuantitativo de la organización y la consecución de importantes reformas, y por otro, los que pensaban que había llegado el momento de una acción insurreccional que, aunque pudiera fracasar, encendería en cualquier caso antorchas inextinguibles en el camino de la revolución social.

Tras salir de la cárcel, Ramón se fue a Barcelona y participó en agitaciones obreras. No se sabe mucho de su actividad, pero es probable que volviera a formar parte de los grupos de acción anarquista, como demuestra su participación en un atraco en Algemesí (provincia de Valencia) en 1935. En su huida, el coche de los expropiadores se estrelló contra un árbol y Ramón fue detenido, al igual que su compañero Ramón Ri-

bes Capdevila. Encarcelados en Tortosa (Cataluña), los dos Ramón consiguieron afortunadamente escapar justo antes de su juicio. El 10 de abril de 1936, fueron encontrados en otro robo, el de una farmacia en Castellón. Sorprendidos por los policías, los anarquistas abrieron fuego: un policía murió inmediatamente, mientras que Ramón Ribes resultó gravemente herido (murió de sus heridas). Caraquemada aún consiguió salir de la plaza ensangrentado. Perseguido por los transeúntes que guían a los policías, es finalmente detenido en un campo de naranjos a las afueras de la ciudad y trasladado a la prisión de San Miguel de los Reyes (Valencia). En este viejo monasterio convertido en cárcel con pocas posibilidades de escapar, Ramón sabía que le esperaba una larga vida. Sin embargo, esto fue sin contar con el nuevo intento insurreccional de los compañeros, que tuvo lugar unos meses después, en julio de 1936, y que esta vez se volvió en su favor.

En Valencia, los núcleos anarquistas que más tarde formarían la Columna de Hierro asaltaron la cárcel de San Miguel, abriendo todas las puertas y dejando a los presos que eligieran entre irse por su cuenta o unirse a lo que sería la mítica Columna de Hierro, famosa por su intransigencia y su incesante lucha por la revolución social. Ramón, al igual que otros casi 400 presos, decidió unirse a la Columna de Hierro, que establecía

un frente contra los fascistas fuera de Valencia. Con la convicción de que la guerra contra los fascistas debe coincidir plenamente con la revolución social anarquista, la Columna organizó varias incursiones de «retaguardia», especialmente en Valencia y Castellón, para combatir la colaboración de una parte de la dirección de la CNT con las fuerzas republicanas y estalinistas, y para oponerse a la represión de éstas contra las conquistas revolucionarias. Ramón participó en una de estas redadas en Castellón, donde se quemaron los archivos policiales y los registros de la propiedad y catastros. Bajo la presión de una CNT empantanada en sus compromisos con las demás fuerzas antifascistas, que exigía la militarización de las milicias confederadas, la asamblea general de la Columna de Hierro, el 21 de marzo de 1937, cedió finalmente como las demás: la Columna fue desmantelada, y los que quisieron pudieron incorporarse a la 83ª Brigada Mixta del ejército republicano. Ramón se negó y volvió a Berga. En marzo de 1938 fue movilizado y se incorporó a la 153ª Brigada Mixta, fruto de la militarización de la columna confederal Tierra y Libertad.

A finales de marzo, la Brigada es rodeada por las tropas fascistas. Ramón deambula durante semanas por territorio hostil antes de conseguir volver a la zona republicana. A continuación, volvió a Figols. En febrero de 1939, junto con otro medio

millón de refugiados, cruzó la frontera española y fue internado en el campo de concentración de Argèles-sur-Mer, donde las duras condiciones de vida causaron muchas muertes. En 1940, Ramón cortó la alambrada del campo de Argèles, escapó y se unió a los grupos anarquistas que participaban en la lucha clandestina. Hicieron numerosas incursiones en España, cruzando los Pirineos a pie, y crearon una red de huida para ayudar a los que querían escapar de las zonas controladas por los alemanes. En 1942, durante una visita a Francia, Ramón fue detenido por soldados alemanes en las calles de Perpiñán. Al no poder presentar documentos reales, fue encerrado en la ciudadela de la ciudad, donde le ofrecieron, como a otros españoles, ir a trabajar a una mina de bauxita en Bédarieux (Hérault) para la Organización Todt, el grupo de ingeniería civil y militar del Tercer Reich basado en destacamentos de trabajadores extranjeros forzados. En febrero de 1944, tras enterarse de que la Gestapo le buscaba después de haberle seguido la pista, escapó de los trabajos forzados en la mina y se unió a los maquis, primero en la red Menessier, cerca de Limoges (encargada de recuperar las armas y el material lanzados en paracaídas por los aliados), y luego, en junio, en el grupo de Francs-Tireurs-Partisans (FTP) de Rochechouart, en Haute-Vienne. Técnico cualificado en sabotaje y uso de explosivos, encontró en el maquis a muchos anarcosindicalistas españoles.

Tras el desembarco aliado del 6 de junio de 1944, Ramón (ahora capitán Raymond) y sus maquis participaron activamente en las operaciones de acoso contra la división blindada de la SS Das Reich que se dirigía a Normandía. El 7 de junio, sabotearon el viaducto de Saint-Junien y al día siguiente ocuparon el ayuntamiento. El 11 de junio, con doscientos maquis, Ramón participa en el ataque a un tren blindado en la estación de Mussidan, cerca de Périgueux (Dordoña), que es inmovilizado tras la muerte de unos cincuenta soldados alemanes. El 1 de agosto, participó victoriosamente en la defensa de la pequeña ciudad de Chabanais, atacada por los nazis, y luego, del 12 al 21 de agosto, en los combates por la liberación de Limoges. Ramón participó entonces en decenas de operaciones contra divisiones de las SS antes de incorporarse a un nuevo destacamento, formado casi exclusivamente por libertarios, que se llamaría Batallón Libertad en Villeneuve-sur-Lot (Lot-et-Garonne). Este batallón participará hasta mayo de 1945 en la liberación de los últimos focos ocupados por las tropas alemanas en la costa atlántica.

Con la derrota de la Alemania nazi, las esperanzas de muchos exiliados españoles se reavivaron. A pesar de las vacilaciones de los dirigentes

de la CNT en el exilio, se crearon numerosos grupos guerrilleros para cruzar los Pirineos y llevar la lucha al corazón de la bestia de Franco. Ramón Vila no dudó ni un segundo, como tantos otros compañeros cuyos nombres más conocidos son Sabaté, Facérias, Wencesloa, Massana... Trabajó sobre todo como guía de alta montaña para acompañar a los grupos de acción en su paso por los Pirineos. Por su parte, el Partido Comunista Español también lanzó una operación bajo su dirección en octubre de 1944, pero al más puro estilo soviético, concentrado y militarizado: una «gran invasión» de la España de Franco. El partido hizo marchar a más de 3.000 guerrilleros hacia los valles de Arán y Roncal, donde encontraron una resistencia feroz y bien organizada de las tropas franquistas y fueron derrotados. Aunque persistieron esporádicas guerrillas comunistas y republicanas hasta 1948, año en el que sus dirigentes juzgaron inútil cualquier acción armada, fueron sobre todo los grupos libertarios los que volvieron a pasar al ataque, a modo de guerra de guerrillas de grupos pequeños, ágiles y móviles que operaban tanto en el campo (sobre todo en las montañas catalanas, al oeste de Tarragona, en la región de Valencia y en Aragón), pero también muy en la ciudad, especialmente en Barcelona.

El entusiasmo y la determinación de estos numerosos puñados de resistentes anarquistas, que pudieron contar con importantes apoyos den-

tro de la propia España, no sólo se enfrentaron a las dificultades de la lucha clandestina y a un implacable y bien organizado aparato represivo, sino también a las disensiones, el burocratismo, la politiquería y las luchas por la hegemonía de los círculos dirigentes de la CNT en el exilio con sede en Toulouse, siempre dividida entre los que querían seguir colaborando con el gobierno republicano en el exilio y los que consideraban que esta colaboración era un fracaso total y un defecto fatal (lo que no impidió que los partidarios de esta negativa a colaborar, como Federica Montseny y Germinal Esглеas, construyeran, por su parte, una burocracia asfixiante, una dirección centralizada y una propaganda de palabras duras que, en general, quedaría en papel mojado, perjudicando enormemente la lucha clandestina). En los años 1945 a 1949 se produjo un fuerte incremento de la actividad de los grupos guerrilleros anarquistas en España, con numerosos fusilamientos, atentados, emboscadas, sabotajes, pero también muchos compañeros caídos.

Si hemos de creer las estadísticas establecidas por los historiadores, más de dos mil guerrilleros de todas las tendencias murieron en esos años. En primer lugar, fue guía en la inmediata posguerra de varios grupos de acción (su primera incursión en territorio franquista en aquella época parece datar del 21 de abril de 1946, cuando acompañó al grupo de Sabaté a Barcelona, donde iban a llevar

armas e intentar eliminar al delator Eliseo Melis Díez). Ramón también creó su propio grupo de acción y apoyo logístico en la zona del Berguedá, a caballo entre España y Francia. En esta misma zona también actuaba otro grupo anarquista, en torno al compañero Massana, adaptado al paso de Francia a Barcelona (entre colinas, valles, bosques y montañas) y donde también persistía cierta presencia de anarcosindicalistas o simpatizantes de la lucha antifranquista entre la población local (obreros, campesinos y montañeses). Durante las largas marchas por los Pirineos, los grupos guerrilleros tuvieron que enfrentarse a la policía en varias ocasiones.

Al mismo tiempo, también era necesario encontrar medios financieros para apoyar la lucha. Ramón parece haber participado en varias de estas expropiaciones, como en noviembre de 1946 cuando, junto con el grupo de Massana, robaron la tesorería de la Compañía de Lignito en Serchs, acción que repetirían un año después, el 17 de marzo de 1947, o el robo a un gran propietario en Malanyeu. Una de las constantes de la resistencia libertaria a lo largo de estos años fue el intento de liquidar al propio Franco. En mayo de 1947, por ejemplo, Ramón dirigió un grupo de treinta compañeros por las montañas para emboscar al dictador, que iba a visitar la comarca del Bages. El plan era minar la carretera, detonar la carga al paso del convoy y terminar el trabajo con ame-

tralladoras y pistolas.

Desgraciadamente, algunos miembros del grupo fueron sorprendidos por agentes de policía y tuvieron que abrir fuego, alertando a todas las fuerzas represivas de la zona e imposibilitando la continuación del plan. Entre 1947 y 1948, Ramón realizaría varios robos más, como el del 25 de junio de 1948, cuando junto a Massana realizó importantes expropiaciones en Sant Corneli y Sant Salvador. En aquella época, después de acompañar a los grupos de acción que querían ir a Barcelona o a sus alrededores, Ramón, acompañado por otro compañero pero también solo, no podía evitar matar dos pájaros de un tiro y puntuaba regularmente el viaje de vuelta con sabotajes: Voló en dos ocasiones las tuberías de agua de la fábrica de Carbures de Berga, paralizando la producción, o voló los postes de la línea de alta tensión Figols-Vic, práctica que se convertiría en una de sus actividades favoritas para sembrar la desorganización en el funcionamiento del franquismo. Cruzar los Pirineos a pie y pasar largas temporadas en las montañas y los bosques no era tarea fácil, y los guerrilleros podían tardar hasta tres semanas en llegar a las afueras de Barcelona desde Francia. Estos cruces requerían un gran esfuerzo físico y una atención constante, dada la presencia de numerosas patrullas de la Guardia Civil y de posibles informadores entre la población rural. Los testimonios de los com-

pañeros que formaron parte de las expediciones en las que Ramón fue su guía, subrayan su fuerza hercúlea pero también su excepcional resistencia. En varias ocasiones, sus anfitriones estaban agotados, incapaces de seguir el ritmo de la caminata por falta de comida y descanso, pero a Ramón no le solía importar y se negaba a ceder. Por algo se había ganado el apodo de Jabalí.

En 1949 se produce un importante resurgimiento de la actividad de los grupos de acción anarquista, en contra de la opinión de los burócratas de la CNT en el exilio de Toulouse. Para Ramón, el año comenzó con algunas dificultades. Tras acompañar al grupo de Masana a las comarcas de Girona, donde realizaron varias expropiaciones de fábricas, el 28 de febrero Ramón y otro compañero, Pernales, se encontraron con una patrulla de la Guardia Civil en Miquel de Pínos. Se produce un tiroteo y un policía resulta gravemente herido. Ramón también es alcanzado, pero logra escapar por el bosque con Pernales. Desde allí, volvió a su base en Mas Tartàs, en el lado francés. Recuperado por fin de su lesión en abril, volvió a emprender el camino, esta vez para transportar un gran cargamento de explosivos a un reducto de la guerrilla interna cerca de la localidad de Manresa, a

unos 60 kilómetros de Barcelona. Una docena de compañeros le esperaban para montar una operación de sabotaje coordinada.

Divididos en cinco grupos, cada uno a cargo de una zona, una noche de mayo de 1949 se aserraron y volaron varias torres de alta tensión, mientras que el ferrocarril también fue saboteado en varios lugares (especialmente mediante la voladura de dos transformadores). Fue todo un éxito: se cortó la electricidad a gran parte de Manresa y sus zonas industriales durante varios días y se paralizó el tráfico ferroviario a la ciudad. De vuelta a la masía de Tartàs, la gendarmería francesa realizó un nuevo registro (ya lo había hecho dos años antes) y volvió a encontrar un gran arsenal de armas y explosivos, lo que le valió a Ramón unos meses de cárcel. Fue liberado en julio de 1949 tras una amnistía concedida por el gobierno francés, pero fue obligado por las autoridades a trasladarse al Puy-de-Dôme.

Permaneció allí unos meses, antes de escapar del control de la policía francesa. En septiembre de 1949, Ramón partió de nuevo y guió a un grupo de seis compañeros vinculados a Saturnino Culebras hasta las afueras de Barcelona, pero el viaje dio un giro trágico. En el camino de vuelta, el compañero italiano Helios Ziglioli es sorprendido por la policía comprando comida y es fusilado. Esto puso a la policía tras la pista de

Ramón y su acompañante, el hermano menor de Quico Sabaté, Manuel Sabaté, que fue detenido dos días después. Ramón aún pudo regresar a Francia. Un mes después, en octubre de 1949, el grupo de Saturnino Culebras fue detenido en Barcelona y juzgado junto a Manuel Sabaté. De manera más general, la policía española llevó a cabo importantes redadas en 1949 en la región donde actuaban los grupos Ramón y Massana. Bajo atroces torturas, pronto se añadieron otros nombres a las listas de la Guardia Civil, y varios fueron condenados a muerte o ejecutados aplicando la ley de fuga (al menos 29 compañeros fueron fusilados o ejecutados, 11 heridos y 57 detenidos entre 1947 y 1950). El grupo de Massana, por ejemplo, sufrió varias emboscadas por parte de la policía, con el resultado de la muerte de varios guerrilleros.

A pesar de esta sangrienta oleada de represión, Ramón volvió a cruzar la frontera a finales de año, el 22 de diciembre de 1949, esta vez para acompañar al nuevo grupo, ya muy activo en Madrid y Barcelona, liderado por Wenceslao (Wences, antiguo miembro del grupo Facerías, acababa de crear su propia guerrilla urbana en febrero con sus amigos de la infancia de Zaragoza, Los Maños). Como suele ocurrir, ésta fue la última vez que Ramón pudo saludar a sus compañeros, ya que tres de ellos morirían dos semanas después tras ser delatados: Wenceslao fue

asesinado por la policía en las calles de Barcelona en enero de 1950, mientras que Simón Gracia y Plácido Ortiz, detenidos el mismo día, fueron condenados a muerte y fusilados en diciembre de ese año. Como es habitual, Ramón no siguió al grupo hasta Barcelona, sino que se dio la vuelta antes de llegar a la ciudad, una vez realizada su peligrosa labor de guía.

De regreso, en la noche del 4 al 5 de enero de 1950, voló dos torres de alta tensión cerca de Sant Vincenç de Castellet. Dos meses después, y dado que no hay indicios de que Ramón haya regresado a Francia, cabe suponer que permaneció oculto en las montañas catalanas. A esto le siguieron otros sabotajes a la red eléctrica que se le atribuyeron: el 20 de marzo cayó un poste en Santa Maria d'Oló, el 21 de marzo otro corrió la misma suerte en Cercs, y el 23 de marzo voló la línea ferroviaria entre Barcelona y Manresa, cerca de Sant Vincenç de Castellet. Cuando finalmente regresó a Francia en abril de 1950, fue la gendarmería la que le esperaba al otro lado y le interceptó. Y como siempre, informaron descaradamente a la Guardia Civil. Ramón es finalmente liberado de las cárceles republicanas en julio de 1950.

Un año después, casi al día 17 de julio de 1951, son las 10 de la noche cuando los habitantes de

Lluçà escuchan varios golpes en la colina de la Plana. Era el poste 117 de la línea de alta tensión entre Figols y Vic el que había sido volado: otro atentado del anarquista Ramón Caraquemada. La Guardia Civil interrogó rápidamente a muchos vecinos de la zona, pero nadie les dijo gran cosa, lo que llevó a la policía a describir en su informe una «falta de civismo y de colaboración con las fuerzas del orden, a sabiendas de que estas viviendas se encuentran en una zona muy propicia para el robo». Diez días después, en la noche del 26 de julio, se escucharon nuevas explosiones en el Mont Marcet, cerca de Sant Vicenç de Castellet. Tres torres de alta tensión fueron atacadas, pero sólo una se derrumbó. En el primero, se cortaron dos patas, mientras que en los otros dos pilones sólo se cortó una. Un experto en municiones del ejército llegó a la conclusión de que las cargas utilizadas para derribar esta última no eran lo suficientemente potentes: «En la torre 2699 había tres cargas de 200 gramos de TNT alemán y una espoleta de cuatro metros de longitud». Sin duda, es más probable que las cargas se hayan extraviado en la prisa que pudieron tener los sabotadores después de que la policía acordonara la zona: en la primera pata, que había sido serrada, el explosivo había hecho efectivamente su trabajo, pero la explosión debió de apagar la mecha de la carga fijada en la segunda, también serrada. Ramón y otros sabotadores trabajaban a menudo de esta manera.

Para derribar un pilón, serraban dos patas paralelas al tendido eléctrico y luego colocaban una carga de unos 500 gramos de dinamita (o su equivalente) en cada una de las dos patas serradas o en las otras dos, uniendo las cargas con un cordón detonante para garantizar una explosión simultánea. La fuerza de la explosión expulsaría entonces el trozo de las patas de la torre aserrada, o en el otro caso doblaría las dos patas no aserradas, haciendo que toda la torre cayera sobre el lado de las patas aserradas, arrancando sus cables eléctricos en el proceso. El 4 de agosto de 1951, entre Aguillar de Segarra y Rajadell, se derribaron tres nuevos pilones. Además, los raíles del ferrocarril entre Barcelona y Zaragoza fueron saboteados, provocando el descarrilamiento de un tren expreso sin causar víctimas. Durante esta estancia en las montañas catalanas, Ramón y el compañero que le acompañaba también asaltaban el Hotel Alfa de Figols y el ayuntamiento de un pequeño pueblo para recuperar papeles, documentos y sellos.

Tras estas reivindicativas incursiones nocturnas, Ramón regresó al otro lado de los Pirineos. Un año más tarde, en el verano de 1952, Ramón fue encontrado de nuevo en España. Poco se sabe de sus actividades durante este periodo, salvo que participó en una expropiación en Fígols en mayo, y que el 11 de julio, en Villada, él y otro compañero fueron sorprendidos por una patrul-

la de la Guardia Civil, pero pudieron escapar tras un tiroteo. Hacia finales de año, el Estado franquista consideró oficialmente que había vencido definitivamente la resistencia armada libertaria, mientras que por su parte, los burócratas del movimiento libertario español en el exilio de Toulouse, hacían todo lo posible por desanimar a los que querían unirse a la lucha clandestina y a los grupos de compañeros que seguían activos en ella. Al año siguiente, 1953, la represión franquista consiguió dismantelar el pilar que acompañaba a los atentados, la difusión de las ideas. En junio, los duros interrogatorios de los miembros del PSUC (Partido Comunista de Cataluña) detenidos en Barcelona permitieron a la policía obtener numerosos domicilios de militantes clandestinos de la CNT, y luego albergar la imprenta clandestina de Solidaridad Obrera, el periódico de la CNT.

Entre los anarquistas detenidos en la imprenta estaba su gerente, el argentino Edgar Zurbarán, antiguo miembro del grupo de Massana que había cruzado la frontera el año anterior con la ayuda de Ramón. Pero los pilones volverían a caer ese verano, a pesar de la ola de represión y de la detención de muchos militantes de la CNT. Fue en la zona del Bages y Osona, donde Ramón se encontraba con otros compañeros, donde se volaron varios pilones entre el 21 y el 23 de junio de 1953. El 27 de junio, una carga explosiva

también interrumpió todo el tráfico ferroviario entre Barcelona y Sant Juan de les Abadesses. El 15 de julio, unos guerrilleros, entre los que posiblemente se encontraba Ramón, hieren a un teniente de la Guardia Civil en un tiroteo en Oristà. El 23 de julio volaron de nuevo varias torres de alta tensión en la zona del Bages, y de nuevo dos días después, el 25 de julio. Todos estos sabotajes provocaron importantes cortes de electricidad, que afectaron tanto a las ciudades como a la infraestructura industrial de la región. Ese mismo verano de 1953, Ramón fue responsable de un tiroteo en el que murió la esposa de un médico inglés durante un viaje en coche por las montañas catalanas. El acto provocó un gran escándalo a ambos lados de los Pirineos en aquella época.

La historia se volvió aún más oscura cuando se reveló que el médico inglés probablemente trabajaba para el servicio secreto británico. Pero si toda la prensa tenía interés en atribuir este asesinato a uno de esos anarquistas intransigentes como Caraquemada, el compañero Antonio Telléz, autor de las biografías de Sabaté, Facérias y otros libros sobre este guerrillero libertario contra el franquismo, afirma categóricamente que si Ramón no se presentó ante las autoridades judiciales francesas para demostrar su inocencia en este asunto, fue porque no se fiaba de ellas, y con razón. Y menos aún en medio de una

caza de brujas. Otro guerrillero anarquista, Joan Busquets, diría en los noventa que Ramón no tuvo nada que ver con el caso de la pareja británica. Sin especular más sobre su posible implicación, este asunto tendría una influencia duradera en la vida de Ramón. Los burócratas del movimiento libertario en el exilio aullaron ante el hecho de que se les atribuyera indirectamente un crimen sangriento, mientras que los compañeros menos alejados de las actividades de Ramón comenzaron a desconfiar de él. A partir de ese año, Ramón cortó definitivamente toda relación con la Organización y se limitó a ver sólo a sus compañeros y amigos más cercanos. Ahora también buscado en Francia, vivió escondido a ambos lados de los Pirineos. Aunque fue abandonado por la Organización a la que tanto había dado desde su juventud, no cesó sus actividades y sus incursiones «explosivas» en España; simplemente las llevó a cabo más a menudo por su cuenta.

A partir de 1953, la dirección de la CNT y de la FAI en el exilio consideró que la continuación de las actividades guerrilleras era perjudicial en cualquier caso. Sabaté, por su parte, lo vivió con amargura y se distanció de ella hasta el punto de cortar los lazos con la Organización de la Calle Belfort de Toulouse (en 1955 creó los Grupos

Anarco-Sindicalistas (GAS), que publicaban su propio órgano, *El Combate*). En cuanto a Mas-sana, buen amigo de Ramón, se había retirado de la lucha en 1951 tras problemas con la dirección del movimiento libertario y un incidente con la aduana francesa en Couflens (Ariège) el año anterior. Fue a él a quien la dirección de Toulouse encomendó la misión... de ir a hablar con Ramón para convencerle de que dejara sus propias actividades. Por supuesto, éste era el único enviado que Ramón aceptaría, pero no cambió su respuesta de negarse a deponer las armas. Aunque sus actividades subversivas se redujeron necesariamente y fueron más solitarias, esto no significó que cesaran.

Cada verano desde su ruptura, como en los explosivos meses de julio y agosto de 1951 y 1953, Ramón se desplazó sistemáticamente a España para realizar varios sabotajes. Hasta 1960, hay muy poca documentación sobre ellas, y sólo unos pocos rastros después. A finales de los años 50, todos los que siguieron haciéndolo tuvieron que soportar golpes muy duros de todos modos. Hubo muchas detenciones, muchas muertes entre estos compañeros, pero también entre sus partidarios y cómplices. En 1957, por ejemplo, Facérias fue asesinado en Barcelona tras un enfrentamiento con la Guardia Civil; tres años después, en 1960, Sabaté murió con las armas desenfundadas en San Celoni. Sin embargo, un

año más tarde, la voz de la dinamita de Ramón proclamó alto y claro que nada había terminado, y no sólo bajo el sol del verano: en febrero de 1961, varios pilones fueron derribados en Rajadell, cerca de Manresa. Unos días más tarde, otro pilón fue volado en el Pla de Vilamajor. Ramón volvió al lado francés, todavía escondido. Fue también en 1961 cuando se reunieron las dos grandes escisiones del Movimiento Libertario en el Exilio.

Con motivo de este gran congreso celebrado en septiembre, se decidió incluso relanzar la lucha clandestina en España. De acuerdo con los hábitos de la CNT, se creó un organismo bajo el control del secretariado general: la Defensa Interior (DI). Cada tendencia lanzó en paracaídas a sus seguidores, algunos de buena fe, otros más bien motivados por su temor a controlar las posibles actividades de esta organización de lucha clandestina. A pesar de algunas acciones, la actividad de Defensa Interior será casi nula, principalmente por la falta de apoyo que llegará hasta el sabotaje de la organización matriz. Las principales resoluciones tomadas en el congreso de reunificación quedaron en papel mojado y Defensa Interior fue desmantelada en el congreso de 1965. Vinculados todavía a diferentes escalones del Movimiento Libertario que seguían siendo partidarios de la acción directa, los que realmente querían relanzar por fin la lucha clandestina acabarían au-

tonomizándose de nuevo un año después, para librarse del control orgánico y ganar autonomía operativa (lo que daría lugar al Grupo Primo de Mayo en 1966, pero esa es otra historia). En cualquier caso, en 1961 Ramón sabía por experiencia lo que valían las bonitas proclamas del «burdel de la calle Belfort», y continuaría la lucha sin esperar nada de él ni deberle nada. Al año siguiente, el 5 o 6 de julio de 1962, volvió a cruzar la frontera desde Prades, en los Pirineos Orientales, esta vez en compañía de Pedro Antonio Sánchez Martínez. Llevan armas y explosivos y bajan hacia el Bages. Hacia Fonollosa, colocaron cargas de dinamita (fabricadas por la Société Nouvelle Française en mayo de ese año) al pie de tres torres de alta tensión. También dejaron allí una bandera de la CNT. Era el 24 de julio de 1962, y su sabotaje provocó un corte total de electricidad entre las ciudades industriales de Manresa y Sabadell. Los dos anarquistas se dirigieron entonces hacia la frontera francesa, pero la Guardia Civil estaba en alerta máxima. Tras un primer enfrentamiento con la Guardia Civil, deciden separarse. Pedro Martínez, el último compañero de Ramón, fue detenido unos días después tras otro tiroteo y condenado a 30 años de prisión en octubre. Ramón también tuvo un problema al cruzar la frontera: se encontró con una patrulla de la gendarmería francesa y abrió fuego cerca de Prada de Conflent para perder a sus perseguidores.

El verano siguiente, en 1963, Ramón partió solo, con 55 años, hacia su zona de actuación favorita: la comarca del Bages. El 2 de agosto de 1963, eligió tres nuevos pilones en los alrededores de Rajadell (Manresa), cerca de la línea de ferrocarril. Corta dos pies de cada torre antes de colocar cuidadosamente las cargas explosivas y las mechas lentas. A medianoche, las torres de alta tensión se doblan por la fuerza de las explosiones y se corta la electricidad. La Guardia Civil registró entonces la zona, movilizando a casi 400 hombres en base a un plan preestablecido tras el sabotaje anterior (posibles pasos, posición de la luna, horarios, días, etc.). El 7 de agosto de 1963, un cabo y dos guardias civiles de Manresa fueron emboscados cerca de Castellnou del Bages. Allí, unos minutos después de la medianoche, los policías abrieron fuego contra un individuo que avanzaba cautelosamente a la luz de la luna. El hombre resultó gravemente herido y cayó al suelo. Los policías se acercaron a él e inspeccionaron las heridas causadas por los dos agujeros de bala. En lugar de tratarlo, lo dejaron desangrarse hasta morir. Su agonía duró hasta las 6 de la mañana. Se llamaba Ramón Vila Capdevila, el inexpugnable Caraquemada.

Casi se podría decir que Ramón llevaba toda su casa a cuestas. Se le encontraron 5779 pesetas y 100 francos, una mochila, cuatro cajas de plástico, una lata de café instantáneo, una radio portátil,

un cuaderno de ejercicios de matemáticas, un mechero, una pistola especial de 9 mm Parabel-lum con un cargador extra y 41 balas, una pistola del calibre 45 con 37 balas y tres cargadores, una granada, un rollo de mecha lenta, rollos de cinta aislante, un manojo de llaves, varias sierras de arco, cuchillas de afeitar, un mackintosh y un saco de dormir. Ramón está enterrado allí, en Castellnou del Bages. Si la prensa franquista se adjudicaba la victoria, al otro lado de los Pirineos, el Movimiento Libertario en el Exilio (español) mantenía un injustificable silencio. De la misma manera que cuando otros guerrilleros anarquistas como Sabaté fueron asesinados, no se alzó una sola voz para defender a Caraquemada, para recordar su lucha y su trayectoria, o para desafiar a las autoridades franquistas. Ni uno solo. Sólo en un periódico del movimiento francés, Le Combat Syndicaliste, apareció una esquela de Caraquemada el 22 de agosto de 1963. Como dijo Antonio Telléz: si fue el franquismo el que mató a Caraquemada, fue el Movimiento Libertario Español en el Exilio el que lo enterró.

Quiero mi tumba
lejos de los cementerios
sin batas blancas

ni bóvedas de oro
Quiero que me entierren
lejos de estos falsos hogares
donde la gente cada año
Quiero que me entierren lejos de esos hogares
falsos donde la gente viene a llorar cada año
Quiero que me entierren
en la cima de una colina
cerca de este pino blanco
solo en el barranco
Quiero que mi tumba sea
entre dos rocas
y mis compañeros
serpientes de colores y lagartos verdes
No quiero que ningún sacerdote laico o romano
venga a mi funeral
ni los sacerdotes laicos ni los romanos
y las flores serán
un rocío de cardos espinosos

Tampoco quiero que nadie venga
para decir discursos y salmos
con banderas y adornos
del mundo civilizado
Como oración, el graznido
de cuervos y cornejas
el aullido del viejo zorro
cuando se ciega se abandona
No hay luz de las velas
que dan destellos de espanto
me iluminará
rayos y centellas
Quiero que mi tumba sea
cubierto de altos espinos
con grandes y espesas zarzas
con cardos silvestre
Deja que crezca todo alrededor
hierba para los rebaños
y en mi sombra yace

el perro negro cansado
Quiero que mi cuerpo descanse
lejos del estruendo humano
por el gran pino
en el barranco solitario.

Poema atribuido a Caraquemada

Nota:

¹ También hay que tener en cuenta que en 1951-52 Ramón estaba un poco más aislado, ya que Facerías se había ido a Italia y el Estado francés tomó medidas restrictivas contra las actividades anarquistas clandestinas para ayudar al régimen de Franco. Francisco Sabaté Quico, por ejemplo, estuvo bajo arresto domiciliario en Dijon entre 1951 y 1955 (año en el que reanudó la lucha), mientras que Marcelino Massana fue detenido en Toulouse por la DST en febrero de 1951, habiendo solicitado el gobierno de Franco su extradición. Aunque su extradición fue rechazada, Massana fue puesto bajo arresto domiciliario en un pequeño pueblo de la región de Deux-Sèvres (Francia) y luego en Leucamp (Cantal) hasta 1956. A partir de entonces, no reanudó sus actividades anteriores.



ROMPER EL CÍRCULO¹⁴

En este verano, que ha superado viejos récords de temperatura, muchos habitantes que exportan su oro azul por todo el mundo han conocido un problema que creían reservado a territorios lejanos mas pobres : el racionamiento de agua. De Alta Saboya a Aveyron decenas de pueblos han recibido aprovisionamiento de agua en camiones cisterna ; de Creuse a los Alpes-Marítimos, muchos otros han dependido de decenas de miles de botellas de plástico ; en Var, un ayuntamiento ha decretado un consumo máximo de agua por domicilio, debidamente controlado por los contadores conectados ; en Gard, otro ayuntamiento ha decidido cortar el suministro cada día entre las 18h y las 2 de la madrugada.

Las prohibiciones y limitaciones del uso de agua se han multiplicado en todas partes, con las habituales derogaciones que permiten a los dueños de campos de golf regar su césped, a los productores de maíz regar sus campos agroquímicos bajo un sol abrasador, o que las fábricas bombeen todo lo que necesiten para poder seguir envenenando el planeta. A la cabeza, los sectores habituales : siderurgia, química, refinerías de

14 ¹⁴ ublicado en Avis de tempetês, n. 55-56, 15 agosto 2022. Extraído de avisbabel.noblogs.org

petróleo y trituradoras de celulosa. Sin olvidar la energía nuclear, ya que cuatro centrales (Bugey, Golfech, Blayais, Saint-Alban) han alcanzado el umbral máximo de descargas térmicas en los ríos (cosa que normalmente provocaría paradas temporales), pero han sido autorizadas para seguir aumentando la temperatura de las aguas vertidas en los ríos, a pesar de los daños adicionales causados a la fauna y flora. Esta es otra muestra de como contribuye la energía nuclear al calentamiento del planeta (la central de Saint-Alban sube 3°C la temperatura del río Rhone para refrigerar sus reactores), considerando que de los 32,3 millones de m³ de agua dulce bombeada en toda Francia, la mitad se usa para refrigerar las centrales de producción de electricidad.

Para que el dispendioso complejo tecno-industrial avance cueste lo que cueste, este verano también se han experimentado otras técnicas autoritarias de racionamiento de agua para la población. Tomemos Gerardmer, en Vosgos, que tras haberse enriquecido gracias a la industria del turismo de masas, a sufrido tal escasez en sus capas freáticas que la alcaldía ha decidido extraer agua de su célebre lago natural. Poco importa que su nivel ya estuviera bajando 3 centímetros al día. Por eso, a principios de agosto, los habitantes de la llamada « Perla de Vosgos », han estado muchos días con agua declarada

oficialmente como no potable y « no apta para el consumo »... agua que había sido extraída directamente de aguas infestadas de crema solar y barcos turísticos.

Si nos vamos un poco mas al sur de esta zona masificada, a la ciudad termal de Vittel, que en un siglo ha visto pasar la 'crème' de la aristocracia rusa y de la oligarquía colonial, se produjo una situación todavía mas clara : Nestlé Waters extrae 800 millones de litros anuales de agua mineral para embotellar un 1,5 millones de botellas de plástico para enviarlas a todos los rincones de Europa mientras los acuíferos profundos se van secando poco a poco, y la solución propuesta por las autoridades locales a sus habitantes es obtener el agua de otros lugares, gracias a la construcción de una gigantesca tubería que la extraiga de territorios vecinos. Una situación similar a la del agua de Volvic, en Puy-de-Dôme, esta vez explotada por Danone, donde el ayuntamiento restringe el asentamiento de nuevos residentes negándoles el suministro de agua – por falta de caudal – reservándola para el embotellado. Esto muestra la tendencia de una situación mucho mas crítica en numerosos países – desde México a Pakistán –, donde tras la compra de la mayoría de reservas naturales por parte de grandes empresas, el único agua potable en los barrios pobres es la embotellada.

Esta cuestión estratégica del descenso global de las reservas de agua dulce ha sido prevista desde principios de los años 2000 por las grandes empresas agroalimentarias que ya se preguntaban qué recurso garantizaría su crecimiento durante el siglo venidero antes de apostar por el agua... y empezar a comprar reservas naturales en todo el mundo, visto que las previsiones mas optimistas indican que esta escasez podría afectar hasta a 5.000 millones de personas en 2050. Esta misma tendencia llevó, en diciembre de 2020, a la Bolsa de Chicago a dar un paso que nunca se había hecho antes, cuando decidió cotizar el subsuelo de California, creando así el primer mercado de futuros del agua natural, igual que con el trigo o el petróleo. Y, de hecho, no había ninguna razón para que un recurso de este tipo, que se está agotando en todo el mundo, no fuera a su vez objeto de especulación financiera con la ayuda de inteligentes transacciones algorítmicas que fijarían por adelantado el precio de su uso (durante varios meses o años). En California, asolada desde hace años por la sequía y los incendios, y donde el 80% del consumo de agua corresponde a las empresas agrícolas, en los dos últimos años hemos visto cómo los agronegocios han ganado más dinero vendiendo los títulos de uso de agua que con la explotación de las tierras, en especial vendiéndolos a las ciudades de San Diego y San Francisco... o a Silicon Valley.

De forma mas general, como en ámbito de la energía o las nocividades acumuladas en una carrera infernal (carbón, petróleo, nuclear y eólicos), el agotamiento de las reservas de agua dulce, paralelamente al envenenamiento industrial de tierra y aire, está conduciendo a un círculo vicioso que ninguna solución técnica puede resolver. El 3 % del agua dulce del planeta proviene de la evaporación de los océanos, donde el 10 % del vapor producido acaba regando los continentes en forma de precipitaciones cuando su temperatura desciende (el resto vuelve al mar). Una de las consecuencias del calentamiento climático no consiste sólo en la aceleración global del ciclo del agua por el aumento de la temperatura de la superficie marítima, sino también en la alternancia entre inundaciones y grandes periodos de sequía, combinada con las escasas reservas de agua dulce, que se reponen de forma mucho mas lenta (desde la nieve y los glaciares en las montañas hasta las aguas subterráneas de las llanuras, por decirlo brevemente).

Para afrontar los periodos de sequía, los grandes genios de la industria y del sector energético, que prevén nada menos que un aumento del 70 % de sus necesidades de agua de aquí a veinte años, no han encontrado mejor forma de evitar que el agua se filtre al suelo que recogiénola de antemano (creación de gigantescos depósitos de agua de lluvia) ; bombear aguas subterráneas du-

rante el invierno para que haya aún menos el resto del año (construcción de mega-balsas para la agricultura industrial) ; o desalar artificialmente agua de mar. Aunque actualmente esta última técnica siga siendo la más popular, de Cataluña a Singapur pasando por los países del Golfo, no sólo agrava el calentamiento climático consumiendo cantidades monstruosas de energía, sino que también genera enormes cantidades de lodo salado (por cada litro de agua potable se produce un litro y medio de salmuera), con concentraciones de sustancias químicas y más caliente que el agua de mar en el que se vierten... acelerando así la salinización, la contaminación y el calentamiento de los océanos.

Del mismo modo, en respuesta a la creciente contaminación de las aguas subterráneas por pesticidas y otros disruptores endocrinos, el potente Sindicato de aguas de Île-de-France (SED-IF), que agrupa a 135 municipios de la región de París, ha gastado cientos de millones de euros en la producción de agua por ósmosis que debería llegar a los grifos en 2030 :se trata de la misma tecnología utilizada para desalinizar el agua de mar aplicada al agua dulce con bajas presiones, consumiendo, como su prima hermana, tres veces más electricidad que las actuales plantas de tratamiento de agua. Salvo que, pequeño y trivial detalle, este « agua mas pura que pura » seguirá siendo no apta para el consumo por falta de sales

minerales... ¡ estas se añadirán artificialmente, mientras que los condensados de residuos indeseables de la filtración por ósmosis acabarán en el mismo río (el Oise) del que se obtuvo el agua. !

En resumen, siempre es la misma cantinela cuando se trata de mantener con respirador un sistema sin aliento : ¿que falta agua dulce ? Pues la metemos a cotizar bolsa, en mega-balsas o en reservas industriales para garantizar que se siga priorizando la insaciable necesidad de agua de las fábricas. ¿Que están envenenando el agua restante cada día, al tiempo que se reduce su disponibilidad debido al calentamiento y el acaparamiento? Pues la filtramos devorando gran cantidad de recursos energéticos y extractivistas, que a su vez cierran el círculo hacia el abismo. Estamos atrapados dentro de este círculo de una guerra despiadada contra la vida, donde el acceso al agua dulce representa el último límite de la vida en la tierra. Un círculo que unos cuantos recolectores de estrellas ya están empezando a romper sin esperar a nada ni a nadie, saboteando, por ejemplo, los megaproyectos agroindustriales del oeste del país¹⁵, deteniendo temporalmente las fábricas de semiconductores¹⁶, cortando los

15 <https://sansnom.noblogs.org/archives/13370>; <https://reporterre.net/Golfs-SUV-Ils-ont-sabote-ils-ra-content>; <https://reporterre.net/Guerre-de-l-eau-la-carte-des-bassines-contestees-en-France>

16 <https://www.alasbarricadas.org/noticias/>

flujos de datos que se transmiten desde lo alto de las torres de vigilancia¹⁷ o que pasan justo por debajo de nuestros pies¹⁸, así como incendiando lo que alimenta¹⁹ este mortífero mundo.

¿Qué clase de libertad y de relaciones sociales se pueden desear respirando aire tóxico, con los pies pisando tierra envenenada y bebiendo agua salobre uno de cada dos días ? Si este es ya el destino, reservado con total indiferencia, para toda una parte de la humanidad sacrificada en el altar del progreso tecno-industrial, su extensión sin límites a toda la vida sobre la tierra debería decirnos algo. Tan cierto como que la pregunta planteada mas arriba, de todo menos retórica, contiene en si misma la respuesta : destruir todo lo que nos destruye se ha vuelto mas vital que nunca...

node/48819

17 [https://plagueandfire.noblogs.org/sabotajes-incendarios-al-5g-teorias-de-conspiracion-y-reino-unido/\(2020\)](https://plagueandfire.noblogs.org/sabotajes-incendarios-al-5g-teorias-de-conspiracion-y-reino-unido/(2020)); <https://anarquia.info/francia-aumento-de-la-incidencia-de-los-sabotajes-de-antenas-y-de-fibra-optica/> (2022)

18 Ibid.

19 <https://sansnom.noblogs.org/archives/category/le-jus-de-ce-monde>